DOC SAVAGE

por KENNETH ROBESON

AUDACES
30

LOCURA FEROZ

TERCERA FUNDACIÓN

Locura feroz

Kenneth Robeson
Doc Savage/40

CAPÍTULO I

TONY DEJA DE REIR

EL primero que dejó de reír fue Talliano, por mal nombre "el sonriente Tony". Ello acaeció una hora antes de que cometiera el crimen, crimen espantoso, crimen perpetrarlo a sangre fría con menos de un segundo de preparación.

Dejó de reír mientras manejaba el trapo y el cepillo con su destreza habitual.

Ante sí tenía al hombre de bronce sentado en un banco de piedra de uno de los parques de Manhattan, en la parte baja de la ciudad.

Alineados, los demás limpiabotas le contemplaban con envidia. Los cabellos del bronceado individuo eran ligeramente más oscuros que el color de su tez.

Le ceñían la cabeza a la manera de un casco pulido y brillante. Aquel hombre era Doc Savage: todos los compañeros de Tony le conocían.

Sus pupilas doradas observaban la artística faena llevada a cabo, a la sazón por el sonriente Tony y por ello fue el primero en darse cuenta del cambio operado en su rostro.

Su sonrisa habíase transformado, de repente, en una mueca, dándole todo el aire de un cadáver. Miró de soslayo y se le heló la espantosa expresión.

AL propio tiempo, sus manos activas, se demoraron. No habló. No levantó la vista. Maquinalmente concluyó de limpiar los zapatos de Doc.

Era como si, de pronto, se hubiera convertido en centro del movimiento retardado de una película.

Doc lanzó una ojeada en torno. Buscaba la causa lógica del

súbito siniestro cambio operado en el sonriente Tony. Mas no la halló.

Los limpiabotas que, alineados, ocupaban aquella parte del parque estaban ocupados en su faena o se dedicaban a contemplarle.

Nadie se había detenido junto a ellos. Tampoco les había hablado nadie.

La corriente ininterrumpida de peatones continuaba fluyendo sin cesar en dirección a la vecina escalera del subterráneo hacia la entrada del Metropolitano.

Con todo, el hombre de bronce permaneció inmóvil un instante después de haber depositado una moneda de cobre en la mano del limpiabotas.

En otras ocasiones él había dado fin a su tarea con una franca sonrisa. Hoy se limitó a murmurar "gracias, mister Savage" y clavó obstinadamente los ojos oscuros en la lejanía. Estaban tan fríos como el hielo.

Doc Savage debía hallarse de allí a poco en una casa determinada para asistir a la reunión de directores de una línea de buques.

Antes que él, otros parroquianos habían desfilado por delante de Tony. De éstos, uno era un multimillonario.

Fue él quien le había alargado a Tony un cigarro con su anillo dorado y seleccionado entre la media docena que llevaba en el bolsillo. Tal era su costumbre de todos los días.

Más ¡cuán sorprendido se habría quedado de saber que aquel cigarro no era el mismo que había comprado en el estanco!

Unos dedos hábiles se habían apoderada de aquel puñado de puros, gracias a las apreturas del subterráneo, y los que llevaba actualmente eran los que le habían sido substituidos.

Ahora bien: el caballero en cuestión debía asistir, asimismo, a la reunión de Doc Savage. Cuando le dio su cigarro al limpiabotas, éste se lo había puesto entre los dientes, sonriendo, como de costumbre.

Doc tomó nota mental de todo esto. Grande era el interés que le inspiraba la humanidad.

AL día siguiente volvería para ver si el limpiabotas, conocido de antiguo, había recobrado ya la sonrisa a que debía su mote.

Mas aunque, naturalmente, no lo sabía, debía volver a ver antes a Tony, sólo que después de que unos miles de espectadores le hubieran visto realizar el asesinato sobre la misma vía del aéreo.

El sol poniente teñía de rojo los cristales de las diez mil ventanas que rodeaban la plaza del parque. La incipiente estación impregnaba de aromas el aire.

En los bolsillos de Tony sonaban monedas en cantidad respetable.

Lógico parecía que se sintiera feliz. Un parroquiano bien vestido se detuvo ante el banco y le dirigió una mirada.

Este parroquiano, que era de edad avanzada, parecía dispuesto a sentarse en el banco, mas lo pensó mejor, sin duda y, tras murmurar: "Perdón, se me olvidaba que debo ver antes a determinada persona", echó a andar.

Conforme iba avanzando, volvió la cabeza y le echó una segunda ojeada a Tony por encima del hombro. Los ojos del limpiabotas le siguieron, sin que por ello diera muestras de la menor emoción.

Simplemente miraba a su cliente que se alejaba.

Pero tenía los labios apretados sobre los blancos dientes; rígidas las mandíbulas. AL propio tiempo, sus oscuras pupilas expresaron algo incomprensible. De no ser por la nota de color que sus negros cabellos lisos, ponían sobre ella, su cabeza se hubiera confundido con la de un cadáver.

La demanda cesó bruscamente, se alejó del limpiabotas y su caja. Posibles clientes contemplaban el rostro inexpresivo de Tony y apretaban el paso tras de una breve parada.

Este hecho debía despertar en él cierta emoción. Justamente pertenecía a una raza expresiva. Mas se contentó con mirar fijamente a cuantas personas se detuvieron junto a él, cambiaron de idea y siguieron andando.

La luz del ocaso transformaba en color violeta el rojo matiz de las ventanas de la plaza. La muchedumbre continuaba ascendiendo por la escalera del aéreo.

Los trenes pasaban tronando en crescendo como cuando se avecina una tempestad.

La tierra temblaba y se estremecía al paso de los coches del subterráneo. Manhattan en peso volvía a casa.

El sonriente Tony llevaba más de una hora entregado al ocio. No había limpiado en este tiempo ningún zapato sin que, al parecer, la disminución de su trabajo hiciera mella en él.

Ni siquiera dedicó al hecho el usual gesto de encogerse de hombros. Puesto en pie, miraba fijamente los cristales de las ventanas, cada vez más opacos.

Entonces se le acercó Sam Gallivanti, Sam era amigo y vecino de Tony, y llevaba pendiente de un hombro la caja reluciente del limpiabotas.

Metióse una mano en el bolsillo y se oyó el tintinear de las monedas que llevaba dentro. De usual se colocaba, con sus bártulos, a una media manzana de distancia de Tony.

—¡Hola, Tony! —le dijo, jovial, a manera de saludo—. Si estás listo, nos iremos a casa.

—Sí, creo que ya estoy —replicó el limpiabotas—. Vámonos.

Y así diciendo miraba por encima de la cabeza de Sam. Su sonrisa, semejante a la mueca de un espectro y el color ceniciento de sus mejillas, llamaron la atención de Gallivanti.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enfermo, Tony? —inquirió.

—No. No me encuentro mal, Sam. No tengo nada. No siento nada.

Y así diciendo, el sonriente Tony recogió las cajas del betún, el trapo y el cepillo y los metió, desordenadamente, en la caja. Sam le miró asombrado.

De ordinario era muy cuidadoso. Siempre que guardaba sus bártulos, lo hacía con el mayor cuidado.

Ahora, en cambio, los había metido juntos en la caja y se apresuró a echársela al hombro. Los demás limpiabotas se hallaban ya entre la multitud que llenaba la escalera del aéreo. Todos ellos se fueron colocando en el andén, dispuestos a tomar el tren que debía conducirles al East Side.

Sam volvió el rostro y lanzó una ojeada a su compañero. Una franca sonrisa dilataba sus labios. Tras de franquear las puertas giratorias, en lugar de un níquel puso, generosamente, dos delante de la taquilla.

Este rasgo de su compañero no impresionó al sonriente Tony o, por lo menos, si le impresionó, su rostro no lo dejó traslucir. Si Sam había querido consolarle por el reciente fracaso, le fue igual.

Antes de que los dos hombres hubieran llegado junto a él, un tren cerró sus puertas de corredera y arrancó de la estación.

Por ser la hora que era, continuaba fluyendo la muchedumbre por las puertas de la estación. En el andén se apiñaban miles de personas.

En menos que se cuenta, otro tren sucedió al que acababa de partir. Sam se acercó más a su acompañante. De vez en cuando, le dirigía una ojeada y se estremecía a su pesar.

—En cuanto llegues a casa llamarás a un doctor, ¿eh, Tony? —le dijo con simpatía en cierta ocasión.

Tony no contestó. Miraba con fijeza una ventana que tenía en frente, al otro lado de la vía. Esta ventana se abría en el tercer piso de un soberbio edificio de piedra y acero.

Las vías del aéreo se hallaban ligeramente más bajas que el nivel de aquel tercer piso.

Tony divisaba la cabeza y los hombros del individuo situado tras de aquella ventana. No dio muestras de haberle reconocido.

Sin embargo, era Doc Savage, el último parroquiano a quien limpiara las botas aquella tarde.

Los anchos hombros de Doc llenaban casi todo el hueco de la ventana. Su cabeza erguida resplandecía bajo los últimos rayos de un sol primaveral.

Se asemejaba mucho a la testa de una estatua dorada.

Ahora bien: aunque Tony no parecía darse cuenta de ello, Doc también le observaba.

Sus pupilas doradas le distinguían en el centro de la masa negra de seres humanos agrupados en el borde del andén.

Después de haber entrado en la sala dispuesta para la reunión de directores, había visto la misma mueca macabra en el rostro de otro hombre y la coincidencia parecíale preñada de un siniestro significado.

Porque este hombre era el multimillonario a quien Tony le había lustrado los zapatos una hora antes.

Y este individuo acaudalado era señalado en su círculo, como Tony en el suyo, por su jovialidad y buen humor.

Por ello, ahora Doc examinó con mayor atención el rostro de Tony, el sonriente.

Lo mismo que su vista adiestrada era capaz de leer, a distancia,

mucha distancia, las palabras emitidas por unas labios cualesquiera, podía, también, interpretar las emociones del rostro.

Y el del limpiabotas no expresaba ninguna en aquella ocasión. Esta misma falta de expresión ostentaba el semblante, tan alegre de usual, de Simón Stevens, el presidente de la compañía naviera.

Se acercaba, rugiendo, la larga cadena de coches del tren aéreo. EL conductor escudriñaba delante de sí. De una ojeada, recorrió el andén y la gente que había en él.

Los pasajeros se empujaban con objeto de asumir la posición más conveniente para poder abalanzarse a las puertas de los coches apenas estuvieran descorridas.

Tal vez las primeras en entrar serían las que cogieran asiento.

Sam Gallivanti seguía hablando. Aunque era muy posible que la cara de su acompañante asustara a más de cuatro, Sam le conocía ya de antiguo.

Ahora le metió rudamente un codo en las costillas. Fue un golpe violento y deliberado aunque hecho sin intención de hacerle daño, por pura broma.

—¡Eh, despierta de una vez! —exclamó al propio tiempo—. No parece sino que estás asistiendo a un funeral, Tony.

No varió la expresión del limpiabotas, pero posó lentamente la mirada en la persona de Sam. Su mano derecha tocó la correa a que iba unida la caja pesada que indicaba su profesión.

La paja en cuestión iba pendiente de uno de sus hombros.

Tony no articuló una palabra. Empero, su ademán indicaba que actuaba en respuesta al codazo que acababa de asestarle Sam en las costillas.

Sam sólo gritó una vez: —¡Tony! No me pegues... tú...

El final de la frase se perdió en un grito delirante que fue en aumento. Este grito halló eco y se comunicó a las lenguas de cientos de mujeres.

El conductor del tren en marcha aplicó los frenos neumáticos con una violencia tal, que derribó a los pasajeros que iban en pie dentro de los coches.

Pero, sin embargo, llegó tarde.

La caja de Tony subió y bajó en el aire. Su arco cogió el cráneo de Sam Gallivanti.

Probablemente fue una suerte que los alaridos de las mujeres y

los gritos y juramentos salvajes de los hombres ahogaran el horrible crujido de los huesos y de la carne bajo las ruedas del tren. Los empleados abrieron instantáneamente las puertas de los coches. Varios cientos de pasajeros habían oído el clamoreo. Hombres y mujeres se lanzaron al andén aumentando con ello la confusión del momento.

Aquellas personas que poco ha estaban deseosas de tomar el tren, corrieron ahora, hacia la escalera.

Dos hombres se habían apoderado del sonriente Tony. El limpiabotas tenía asida aún por la correa la pesada caja.

De ella se escaparon los trapos que le servían para dar brillo a los zapatos.

Los dos hombres le arrastraron con rudeza hasta meterle otra vez entre la multitud.

Un uniformado guardián del tráfico bajo el tren aéreo, fue el primer policía que le puso las manos encima.

Otros iban llegando. Ya los empleados del aéreo trabajaban con objeto de recuperar el cuerpo de Sam Gallivanti.

La policía obligó a retroceder a la multitud y formó círculo en torno del asesino. Todos estaban más excitados que él.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué has despachado a tu acompañante? —le preguntó uno de los policías.

—Yo no le he despachado —replicó Tony con calma—. Sam es mi amigo. Me dio un codazo en las costillas y yo le pegué con la caja. Todo ha sido una broma.

Y así diciendo. Tony sonreía con su mueca macabra. No se encogió de hombros, ni hizo el menor ademán.

Sus ojos permanecían fijos en la lejanía; dilataba sus finos labios la mueca que ya conocemos, poniendo de manifiesto los blancos dientes.

—¡Santo cielo! —exclamó el policía sin poder contenerse—. Este hombre está loco. ¡Dice que ha tirado bajo el tren a su acompañante porque le dio un empujón y le llama a esto una broma!....

—Le sucede algo raro —replicó el guardián del tráfico, que conocía a Tony de antiguo—. Conozco a este mozo. Jamás le he visto borracho y ya hace años que trabaja en este barrio. Gusta a todo el mundo. ¡Oye, Tony! ¿Por qué has tratado así a Sam?

Tony clavó en el guardia una mirada serena, imperturbable.

—Me pegó en las costillas —repitió—, y por ello le empujé.

—¡Valiente cosa! —murmuró el guardia—. Me parece que verdaderamente se ha vuelto loco.

Pero Tony volvió a mirarle y respondió:

—No. No estoy loco de la cabeza. Estoy bueno, lo sé muy bien.

El limpiabotas decía la verdad. Se sentía muy bien. Y aunque por fuerza debía haber sentido alguna emoción por la horrible muerte de su amigo, así como por la certidumbre de que iba a ser acusado de homicidio, le dejaba indiferente por completo.

CAPÍTULO II

UN MILLONARIO DEJA DE REIR

SIMÓN Stevens era un ser cordial, bromista. Sus muchos millones no le ponían nunca serio. No se daba importancia. Cuando reía —y se reía de continuo— todo su cuerpo temblaba y se estremecía a impulso de la risa.

No es que fuera bobo.

De haber sido así no hubiese logrado labrar una fortuna. De no haber poseído las dotes necesarias no hubiera podido ejercer la presidencia del monopolio de Compañías conocido bajo el título de World Waterways Shipping Corporation.

En él era uno de los principales accionistas y en él venía ejerciendo el cargo de presidente por espacio de veinticinco largos años.

Durante este tiempo y por seria que hubiese sido la reunión, jamás había dejado de "colocar" a sus colegas el último chiste, el que estuviera más en boga a la sazón.

Y si había tenido tiempo de sobra para colocarlo, también ellos habían tenido la despreocupación necesaria para escucharlo ya que, en todo el tiempo transcurrido desde la implantación del monopolio, no habían cesado de percibir pingües ganancias.

Pero Stevens no contó ningún chiste aquel día. Es más: durante la reunión estuvo menos cordial, de peor humor que de costumbre.

Fumaba uno de los puros substituidos de manera tan hábil. Uno de los directores reparó, en el acto, en la abstracción del millonario.

Su voz profunda no había sonado ni una sola vez desde que entrara en el tercer piso del rascacielos. Por primera vez en su vida estaba preocupado, al parecer.

Apenas hubo penetrado en la sala buscó un sillón retirado, se

sentó en él y se dedicó u mirarse reflexivamente los pies, anchos como toda su persona.

La reunión de directores tuvo, en esta ocasión, una importancia mayor que de ordinario. Recientemente, los negocios de la World Waterways habían sufrido una crisis o cosa parecida, pues, con motivo de la guerra de China, habíase dejado de firmar más de un contrato de carga y para colmo el estado latente de Europa tornaba peligrosa la navegación por el Mediterráneo.

Pero Simón Stevens permanecía sentado y sumido en sombría meditación cuando no se contemplaba la punta de los zapatos.

¿No era para volverse loco? Los once directores —o por los menos diez de ellos— comprendían que la crisis iba asumir todavía un carácter más grave de lo que se había supuesto en un principio.

Y así debía ser. Sino, ¿por qué no se había reído Stevens, como de usual, al entrar en la sala?

De esta manera razonaban para sí los diez directores. El undécimo miraba a su presidente con mayor atención que los otros diez.

Este director era Doc Savage. El hombre de bronce disponía en ésta, como en otras empresas, de un número determinado de acciones.

Ellas le eran muy útiles al gran aventurero. Sobre todo, las de World. ¿Por qué? A causa del interés que le inspiraba un pequeño archipiélago —las llamadas islas Domyn— que la World tenía en el Pacífico.

Desde luego, su interés era puramente humanitario. Él solía llevar a su propiedad enclavada en el Norte de Nueva York a todos aquellos seres contrarios a quienes vencía en sus encuentros.

Sus vastos conocimientos en materia de cirugía le habían llevado a descubrir una operación menor craneana mediante la cual apartaba a los malhechores de sus malas costumbres.

Una vez curados, estos malhechores convertíanse en excelentes ciudadanos, en hombres de bien que olvidaban su carrera criminal. Pero, en su mayoría, estos hombres carecían de hogar y de ocupación.

Por ello, las islas Domyn constituían un cielo, un punto de refugio para aquellos seres rehabilitados. Allí trabajaban muchos de ellos en las minas de nitrato y eran bien retribuidos.

Doc no solía asistir a las reuniones de los directores. Casi nunca disponía de tiempo. Lo dedicaba por entero a la prosecución de empresas peligrosas y más excitantes.

¿Sabía que aquella reunión, tan prosaica en apariencia, iba a crear una situación destinada a tener consecuencias asombrosas?

No lo sabía, pero tal vez lo adivinaba, porque, al entrar, se colocó junto a la abierta ventana. Desde ella veía, si bajaba la vista, las vías y el andén del tren aéreo.

Uno de los sub —directores entró en materia.

—Todos esperamos, señor presidente —dijo,— la venia de usted para entrar a fondo en la cuestión. Todos sabemos para qué hemos venido, ¿no es eso?

—Sí —replicó Stevens—. Lo sabemos todos.

Su voz sonó de manera singular, opaca y sin expresión. Cualquiera hubiera dicho que estaba allí en calidad de mero espectador, como si la situación no despertara en él el menor interés.

Su interlocutor volvió a toser antes de decir:

—Me parece que estamos de acuerdo en retirar nuestros barcos de las flotillas de carga antes que exponernos a una pérdida mayor de la sufrida hasta ahora. De este modo, quedarán reducidos nuestros dividendos, pero todavía podemos salir adelante y gananciosos.

—Sí —aprobó otro director—. La idea está bien. Me parece mejor esto que tratar de sostenernos como estamos con riesgo evidente de perder nuestra hacienda.

Poseemos las islas Domyn y ello es una suerte. EL alza sufrida por el nitrato, gracias a la demanda que origina la guerra, nos viene de perilla para poder operar con el capital acostumbrado.

Stevens guardaba silencio.

Un tercer director se aventuró a exponer: —Bien. Puesto que todos estamos de acuerdo con respecto a esa retirada de buques, propongo que concentremos nuestras operaciones en las islas Domyn. Propongo, también, que llevemos más hombres allí y que se aumente la producción total.

Entonces habló Doc Savage por vez primera. Miraba fijamente a Simón Stevens.

—Yo esperaba que sucedería esto —declaró,— y por ello voy a

transferir también mis dividendos. Ellos contribuirán a que se aumente el trabajo en las islas.

Simón Stevens levantó la vista y sus ojos se encontraron con las doradas pupilas de Savage. Las del millonario carecían por completo de expresión.

Cuando habló, sus palabras parecían salir de un hondo pozo. Sin embargo, iba a producir el efecto de un rayo que cayera en mitad de la sala.

Iba a destruir para siempre una organización —la primera de la ciudad durante tres generaciones— que hasta aquel momento parecía haberse sido muy cara.

Sin embargo, dijo con el tranquilo acento de usual:

—¿Las islas Domyn? Ah, sí. ¡Ahora lo recuerdo! Las vendí ayer.

Por espacio de treinta segundos, Doc percibió claramente el tic —tac de los relojes que había en la habitación. Y diez pares de pulmones contuvieron, con fuerza, el aliento, y se quedaron sin respiración.

Sólo al cabo de medio minuto se oyó suspirar a los diez directores.

—¿Que ha vendido las islas? —repitió uno de ellos, como si no diera crédito a sus oídos.

—¡Cómo! Un cincuenta por ciento de nuestra fortuna está colocada en ese archipiélago —exclamó otro—. Esta venta no ha sido propuesta, nadie la ha discutido... Stevens, usted no puede efectuarla. La Junta no lo permitirá.

Simón debió oír estas palabras. Con todo, ni siquiera miró a sus colegas. Se miraba la punta de los zapatos. El asombro de los directores no le afectaba lo más mínimo.

Doc dijo, en tono suave:

—Si el señor presidente ha querido vender, no tiene para qué consultar nuestra opinión de antemano. Todos sabemos que el voto es mera cuestión de fórmula para la Junta. Tengamos presente que, dada la situación actual, habrá tenido sus motivos para hacerlo así. Esta es, claro está, una época en que se ofrecen precios extraordinarios: en que más de una nación europea sentirá deseos de ejercer el control del nitrato.

Simón Stevens miró a Doc Savage. De usual, estremecía las mandíbulas del presidente, cuando no lo hacía en voz alta,

contenida risa. Su rostro lleno acusaba, ahora, líneas rígidas, y tan duras como el granito.

—A propósito —dijo, sin que viniera a cuento para nada el asunto que estaban ventilando—. ¿Saben ya el chiste de moda? Aquel que dice..

Un cuento ridículo corrió de un extremo a otro de la sala. Luego, no pudo ya contenerse uno de los directores.

—Bien —dijo—. Si ha vendido esas islas, jefe, ¿significa esto que habrá que renunciar, siquiera sea temporalmente, al tráfico de buques? Yo entiendo que ponerles, ahora, en movimiento, acarrearía una pérdida. Del archipiélago hubiera podido sacarse una buena tajada, por lo menos cincuenta millones.

—¿Qué ha aceptado por él?

—Medio millón de dólares, en total. Ya tengo firmado el contrato —replicó el presidente de la World—. Ahora procederemos a la votación. Aquellos que estén de acuerdo con la venta digan "sí", y "no", los que opongan el veto.

—¡No! —gritaron diez directores.

Doc Savage guardó silencio. Observaba a Simón Stevens.

Diez accionistas sorprendidos e incrédulos abandonaron sus asientos, avanzaron, desparramándose, en súbita oleada.

Tal era la gravedad del momento que dieron al olvido sus años, su dignidad e, incluso, su calidad de pequeños accionistas de la World.

En cuestión de un instante, hallábanse convertidos en un cuerpo indisciplinado que aullaba y maldecía.

El director que se había situado más cerca de Stevens era un individuo larguirucho. Este se olvidó de sí mismo hasta el punto de blandir el puño cerrado ante las mismas narices de su presidente.

—¡Sucio traidor, nos has vendido! Yo tengo colocada en la World casi toda mi fortuna —dijo.

Y su puño salió disparado.

Aunque de más edad, era Stevens el más corpulento de los dos. AL rozarle la prominente mandíbula los nudillos de su subordinado, su rostro no dejó traslucir la menor emoción. Escondidos tras de pliegues grasientos de las órbitas, sus ojos miraban fríos, imperturbables, como los de un pez. Pero, maquinalmente, su mano asió un tintero de plata labrada que tenía junto a sí, sobre la mesa.

Esa misma mano, armada, se alzó en el aire. El arma improvisada pesaba lo bastante para hundir el testuz de un buey.

Además, el millonario presidente de la World aplicaba a la acometida toda la fuerza hercúlea de su brazo. EL director no podía escapar.

Estaba muy cerca de él. Así, al caer el tintero iba a aplastarle el cráneo.

Nadie supo, después, cómo pudo cruzar Doc Savage la habitación. El gigante de bronce se había empinado sobre la punta de los pies.

Luego corrió, veloz como el rayo... En el momento de alzarse el tintero en el aire estaba junto al larguirucho director.

Un brazo gigante, un brazo de bronce, transformóse, simultáneamente, en acerado, rápido pistón. Descendió el tintero, sonó un ¡chcac! violento, el director alto cayó a tierra.

Su cuerpo desmadejado rodó —voló, mejor dicho— hasta el extremo opuesto de la sala antes de perder el sentido.

Suerte fue que Doc hubiera tomado por blanco uno de sus hombros, pues de asestarle, de lleno, el golpe, ¡pobrecillo!, no hubiera salido mejor librado que de caerle encima el tintero.

Stevens volvió a sentarse. Ni siquiera en los emocionantes momentos pasados había perdido la calma.

Refrenado su impulso al elevar el tintero homicida sobre la cabeza de su colega, hizo girar entre los dientes el grueso habano y mordió, tranquilamente, su extremo.

Doc le miró, fijamente, a los ojos. Lo que vio en ellos no tenía nada de agradable.

Así y todo, dijo a los diez directores:

—Bien, procedamos con calma. Estoy convencido de que cuando sepamos más detalles, lo veremos todo de manera distinta. Yo tengo invertidos en esa venta tantos intereses como vosotros. Escucharemos a Simón.

Los directores tomaron de nuevo asiento. Doc Savage volvió a ocupar el suyo junto a la ventana.

Por espacio de dos minutos, sólo se oyó en la sala el ruido de pasos de aquellos seres a los cuales avergonzaba un poco el haberse dejado llevar de la emoción.

Doc miró por la ventana. Veía en el andén a un ente moreno,

que llevaba pendiente de un hombro la caja del limpiabotas. Incluso a aquella distancia, Doc distinguió claramente la mueca macabra, siniestra, espantosa, de la faz de aquel individuo, porque, desde la infancia, había adiestrado su vista de manera que sobresaliera entre todas.

Luego la volvió a posar, velozmente, en el rostro de Simón Stevens. El par de rostros, el del millonario que, por lo visto, acababa de labrar su propia ruina y el del betunero del East Side, eran exactamente iguales.

Uno de los directores reanudó la conversación diciendo con cierto sarcasmo:

—¿Puedo preguntar quién es el afortunado mortal que ha adquirido las islas Domyn por medio millón de dólares?

Simón Stevens se rascó, perplejo, la barbilla. Su acento indicaba que ni siquiera sentía el interés que se hubiera tomado por la suerte del archipiélago, el último empleado de su oficina.

—Verán: yo he firmado un contrato de venta —dijo indiferente, — pero es chusco: ¡por más que me esfuerzo, no logro recordar, en este instante, a quién le he vendido las Domyn!

Doc oyó la singular declaración, pero tenía los ojos puestos en el andén del tren aéreo. Luego los directores lanzaron exclamaciones entrecortadas.

Era la segunda vez que ello sucedía durante la tarde, al verle deslizarse de la sala al corredor de la casa sin detenerse a explicarles por qué lo hacia.

La explicación de su conducta llególes a través de la abierta ventana. Desde el exterior llegaron a sus oídos alaridos femeninos, penetrantes.

La multitud rugía en el andén del aéreo. Los directores de la World se apiñaron ante la abierta ventana de la sala.

Uno de ellos lanzó un juramento ahogado y apartó rápidamente los ojos del andén. Acababa de ver la mano de un hombre que salía por entre las ruedas de uno de los coches del tren.

Los dedos de aquella mano se retorcían aún; parecían deseosos de asirse a cualquier cosa que les sirviera de palanca para extraer el cuerpo de la víctima de debajo de la implacable masa de hierro y acero que la oprimía.

CAPÍTULO III

SIN EMOCIONES

EL asombro hizo fruncir la pequeña boca, redonda, del doctor Madren.

Movió la cabeza y la luz eléctrica arrancó brillantes destellos a la reluciente bola de billar de su calva. Esta, y la rosada plenitud de sus mejillas, le daban el florido aspecto de un querubín o ser angelical.

Mas tenía relucientes y hundidas las pupilas. Ellas solas expresaban una tan desmesurada inteligencia que, al punto anulaban la impresión producida por el resto de su fisonomía.

En el momento en que le hallamos, llevaba media hora gastada en dirigir bobas demandas, preguntas sin objeto aparente al sonriente Tony Talliano.

Y, a decir verdad, no se mostraba el limpiabotas reacio en sus respuestas... siempre que las comprendía.

El asesino improvisado, había sido llevado, desde la estación del aéreo, a la sala de observación de los presos instalada en la sección psicopática del Hospital Bellevue.

La presencia allí del doctor Madren, psiquiatra eminente, era de esperar, dada su calidad de visitante de los más asiduos del gran hospital neoyorquino.

Pocas variantes había en él de las enfermedades cerebrales con que no se hallara familiarizado el doctor. Sin embargo, a la razón, se había atascado. Le era difícil diagnosticar.

Porque Tony había replicado normalmente al interrogatorio. Sí, él comprendía que su amigo, Sam Gallivanti, estaba muerto. Sí, Sam sé había caído bajo el tren después de haberle él golpeado con la caja... mas, ¿qué se le daba a él?

Esta era, al parecer, la actitud adoptada por aquel extranjero de la macabra sonrisa.

Doc Savage llevaba en la sala unos minutos de silencio expectante. Y en ella se hallaban, también, tres doctores especializados en la psicología. Uno de estos dijo a Buelow Madren:

—Bien, ¿qué deduce del interrogatorio, doctor? En mi vida he visto muchos casos extraordinarios. Respecto al presente, sustento una teoría que no me atrevo a expresar.

El doctor Madren le dirigió una sonrisa. Sus pupilas, de un azul intenso, chispearon un poco.

—Yo no sé leer el pensamiento, doctor —replicó,— sin embargo, me atrevo a decir que su teoría está de acuerdo con lo que yo pienso.

Como ellos, Doc Savage sustentaba su teoría particular. Ya desde un principio, apenas comenzara el interrogatorio, había llegado a una conclusión asombrosa.

Pero sólo en muy raras ocasiones expresaba una opinión. Y la expresaba, únicamente, cuando poseía pruebas irrecusables.

Por ello le interesaba ahora conocer qué era lo que deducían del caso las mentes educadas de los psicólogos.

—Escribiremos nuestras opiniones —sugirió el doctor de Bellevue—. Y así no nos sugestionaremos unos a otros.

El doctor Madren sacó el lápiz de áurea caperuza y sirviéndose de él escribió sobre la hoja de un librito de notas. El de Bellevue siguió su ejemplo.

Un tercer físico leyó, sonriendo, el resultado. Las palabras de uno y otro escrito eran casi idénticas.

"Ese hombre no está loco en mi opinión", había escrito el doctor Madren. ¡Ojalá lo estuviera! Sería mejor. Padece una pérdida total de emociones.

Así, dada su actual condición, no ha podido matar en un acceso de furor porque no es capaz de enfurecerse como tampoco de alegrarse o de entristecerse, ni de dejarse llevar de externa influencia.

Es más: en tanto se halle en este estado, no podrá reír ni llorar".

Expresada en términos ligeramente distintos era asimismo ésta, la opinión del médico de Bellevue. Los dos doctores sustentaban idéntica teoría.

De manera que, de allí en adelante, se tendría a Tony Talliano por un ser normal, por un ser dotado de cabal juicio.

Y siendo así, cabía suponer que había matado a su amigo sin sentir, de antemano, la menor emoción.

Tampoco podía, ahora, sentir dolor o remordimiento. Y era probable que pronto llegaría a olvidarse, incluso, de la muerte cometida.

—Así, es un hombre sano que carece de sentimientos —declaró el doctor Madren,— y como tal, es único en los anales de la psicoterapia. Pudo matar, y ha matado, a su mejor amigo, sin experimentar, después, la menor reacción.

El hombre de bronce sabía ahora que el de Tony no era un caso único.

Simón Stevens, presidente de una compañía de buques, ciudadano eminente, multimillonario, ser jovial, lleno de amor a la vida, había dejado por una mera fracción de segundo, de cometer idéntico crimen.

Y la mente analítica de Doc comenzaba a desarrollar sorprendentes teorías.

EL gigante de bronce jamás pasaba por alto la cosa más pequeña.

El hombre de bronce sabía lo que significaba para Tony aquella declaración del eminente doctor Madren.

Conforme a ella, iba a considerar al limpiabotas como a ser provisto de razón y, en calidad de tal, sería juzgado y declarado autor de la muerte de Sam Gallivanti.

El caso era doblemente asombroso si se le comparaba con la extraña conducta seguida por Stevens. Doc Savage no podía dejar de darse cuenta de la extraña coincidencia de ambos casos.

Y casi había decidido ya que Tony Talliano, el limpiabotas, y Simón Stevens, presidente de la World Corporation, eran víctimas de la misma perniciosa influencia.

Y el hombre de bronce intuía que aquella influencia perniciosa procedía de externa fuente. Pues costábale trabajo creer que una mera casualidad hubiera afectado, por igual, la inteligencia de dos seres socialmente distintos como Tony Talliano y Simón Stevens.

Antes de que se dieran cuenta de ello los médicos, había salido del hospital.

Se encaminó directamente a la concurrida plaza pública donde trabajaba Tony. Allí, un interrogatorio hábilmente iniciado le dio a conocer que el sonriente limpiabotas le había limpiado siempre las suyas al presidente de la World.

Lo que el hombre de bronce no podía saber, era que los dos hombres habían fumado habanos de igual procedencia.

Enseguida prestó toda su atención al cuartelillo de policía del distrito porque en él se guardaba el arma homicida: la caja de los betunes que había llevado Tony pendiente del hombro.

El inspector encargado era hombre cortés y Doc le pidió, y obtuvo, muestras del betún encerrado dentro de la caja.

En el momento de abandonar el cuartelillo, recordó que Monk llevaba a cabo, a la sazón, un experimento técnico de química y que habitaba en punto distante y retirado de Long Island.

Por esto, apenas hubo llegado a su casa, convertida en cuartel general, trató de ponerse al habla con Monk.

Pero fracasó en su intento de establecer inmediato contacto con el químico de su grupo. No entendió bien el lenguaje del ama de llaves que acompañaba a Monk en su aislada vivienda.

Más tarde, supo que se había retirado el presidente de la World a su casa de verano de Southampton. Y Southampton también estaba apartado, sito en el corazón de Long Island.

Perplejos y consternados halló todavía a los socios del millonario. Es decir: los constituyentes de la Junta de Directores y por ellos supo que el secretario de Simón había confirmado la declaración del presidente, relativa a la venta de las islas Domyn, pero que la identidad del comprador constituía todavía un misterio.

Doc se había llevado al laboratorio unas muestras del betún de Tony y analizando, trabajó hasta una hora avanzada de la noche.

A la misma hora y no lejos de allí, en un rascacielos, concluía su cena Henry Hawkins, guarda nocturno. Entonces recordó que había dejado su pipa en otra habitación. La pipa estaba allí, en efecto, donde la había dejado.

No podía saber que otras manos la habían tocado mientras comía.

Luego se alarmó, de súbito. Cerca de él sonaba, ruidoso, un timbre. ¡Era el de alarma!

Él sabía que, en el despacho, había encerradas, dos cajas fuertes

y que las cajas contenían una fortuna de oro y alhajas. Que las alhajas eran de varias clases y que su patrón empleaba el oro para el engarce de las más finas.

Por esto abandonó la cena. Rápidamente y provisto de un pesado revólver, encaminó sus pasos al interior del edificio. AL propio tiempo aspiraba con fuerza el humo de la pipa que llevaba, muy apretada, entre los dientes.

De usual se cerraba con llave la puerta del despacho. Henry probó, con cautela, a darle una media vuelta al pomo. La puerta cedió.

¡La habían abierto! El interior del despacho estaba a oscuras, pero el guarda creyó vislumbrar una sombra que se movía allá, en el hueco de una ventana.

—¡Arriba las manos! —ordenó—. ¿Qué haces ahí?

Jamás había hecho fuego sobre una sombra y por ello, titubeando, cometió un error. Sucedió que el viejo revólver explotó, por dos veces, con horrísono estampido y, sin que se disparasen nuevos tiros, Hawkins cayó al suelo.

Entre tanto, el mismo timbre de alarma que le tendiera el lazo, sonaba, con estrépito, en un departamento de la Park Avenue.

La alarma hizo saltar de la cama a Perrin, tomó el auricular del teléfono y llamó a la policía. Perrin era un ser excitable, nervioso, extremadamente sensible, que rayaba en la cincuentena.

Con todo, aun se mordía las uñas de vez en cuando.

Era hábil trabajador y uno de los mejores lapidarios de la ciudad. Nadie como él sabia sacar provecho de los diamantes u otras piedras en bruto.

—¡Ladrones! —aulló por teléfono—. ¡Ladrones en mi despacho! ¡Que se dirijan allá, enseguida, los agentes!

Y les dio la dirección.

Los agentes hablan invadido ya el despacho cuando Perrin llegó a él. El lapidario miró en torno. Sentado en una silla, divisó a Henry Hawkins.

El guarda no presentaba signo exterior de haber sido herido o lastimado. En la mano nudosa empuñaba todavía el pesado revólver.

—¿Qué ha sido? ¿Qué ha sido, Henry? —exclamó Perrin.

—Hola, misten Perrin —contéstóle Henry Hawkins—. Ignoro

quién es el que ha llamado a la policía, pues aun no he concluido de cenar.

Perrin se asió un mechón de los grises cabellos. Sin duda pretendía tirar de ellos, mas lo pensó mejor y optó por morderse las uñas.

—¿Qué... aun no... ha concluido... de cenar? —balbuceó—. Aquí, oficial, ¿qué han descubierto ustedes?

Estaba abierta la puerta de una de las cajas de caudales. Perrin comenzó a gemir. Parecía ser que, en la caja, contenía entre otras piedras, cuarenta diamantes de gran tamaño.

Estos diamantes estaban sin tallar todavía. Perrin observó, gimiendo, que se los había confiado un cliente.

—Con ellos se hubieran tallado mas de diez mil quilates. Fíjense bien: ¡diez mil quilates! Estoy arruinado. Todo lo he perdido... mi crédito... mi fortuna... mi...

Calló el desdichado lapidario y separó la vista atormentada del interior de la caja. Pero un detective le indicó que mirase el suelo.

Ante la caja había un charco de sangre. Esta sangre se había desparramado por la alfombra. Hacía, que estaba allí, por lo menos un cuarto de hora.

—Si el ladrón venía solo y le han abierto un agujero, ha debido caer aquí mismo —dijo el detective—. Si por el contrario, vino acompañado, su compañero será atrapado cuando intente huir tirando del otro.

Perrin se retorcía las manos.

—¿Les vio, Henry? —dijo rápido al guarda nocturno—. ¿Cómo eran?

—¿A quién he visto, mister Perrin? —replicó el guarda—. ¿Me permite ahora que acabe de cenar?

La cara del guarda permanecía inexpresiva. Por su aspecto no parecía haber contendido con los cacos y, aparentemente, sólo sentía deseos de comer.

No había huella en él, de que hubiera sentido miedo.

Perrin estaba excitadísimo. Sin embargo, comenzaba a serenarse cuando llegó un inspector apodado Ryan.

Henry Hawkins no parecía estar preocupado por la agitación de su principal.

Su pipa había caído al suelo sin que se diera cuenta.

—Tal vez le hayan dado un golpe en la chola —observó el inspector Ryan.

Miró a Hawkins. Le estudió.

—¡Demonio! —exclamó de pronto. Acababa de ocurrírsele una idea—. ¡Este hombre tiene el mismo aspecto que el betunero que mató, anoche, a su colega! Oiga: ¿recuerda haber hecho fuego aquí, sobre alguno?

—Es muy posible... sí, ¿por qué no? —repuso el guarda—. Pero voy a acabar de cenar si me dejan. Tengo apetito. Yo no estaba aquí cuando se abrió esa caja. Tampoco soy capaz de abrirla; mister Perrin lo sabe muy bien.

La excusa era inútil porque nadie le acusaba. Quizá se le hubiera hecho responsable del robo de no haberse hallado el charco de sangre.

Uno de los detectives extrajo de la pared, junto a la ventana, un trozo aplastado de plomo.

—Aquí se han disparado armas de fuego —dijo a los presentes —. Luego, alguien le ha dado al guarda un golpe en la cabeza.

Perrin se tiraba implacable, del mechón de cabellos.

—¿Qué hacer? ¿Qué hacer? —exclamó sin cesar—. Las piedras no estaban aseguradas. Yo intentaba tasarlas, pero aun no había tenido tiempo de hacerlo.

Ryan era hombre agudo. Ante todo, consoló a Perrin. Le prometió hacer lo imposible con objeto de recuperar las piedras. Enseguida agregó:

—Veo algo forzado en todo esto. Y me parece que voy a llevar al guarda a Bellevue para que allí le hagan un examen. Si quiere saber algo, acuda a Doc Savage. Doc sabe hallarle una respuesta a todo. Doc anduvo anoche, en la caja del betunero. En lugar de usted, mister Perrin, acudiría a él.

Al cabo de una hora, sobre poco más o menos, llegaba el lapidario a casa de Savage.

El asombro le movió allí, a abrir la boca repetidas veces. La cosa comenzó con su admisión en el cuartel general del gigante de bronce, cerrado por una puerta sencilla sobre la cual, en pequeños caracteres de bronce, campeaba el nombre del propietario: "Clark Savage, júnior".

Después que Doc le hubo recibido, reparó, sobre todo, en la

biblioteca.

Esta contenía miles de volúmenes, muchos de ellos trataban de las piedras preciosas y de minerales no menos valiosos. Perrin no sabia que, precisamente, Doc Savage era maestro en el arte de la orfebrería y por consiguiente que sabía más que él.

También sabía más cosas respecto al propio Perrin de lo que él mismo creía.

El lapidario se detuvo en mitad del inmenso laboratorio jugando con el consabido mechón.

—Todavía no sé cómo va a poder ayudarme —dijo a Doc—. Pero mi guarda nocturno se ha vuelto loco, al parecer, y ¡creo que yo también acabaré por trastornarme! Se ha vaciado una de mis cajas de caudales, y se ha hecho fuego sobre un hombre sin que de ello tenga el guarda memoria. Por ello está actualmente en Bellevue, puesto bajo observación.

Las doradas pupilas de Doc flamearon y en su fondo se agitaron pequeños remolinos. Pensaba que primero el loco había sido el limpiabotas, luego el presidente de la World, ¿sería, ahora, Henry Hawkins?

Entre tanto, Perrin le narraba lo ocurrido. Cuando hubo acabado, dijo Doc:

—Bien, siéntese usted. ¿Le interesan los peces tropicales? En ese estanque hay cien especies diversas.

—¡Bondad divina! —exclamó, desesperado el lapidario—. Le decía que me han robado piedras por valor de diez mil quilates y que no están aseguradas. Le decía que estoy arruinado. Le decía que no volveré a encontrar trabajo, le decía que...

—Si, sí, ya lo he entendido. Me hago cargo de todo —dijo Doc con toda calma—. No se ponga nervioso. Siéntese aquí, junto a los peces, y entretanto hablaré por teléfono. Quizá pueda ayudarle.

—Si lo hace le daré todo, todo cuanto me pida —gimió Perrin.

Doc no le contestó. Se limitó a sonreír.

Una vez en el otro despacho, estableció la comunicación por teléfono.

—Sobre todo porque viene tras del poco común acontecimiento de la tarde, me parece un paso extraordinario el de Hawkins —comunicó a la persona situada al otro lado de la línea,— que supongo le interesará hacerle una visita.

—¡Sí, sí, muchísimo, ya lo creo! —replicó su invisible interlocutor desde el lecho—. Celebro que haya pensado en mí, mister Savage. Voy a subir a Bellevue y enseguida veré a ese individuo. El estado especial de su mente pudiera ser transitorio. De todos modos espero dar con la causa.

—También yo lo espero —declaró Doc Savage—. Y, doctor, asimismo me interesa un tercer caso similar. Lo presenta Simón Stevens, el rey de la marina mercante. También fue atacado esta tarde. Ahora se halla en su casa de Southampton. Mucho le agradeceré que vaya, asimismo, a verle y que le asista.

La voz del interlocutor invisible dejó traslucir mucha excitación. Luego dijo: —Voy a ir a Bellevue y después, en el coche, subiré inmediatamente a Southampton.

Doc Savage volvió al laboratorio. Había llamado por teléfono al doctor Buelow Madren.

A Perrin, la soledad le había aplacado algo los nervios. Quizá ejercieran sobre él una benéfica influencia los brillantes colores de los peces que, raudos, nadaban en el casi transparente estanque de agua.

Perrin no sabía, naturalmente, que el estanque servía, en realidad, de pantalla a una de las secretas salidas de la casa.

CAPÍTULO IV

OTRO CEREBRO PARALIZADO

LA vuelta de Doc cogió de improviso a Perrin y dio un salto.

—¿A quién ha llamado? ¿Tal vez a la policía? —dijo después—. Y ¿qué le ha dicho ella? ¿Se ha descubierto alguna cosa?

—No he hablado con la policía —replicó Savage—. Pues creo que la verdad se oculta, más que en parte alguna, en el cerebro de su vigilante nocturno. Aguardemos, pues, nuevos acontecimientos. ¿Ya ha visto mi colección de peces tropicales?

—¡Pero hombre, qué despreocupación muestra usted! —exclamó Perrin—. Le digo que estoy arruinado... a...rr...u...i... n...a...d...o,! y usted sale hablándome de los peces de colores! Me dice que algunos de ellos son venenosos. Yo deseo saber cómo haré para recuperar esos diamantes que no he asegurado.

—Sí, son venenosos —afirmó Savage—. Lo verá si les examina con atención. Son esos de los lomos agudos como aristas.

Sobre el estanque rezaba un letrero: "Peces Venenosos".

Pero Perrin se le acercó y miró el fondo con atención. Doc se le puso al lado. Los peces circulaban a miríadas, magníficos, fulgurantes, en torno a uno de esos castillos acuáticos que se ven con frecuencia en el fondo de los grandes estanques.

Doc dijo de pronto:

—Si, aguardemos un resultado. Es conveniente. Antes de que amanezca el nuevo día estaré en Bellevue e inmediatamente después pasaré por el despacho de usted. Allí reconstruiremos el robo.

Cuando Perrin se hubo marchado, volvió a entrar en el laboratorio. Sus movimientos eran tan poco serios como poco antes su aparente resolución de excitar hacia su colección de peces el

interés del lapidario.

Doc metió un brazo en el estanque. Este brazo y la mano de bronce que lo remataba fueron ampliados, de momento, por el agua clara del estanque.

AL parecer él no le tenía miedo al veneno de los peces. Algunos de ellos le rozaron la tersa, tostada piel, sin dejar señal en ella.

Doc sacó el castillo del agua y el artefacto se dividió en sus manos.

Dentro había una pequeña caja negra. De ella extrajo Doc una placa fotográfica. La introdujo (era un negativo) en el baño y poco después, la expuso ya revelada, a una pequeña luz roja.

Allí había pasado algo anormal, porque en la placa solo apareció un par de ojos. El resto del semblante era un confuso, informe manchón gris.

Pero los ojos estaban muy ampliados.

Doc deslizó la placa en el interior de una vitrina de cristal. Estaba visiblemente satisfecho de la labor llevada a cabo.

*****

Poco después se entrevistaba con mister Perrin. Pero con un mister Perrin que no era el mismo de antes o por lo menos que ya no sentía deseos de recuperar sus diamantes.

Es más: se negó a dar a Doc los informes que aquél estimaba convenía recoger.

En principio, Doc se quedó perplejo, pero una mirada firme que asestó a los ojos del lapidario le dio a conocer la causa secreta de aquel cambio de carácter.

Porque Perrin también ofrecía un aire idéntico al de Tony Talliano, al de Simón Stevens, al de Henry Hawkins, el guarda nocturno.

De la manera maquinal común a aquellas personas afectadas por la singular enfermedad, replicó Perrin a las pocas preguntas que le dirigió el hombre de bronce.

Doc pudo sacarle una lista descriptiva de los diamantes substraídos y trató de grabarla bien en el pensamiento. A cuarenta ascendía el número de los diamantes en bruto y eran todos africanos.

Pero lo que no pudo lograr, fue que Perrin le revelara los nombres de sus propietarios.

Tras de esta entrevista infortunada, dejó el despacho del lapidario y volvió a su despacho, en el rascacielos y desde allí obtuvo comunicación con la finca de Stevens en Southampton, Long Island.

Se puso al aparato Jaime, hijo del millonario.

Doc se informó, ante todo, del estado de salud de Simón. Luego dijo a Jaime:

—Acabo de enviarle al famoso doctor Madren. Quiero que vea a su padre.

CAPÍTULO V

AMENAZA NOCTURNA

DOC había fracasado en su intento de establecer un contacto con Monk.

Había llamado en vano a su casa de Shinnecock, Long Island, pues no obstante lo avanzado de la hora —era más de medianoche — Monk pasaba entonces sus apuros.

El origen de estos apuros era un animal doméstico, un representante de la raza porcina, árabe de nacimiento, aunque no lo parecía, un compuesto zanquilargo, orejudo, de ojos pequeños e inteligente, hay que confesarlo.

Su cuerpo parecía hecha casi exclusivamente para receptáculo de los alimentos. Su apetito era insaciable.

En el instante elegido por Doc para llamar a la vivienda del químico, el cerdo promovía un alboroto en la oscuridad de una charca pantanosa, al pie de una eminencia.

Allí graznaba de terror un número considerable de gansos. Pululaban a cientos y estaban diseminados sobre unos dos acres de agua fangosa.

El cerdo venía disfrutando de la vida desde el día y hora del traslado de Monk a la nueva vivienda situada cerca de Ponquogne. Allí había descubierto una granja provista de centenares de aves y éstas constituían una presa fácil para él.

—¡Diantre! —chilló una voz infantil en la oscuridad del pantano —. ¡Maldita sea tu piel, Habeas! ¡O sales de ahí, de una vez, o te llevo ante Ham! Eso haré.

Aquella voz chillona no podía ser más que de Monk, pues a pesar del vello rojizo, duro como las cerdas del jabalí, que le cubría el cuerpo, y de sus doscientas cincuenta libras de pesa, sacaba

agudos registros de su garganta.

Asimismo, tenía estrecha la frente y abombada, las cejas muy pobladas y los brazos le llegaban a la altura de la rodilla.

¡Con semejante catadura imaginad qué espectáculo ofrecía, mientras, hundido hasta la cintura, permanecía de pie en la charca!

Pero su amenaza no surtió efecto. Con todo, el cerdo había tenido que entenderla, ya que de todas las cosas de este mundo, la que más ambicionaba Ham era la de verle convertido en bistecs.

Monk volvió a gritar desde la charca.

Habeas le contestó con un gruñido de placer. Decapitaba un nuevo ganso.

Un par de piernas descomunales que, al parecer, andaban solas, avanzaron inesperadamente por el pantano.

Se trataba de un hombre alto que llevaba una linterna Y al oscilar su luz de aceite junto a sus piernas, las transformaba en sombras gigantescas originando un asombroso efecto de óptica.

—¡Eh, ladrón empedernido! —exclamó sin dejar de avanzar—. No te lo diré otra vez. ¡O sacas de aquí a ese animal o le agujereo el pellejo!

—¡Diantre! —repuso Monk—. Le sacaré cuando pueda hacerlo. Entretanto, le aconsejo que no haga fuego, de lo contrario voy a hacerle picadillo y alimentaré con su cama a esos condenados gansos. ¿Cuánto quiere esta vez por los muertos?

El hombre de la linterna la elevó en el aire hasta la altura de su semblante.

Este, acartonado, era largo y hendido en la boca; por contraposición tenía el mentón salido. La cabeza era pequeña y terminaba en un cuello de tortuga.

—Esta vez no me contento, a menos que me dé un billete de a diez —gruñó significativamente su voz gruesa—. Venga acá y pague, de lo contrario acribillaré a balazos esa imitación que tiene ahí.

Monk avanzó, chapoteando por la charca. Gruñendo sacó unos billetes del bolsillo.

John Scroggins, el amo de los gansos, obtuvo más de un billete de a diez en esta ocasión. Entre tanto, Habeas había metido el largo hocico en el agua, cerca de ellos y aguzaba el oído.

Monk no desperdició la ocasión que se le ofrecía. Dejó caer los

billetes y se lanzó sobre el animal. Una vez que, chillando desesperado, le tuvo asido por una oreja, inició la media vuelta y, chapoteando se volvió a casa.

—¡Maldito Habeas! —le fue diciendo en son de queja por el camino—. Que se quede ese hombre para siempre con sus gansos; de ahora en adelante, tú permanecerás en casa.

Cosa de una semana o poco más llevaba adquiriendo las aves muertas por Habeas. Al cerdo no le agradaba su carne. Tampoco a Monk le gustaba mucho.

Pero el ama de llaves, digna mujer económica, ¡las hay!, había insistido en abogar porque no se desperdiciara la carne aquélla.

Monk había acabado por dejar de llevarla a casa e incluso había enterrado muchos patos. La noche en cuestión se decidió a cortar por lo sano la compra de gansos.

—¡Te encerraré, feo montón de huesos, y no saldrás más al campo! —le prometió a Habeas Corpus.

El cerdo gruñó conciliador. No creía a Monk. Era muy tuno y en su interior planeaba ya un medio de evasión de la pocilga improvisaba por Monk en la casa aislada que habitaban.

Llevando a rastras, asido siempre por una oreja, al cerdo, Monk avanzó torpemente en la oscuridad.

Si alguien le hubiera dicho que unas manos extrañas se habían apoderado poco antes del esquivo animal para soltarle después, no lo hubiera creído. Con todo, era cierto.

Habeas había caído en un lago mientras deambulaba en tinieblas. Negras sombras habían prestado atención a sus grandes orejas quizá porque sabían que, de usual, le servían de asidero a Monk.

Era ideal el punto elegido por él en las Shinnecock Hills para llevar a cabo sus experimentos químicos. En cien millas a la redonda de Manhattan no existían puntos tan poco poblados.

Para que el amigo lector nos comprenda, bastará con decir que las Shinnecock Hills son una serie de sinuosas eminencias cubiertas de árboles enanos que se alzan en la estrecha lengua de tierra que separa, del Océano Atlántico, a la Gran Bahía Peconic.

El camino real de esas eminencias pasa por Southampton, residencia veraniega de millonarios, y de allí se continúa hasta terminar en la famosa Montauk Point.

La casa del químico estaba enclavada en la misma punta arenosa, distante una media milla de la granja de los gansos. Para llegar a ella tomó por un sendero estrecho y tortuoso.

Sobre la colina más próxima que era, asimismo, la más elevada de la región, se alzaba otra casa, única de aquellos parajes si se exceptúan las dos ya mencionadas.

Era un edificio destartalado, una antigua granja abandonada a la sazón. Sus ventanas estaban cerradas herméticamente.

El sendero seguido por Monk, ascendía en dirección a la casa, allí torcía bruscamente y bajaba después hasta la casa del químico. Monk llegó al punto más elevado del camino.

Simultáneamente volvió Habeas a la vida. Sus gruñidos de satisfacción se cambiaron en francos alaridos. Se debatió y su oreja resbaló en la mano de Monk.

¡Cosa rara! A Monk no le interesaba ya, por lo visto, retener al animal. Se había parado y contemplaba, inmóvil, la casa vacía. Algo agitó las ramas de un arbusto vecino sin que él se diera cuenta al parecer.

Habeas rozó con el magro cuerpo las piernas de su amo.

Poco después, corría sendero abajo. Huía como si hubiera visto una aparición. Sus largas patas finas se movían a una velocidad sorprendente: hasta no haber empujado con el hocico la puerta de alambre de la cocina, en casa de Monk, no se paró.

Durante la ausencia del amo de la casa habían venido a verle dos amigos de Nueva York. Era uno de ellos un joven de talle de avispa, rostro despierto y anguloso.

Este joven salía, al parecer, de casa de un sastre de la Quinta Avenida. Es decir, que estaba hecho un figurín. Su traje de entretiempo era de lo más atrevido, el último grito de la moda.

Así debía ser. De lo contrario, Teodoro Marley Brooks, por mal nombre Ham, no hubiera podido sentar, como sentaba, plaza de Bello Brummel.

De usual vestía conforme a una moda que se adelantaba, dos veces, a la exhibida en la Park Avenue.

Le acompañaba una señorita de bronceado cabello que, asimismo, hubiera podido servir de modelo en una elegante casa de modas. Su cabello tenía un tinte similar al de Doc.

Y, en realidad, se trataba de un rasgo característico familiar,

porque la atractiva dama era Patricia Savage, prima del hombre de bronce.

Con el nombre de Pat, dirigía un salón de belleza y gimnasio en la Park Avenue. Y, con frecuencia, se unía a las aventuras corridas por Doc y sus camaradas.

La llegada de Habeas atrajo a los dos a la puerta exterior de la cocina.

—Debí comprender que el cerdo y el orangután acabarían por llegar a las manos —dijo Ham a Pat—. ¡Eh! Quítate de ahí, o te arranco las orejas.

La amenaza era inspirada por la singular conducta de Habeas. De usual, el animal se mantenía a respetable distancia del abogado.

En aquel momento se conducía, empero, con él, como con un amigo. Sin previo aviso se acercó a las piernas elegantemente vestidas de Ham y se le refregó en ellas.

Barro seco y plumas de ganso ornaron simultáneamente los pantalones del abogado.

La cómica escena arrancó a la garganta de Pat una sonora y alegre carcajada.

Ham retrocedió al punto. No quería jurar delante de miss Savage, pero apretó los dientes y le asestó al cerdo un gran puntapié.

El cerdo se amedrentó, mas ya estaba avezado a la lucha. Chillando hurtó el cuerpo y se abalanzó sobre su enemigo.

Su cuerpo huesudo tocó el pie de Ham y, de pronto, el abogado se quedó sentado en el suelo, posición que, desde luego, no era digna de él.

Sin embargo, en esta ocasión no se rió Pat. Miraba a Habeas Corpus. El animal había girado, veloz, sobre sí mismo y se había situado de cara a la puerta de la cocina. Tenía erizados todos los pelos del cuello.

—¡Algo le ha sucedido a Monk, Ham! —exclamó Patricia—. El cerdo trata de decirnos algo. ¡Ah, silencio! Alguien viene…

Pasos lentos, pausados, sonaron fuera, en el sendero. Se aproximaron.

Parecían dados por un hombre cansado o herido, tal vez, que, al propio tiempo, jadeara. Su respiración agitada, sibilante, llegó a oídos de Pat y de Ham.

Este se puso en pie de un salto. Habeas retrocedió. Su cuarto trasero se adhirió a la pared, en el fondo de la cocina. Parpadeaba y sus finas patas se estremecían. El hombre invisible llegó, al cabo, ante la puerta de alambre. La luz dio de lleno en su persona desaliñada y repelente.

Si ya, de ordinario, era poco atractivo, imaginad lo que sería entonces Monk, literalmente cubierto de fango como estaba.

Las rojas cerdas que le servían de cabellera estaban convertidas en negra pasta que se le adhería a la frente y orejas.

Sus ojos pequeños, que asomaban bajo las pobladas cejas, se clavaban, obstinados, en la lejanía. Era evidente que se había llevado a la boca una mano manchada de barro.

Monk abrió la puerta de un empujón y entró, sin hablar, en la cocina.

Luego, se paró a mirar a Ham y a Pat Savage.

Ham le miró y no halló sobre él señales visibles de herida o daño.

—Bueno, ¿qué más puede esperarse de ti? —le dijo en son de mofa—. Pat y yo pensábamos darte una agradable sorpresa, mas, como de ordinario, el que nos sorprende eres tú. Te tenía por algo animal, pero la verdad, nunca creí que lo fueras hasta el punto de comerte las aves crudas.

La observación era muy acertada porque las velludas manos y hercúleos brazos de Monk estaban teñidos de sangre seca y a su cabello y sus ropas se adherían plumas de ganso.

—¡Hola, Ham! ¡Hola, Pat! —dijo con su voz infantil—. Voy a llamar al ama de llaves y ella os conducirá a vuestros dormitorios respectivos. El ama se llama... veamos, ¿cómo se llama? ¡Pues no me acuerdo! En fin; es igual. Ya la llamaré.

—¡Vuelve en ti! —exclamó Ham con súbito impulso—. No trates de gastarnos una de tus bromas pesadas, ¡químico simiesco! ¿Cómo se puede olvidar un apellido tan original como el de mistress Malatkas? ¿A quién le has estado robando gansos?

—Eso es, se llama mistress Malatkas —repitió Monk con frío y apagado acento—. Ella gobierna mi casa y se empeña en guisar todos los gansos, pero yo los entierro. Con todo, todavía hay muertos una barbaridad. Tendré que cavar más fosas.

—¡Calla, insecto peludo! ¿Es que tratas de amedrentar a miss

Pat? ¿Qué es lo que tienes?

—¿Yo amedrentar a miss Pat? —repitió Monk—. Ya sabes que no es esa mi intención.

Ham inició una segunda frase sarcástica, pero fue interrumpido por Pat.

—¡Calle, Ham! —le ordenó—. Yo creo que Monk está enfermo... si es que no le ha ocurrido alguna novedad. ¿De qué se trata, Monk?

—No estoy enfermo —replicó Monk sin emocionarse—. Más bien tengo apetito, pero... no de gansos. Voy a llamar a mistress... a mistress... ¡Caramba, tiene gracia! No recuerdo su nombre. Es el ama de gobierno...

Ham y Pat ignoraban lo ocurrido a tres hombres en Nueva York, su singular carencia de sentimientos que había creado en ellos el estado particular, la ausencia del deseo de hacer nada a menos que se les obligara mediante poderosa sugestión.

Ni tampoco sabían, claro es, que, a causa de su falta de emotividad, podían matar con la facilidad de una bestia feroz y sin sentir el menor remordimiento.

Aparentemente, Monk y Ham eran enemigos acérrimos. Pero era sólo de palabra. En el fondo se querían entrañablemente.

Así, Ham se aproximó al químico y le pasó la mano fina por el hirsuto cabello.

—¿Te han pegado aquí, Monk? —le interrogó—. ¿Te han agredido? Pero yo no descubro ninguna señal.

—No me ha pasado nada —replicó Monk sin alzar la voz—. ¡Ah, si! Ahora recuerdo que he pagado los gansos muertos y que debo enterrarlos. ¿Pensáis tú y Pat quedaros aquí a dormir? Ah, sí, claro. Es de noche. No es hora, pues, de volver a Nueva York. Es muy tarde. Voy a llamar al ama de llaves cuyo nombre no puedo recordar.

Ham se llevó aparte a Pat.

—La cosa va en serio —susurró a su oído—. No parece que haga comedia. ¡Algo raro ha ocurrido! Monk ha debido sufrir una conmoción por ahí fuera. Voy a salir. Entretanto, llame usted a mistress Malatkas.

Habeas había permanecido, rígido y envarado, en un rincón de la cocina.

Parecía que aguardaba a que surgiera algo en la oscuridad del

exterior y se metiera por la puerta.

Si Monk no recordaba haber visto fuera nada de anormal, evidentemente Habeas Corpus había visto algo.

Y fuera lo que fuese estaba claro, también, que al cerdo no le agradaba.

Monk se movió maquinalmente a una insinuación de Pat. Mientras se lavaba la cara y las manos y hacía desaparecer de su cuerpo la sangre y plumas de ave, respondió mistress Malatkas a su llamamiento.

Penetró en la cocina charlando, excitada.

Ham salió al recibidor y allí se apoderó del estoque de fina caña negra que llevaba siempre consigo.

—Me parece que voy a llamar a Doc —le sugirió Pat—. Quiero que sepa lo que ocurre. Hace ya días que no le veo y debe estar ocupado. De todos modos, voy a llamarle.

Tomó el receptor e hizo girar el disco del viejo aparato telefónico que había en la casa. AL cabo de unos segundos volvía a entrar en la cocina. Tenía el rostro pálido y demudado.

—¡Ham, han interrumpida la comunicación! —exclamó, excitada—. El aparato zumbaba, como de usual, en el momento de tomar yo el auricular. Después, ¿hubo un cruce? Lo ignoro. Pero he oído sonar la voz de un hombre al otro lado de la línea. La voz decía:"Bueno. Ya tenemos uno. Antes de ajustarle las cuentas a ese tuno de Doc tenemos que saber si él podrá, o no..." Aquí se oyó un "clic" significativo y calló bruscamente la voz. He tratado de restablecer la comunicación, pero apostaría cualquier cosa a que se ha interrumpido a cosa hecha. Quizá me oyeron descolgar el auricular...

Mistress Malatkas se retorcía las manos regordetas.

—¡Ese Scroggins es un mal bicho! —decía histéricamente—. Tiene la mirada atravesada. No es bueno, no. La cuestión esa de los gansos le ha enloquecido.

Pat dijo:

—La cuestión que se está ventilando ahora me parece mucho más seria. La voz que sonaba en el teléfono no era la del rústico que se dedica a la cría de aves. Antes bien, parecía ser la de un hombre de la ciudad. ¿Qué te parece, Ham? ¿Será Monk esa primera persona a la que aludía?

Monk ya se había lavado las manos y permanecía inmóvil sobre las cortas piernas. Si bien de ordinario era un ser animado como pocos y de los más inteligentes, a la sazón demostraba poco o ningún interés por lo que ocurría.

—Os quedaréis aquí unos días, ¿eh? —dijo a Pat como si no se hubiera hablado ya de esto—. Bien. Mistress… quiero decir, mi ama de gobierno, os conducirá a vuestra habitación. Luego nos dará de comer. Tengo apetito. A mí no me agrada la carne de pato, mas, si queréis, puedo ofreceros un sándwich frío de esa carne.

Ham le dijo a Pat a media voz:

—Tienes razón; esto es serio. Algo le ha sucedido a Monk. Y se trata de fastidiar también a Doc. Debo saber qué es lo que hace el jefe en este momento. En la granja del amo de los patos debe haber otro aparato telefónico y no creo que tenga inconveniente en dejar que me sirva de él…

—No, quizá no tenga inconveniente —replicó Patricia—. Pero también, podría ser él quien hablara al otro lado de la línea en el momento de tomar yo el auricular…

—Si es así pronto lo sabremos —dijo Ham blandiendo su bastón —. Mientras vuelvo hazme el favor de coger el revólver de Monk. Voy a darme prisa, y…

Le cortó la palabra el cerdo Habeas Corpus que, abalanzándose de súbito a sus piernas, pasó por entre ellas y salió de la cocina al oscuro exterior.

CAPÍTULO VI

HAM SIGUE, A CIEGAS, UNA PISTA

ÚNICAMENTE un cielo nebuloso y una comarca desprovista de alumbrado podían producir una noche tan oscura y tenebrosa como aquélla, en las Shinnecock Hills.

Tan lóbrega era, que Ham no distinguía a Habeas; le oía trotar delante de sí por el sendero que ascendía a la cima de la eminencia, serpenteando.

Este sendero conducía, en línea recta, hasta; la orilla fangosa de la charca de Juan Scroggins.

Ham ignoraba, claro está, que para llegar a la granja había que seguir la resbaladiza orilla de la charca.

Y, por ello, en más de una ocasión lanzó juramentos a media voz.

Asimismo, para no perder de vista al cerdo tuvo que valerse del rayo de luz de su lámpara de bolsillo.

Cada vez que le oía se hacía la misma pregunta:

—¿Me llevará hasta el sitio peligroso donde se ha atacado a Monk?

Pero ninguna luz penetraba la oscuridad. La granja permanecía en tinieblas.

Sólo una vez creyó vislumbrar un punto luminoso que centelleaba allá, en la colina, por encima de su cabeza, mas tal vez se tratara de una ilusión.

Habeas Corpus sentía una singular premonición de peligro. Mas, al fin y al cabo, sólo era un cerdo y no se acordaba ya de lo que le había amedrentado.

Corría en línea recta a su bien amado estanque. De súbito, graznaron los gansos, a voz en cuello. Y uno o dos de ellos lanzaron

un grito.

—¡Maldito animal! —murmuró Ham aludiendo al cerdo.

La luz que llevaba en la mano era débil y por ello no le mostró el obstáculo que tenía a los pies. Se enredó en una raíz.

Instintivamente, elevó ambos brazos y se le cayó la lámpara de bolsillo.

Entonces se fue de cabeza sobre una baja y escarpada pendiente, y con estrepitosa zambullida se cayó dentro de la charca.

Suerte tuvo el cerdo en poder escapar con prontitud. De lo contrario, Ham le hubiera hecho picadillo.

Un ganso saltó a la orilla; huía, graznando, del cerdo. Semi al vuelo, semi a la carrera, ascendió la colina. Se dirigía a la casa desierta que, siniestra, se alzaba en la cima. Pero Ham no se dio cuenta de ello.

Chorreando agua y lodo, salió de la charca preguntándose lo que haría de Habeas. Para ello empleó un vocabulario nunca oído en una sala de audiencias.

Se había quedado sin luz; así, sólo oía el ruido producido por la carrera de Habeas tras del ave.

De súbito perdió, aparentemente, interés por morder la garganta de su presa.

Se detuvo de manera tan brusca, que Ham se le cayó encima. —¡Sólo por esto mereces que te convierta en lonchas de jamón!— exclamó, desesperado.

Mas en lugar de valerse de la hoja de su estoque, guardó silencio y escuchó.

Habeas no parecía tenerle miedo al abogado. Por el contrario, sentía deseos de estrechar más los lazos de amistad que lo unían a él.

Se pegó a sus piernas y se erizaron todos los pelos del cuello mientras miraba a la cima de la eminencia.

Pequeñas piedras rodaban allí bajo los pies de un ser que se acercaba. A Ham le produjo la impresión de que un par de largas piernas, sueltas, descendían la colina.

Esto era porque el recién llegado llevaba pendiente de la mano una vieja linterna de aceite.

AL aproximarse la luz, se distinguió la figura desaseada del hombre que la traía. Luego surgió de la oscuridad un rostro enjuto

de barbilla en punta.

La rabia hizo temblar la barbilla de Juan Scroggins, cuando los rayos de su lámpara dieron de lleno en el cuerpo inmóvil, rígido, de Habeas.

—¡Maldito! —gruñó su voz—. Ya has andado otra vez tras de los gansos. Voy a acribillarte el pellejo a balazos. ¡No te escaparás esta vez!

Venia de la casa desierta en la cima de la colina, y traía su escopeta en banderola.

Antes de que Ham lograra hablar o hubiera surgido ante su vista, dejó en tierra la linterna y el arma vomitó fuego por sus dos cañones.

Habeas emitió un gruñido y sacudió el fino hocico. Su piel se llenó de impactos lo mismo que si se la hubieran espolvoreado.

Por suerte, tenía un pellejo tan recio como el de un elefante. Las balas no ahondaron en él ni le tocaron los ojos.

Instantáneamente Ham dio al olvido las amenazas que él mismo le había dirigido a Habeas Corpus. Su cuerpo esbelto surgió, inopinadamente, ante el flaco y huesudo amo de los gansos.

—¡Eh! —le gritó—. ¡Ya te enseñaré yo a maltratar a un animal inofensivo, incapaz de hacerte daño!

—Y ¿quién eres tú? —gruñó Scroggins—. ¿Cómo, procedente de la ciudad, te atreves a penetrar en terreno vedado?

Así diciendo, el dueño de los gansos había vuelto la cabeza para lanzar una ojeada de aprensión, por encima del hombro. Había dirigido la vista en dirección de la casa abandonada.

Es decir: miraba hacía allá con un solo ojo. El globo de este ojo erraba en torno.

Entretanto, la hoja del estoque de Ham describió un círculo sibilante en derredor de su cabeza.

—¡Eh, maldita sea tu piel! ¡No hagas eso! —le advirtió la voz nasal de Scroggins.

Y levantó la escopeta. La fina hoja de metal del estoque retintineó al chocar con el metal más tosco de la escopeta.

Scroggins paró, con habilidad sin igual, las varias y sucesivas estocadas, que le asestaba Ham. El pesado cañón de la escopeta volvió a balancearse, otra vez, a la altura de su cabeza.

Entonces, cuando el amo de los gansos no lo esperaba, le pinchó

con la punta del estoque. Inmediatamente perdió Scroggins interés por el extraño duelo. Su escopeta hirió con metálico ¡clang! las piedras del sendero.

Él suspiró, cayó y rodó sobre sí mismo. Aun antes de dar con la cabeza en tierra estaba profundamente dormido.

A pesar de tener la piel agujereada, Habeas Corpus se sentía excitado por algo más que por el encuentro de los dos hombres.

Lentamente iba ascendiendo la colina. Seguía un amago de sendero que iba a morir delante de la granja derruida, allá en lo alto.

Ham le asió por una oreja. Era éste el asidero favorito de Monk. Pero, aparentemente, la familiaridad de Ham irritó al animal y trató de morder.

El abogado profirió un juramento y enseguida le asestó un puntapié.

La tierra se estremeció. Era como si le hubieran prendido fuego a un cartucho de dinamita debajo de la tierra. Como si se hubiera disparado un cañón en una honda caverna.

Habeas inició una pronta retirada. Asumió la dirección de la charca. Una segunda y ahogada explosión sucedió a la primera.

Ham se hizo más cargo, esta vez, de su punto de partida. Es más: de no haberle guiado el oído le hubiera bastado con ver el momentáneo resplandor, inconfundible, surgido de una ventana abierta en la planta baja de la casa de la colina.

Preocupado aún por el estado especial de Monk y por la voz oída en el teléfono, Ham se decidió a investigar. Y como había perdido la lámpara de bolsillo, cogió la vieja linterna de aceite y emprendió la ascensión.

AL llegar junto a la vieja casona vio que se alzaba a unos diez pies o más por encima de sus cimientos.

Abiertas en la fachada de piedra tosca distinguió varias ventanas cuyos huecos tapaban sueltas tablas de madera.

La hilera de ventanas, situadas encima, estaban cerradas a piedra y lodo.

Ham ocultó en la maleza la linterna de aceite. Al acercarse con precaución infinita, empuñando el estoque por si era preciso servirse de él, el abogado reparó en el suave parpadeo de una luz que se filtraba por una de las cerradas ventanas de la planta baja.

Esta luz debía ser la misma que había visto mientras se dirigía hacia el estanque. Perdió unos minutos en aplicar el oído y después desprendió, con tiento, una tabla de la ventana.

Su cuerpo esbelto pasó sin tropiezo por el hueco abierto. AL otro lado había un angosto pasillo, casi un túnel, impregnado del olor peculiar a humedad y moho que exhalan las casas deshabitadas.

Pero aun había más: un olor acre y penetrante.

La luz brillaba al extremo del túnel, tras de un recodo. Ham echó a andar, silencioso como un gato, en aquella dirección.

Más prudente hubiera sido de haber visto, de antemano, lo que se ocultaba detrás de aquel recodo.

El no podía oír ruido alguno; mas plenamente se daba cuenta de su avance el pequeño grupo de hombres que se hallaba reunido en una habitación que tenía todo el aspecto de una caverna.

Así y todo, aguardaban el lento avance del intruso sin dar muestras de la más leve excitación. Ni tampoco se prepararon en modo alguno a molestarle.

Ninguno llevaba armas encima. Pero todos aguardaban el momento de ver aparecer a Ham junto al recodo del pasillo.

Uno de ellos habló en voz baja. Su voz no podía ser oída a más de unos metros de distancia. Ham no pudo oír su murmullo y de oírlo hubiera comprendido, en el acto, bien las palabras, bien el significado de ellas.

De haberlo oído se hubiera puesto, inmediatamente, a cubierto.

Pero no retrocedió. Su mano oprimió el puño del estoque. Ahora, por vez primera después de haber asido a Habeas Corpus, se pasó lentamente por la boca la mano izquierda. Era éste un inconsciente ademán que solía hacer en la tensión del momento.

¿Qué fue lo que sucedió?

Ham no recordó, después, el exacto incidente.

Pues, sin darse cuenta de cómo, se halló, bruscamente, fuera de la casa desierta, corriendo colina abajo y llamando a Habeas.

Su mente debió recordar el lugar que le había servido de punto de partida para emprender la ascensión, porque volvió junto al postrado cuerpo, dormido, del dueño de los gansos.

Habeas Corpus tornaba a recorrer el estanque, y sólo un par de minutos después Ham se lanzaba al agua en pos del cerdo. Le capturó esta vez y se encaminó a tierra firme.

Cerca de él, sobre el agua, flotaba un ganso muerto, con el cuello roto por el cerdo sanguinario.

La viva inteligencia que iluminaba, de usual, el rostro de Ham, habíalo abandonado. Ahora actuaba lo mismo que un niño, bajo el impulso del momento.

Su semblante era una máscara de piedra e impreso en él llevaba una sonrisa fría, macabra. Como viera que el ganso muerto flotaba al alcance de su mano, le asió por ambas patas.

Asiendo a Habeas Corpus por una oreja y sosteniendo por ambas patas al ganso muerto, Ham inició la marcha por el sendero que conducía a la casa de Monk. Había perdido todo el aspecto elegante de su persona.

Chorreaba de agua cenagosa e iba sucio de barro.

Y se había dejado el estoque quién sabe dónde. El hecho constituía, en sí mismo, una prueba evidente de que no era ya la misma persona.

Nadie había oído chillar jamás a Patricia Savage. Tan parecida era a Doc Savage, que no se permitía manifestar la menor emoción, o el terror que sintiera, en ocasiones.

Pero al parecer Ham en la puerta de la cocina de Monk, estuvo tentada de lanzar un gemido.

—¡Oh! —balbuceó—. ¡El también!

Ham se le acercó lentamente. Todavía tiraba de Habeas. La sangre del ganso muerto manchaba de rojo su otra mano. Monk estaba sentado en una silla.

Miró a Ham mas no hizo ningún comentario.

—¿Diste, al fin, con el dueño de los gansos? —Patricia hablaba mediante un esfuerzo violento de voluntad—. ¿Había en la granja un teléfono y llamaste a Doc?

Le daba conversación por pura fórmula, pensando, entre tanto, lo que debía hacer.

—Verás: tropecé con un hombre armado de una escopeta —explicó Ham con acento inexpresivo—, que debe ser el dueño de los gansos. Creo que le desagrado un poco… Bien. Voy a darme un baño y a cambiarme de ropa.

—¡Oh! —exclamó Pat—. ¿De modo que te ha visto? ¿Luchaste con él? Oye, ¿Qué has hecho del estoque?

—Oh, es posible que le haya dejado dentro del cuerpo del

tirador —replicó Ham sin variar de expresión—. Sí. Así fue. Le atravesé el pescuezo con mi estoque y olvidé de sacarle después.

Aquí sí que por poco si se le escapa a Pat un alarido. Se echó a temblar.

Mistress Malatkas murmuraba entre dientes y accionaba con las manos como para alejar de sí un enemigo invisible.

Y fue justamente en ese instante cuando sonó una lenta y sorda detonación que conmovió las paredes de la casa.

CAPÍTULO VII

CRIMEN EN LA COLINA

PAT Savage estaba dotada de una gran cualidad. Lo mismo que todos los compañeros del grupo de Doc Savage, desconocía el miedo.

Era éste un don que emanaba, al parecer, del bronceado aventurero. El valor era, pues, la base del osado y super — inteligente grupo que él dirigía.

Así, se comprenderá que no fue el miedo lo que dio alas a Pat en aquellos momentos. Fue un desasosiego particular.

Una emoción superior a la comprensión humana. Más que nunca sentía la necesidad de establecer un contacto con Doc.

Con la velocidad y soltura de movimientos del gamo penetró en el ámbito oscuro de Shinnecock Hills. A sus espaldas, en la casa, ni Monk ni Ham prestaron especial atención a sus intenciones.

Pat se había lanzado fuera de la vivienda. Iba armada del revólver que le había quitado a Monk.

El arma no era muy apropiada si se tiene en cuenta lo delicado de las manos de una mujer, mas ella albergaba la convicción de que iba a necesitarla.

Era aterradora la cerrazón, la niebla y la oscuridad que imperaban en la comarca aquella noche. Con todo, no fue el miedo el que movió a Pat a apretar el paso. Fue la terrible incertidumbre de no saber lo que había pasado, de ignorar qué cosa espantosa era la que había atacado a sus camaradas afectando, por lo visto, la razón de los dos.

A la luz de una lámpara de bolsillo de la que se había apoderado en la casa, siguió el sendero hacia el estanque de los gansos.

Ella había supuesto que había un teléfono en la granja. Pero

Ham no había sabido decir si, en efecto, lo había y si había él intentado llegar siquiera hasta el aparato.

La puerta baja de la granja estaba entreabierta cuando llegó delante del edificio. Temblando paseó, por el interior, la luz de la lámpara y le pareció que tenía delante la típica morada del hombre del campo.

Pero a unos pasos de la puerta, sobre una estantería, vio el ansiado aparato telefónico. Dominando su repulsión entró, de puntillas, en la casa.

Con mano rápida levantó el auricular, se lo llevó al oído. Entonces se produjo ese zumbido particular que suena al establecerse una comunicación.

Pat aplicó la boca al receptor.

¡Ah, si pudiera obtener comunicación con el rascacielos, cuartel general del hombre de bronce!

De súbito, oyó una voz. El acento inconfundible de un hombre que sonaba como si hablara, aquel ser, tras de un muro o de una manta.

—Le he atrapado antes de que llegase a...

Lo mismo que en casa de Monk, quedó interrumpida, aquí, la frase iniciada.

Concluyó con un ligero chasquido. Luego reinó un silencio impresionante.

Pat tuvo frío. Se sintió mal de pronto. Mediante un esfuerzo de voluntad se quedó allí un instante hasta estar bien segura de que definitivamente quedaba cortada la comunicación pensando, en el ínterin, que era muy posible que la hubieran oído llegar.

No era imposible, ahora que había utilizado el aparato, que alguien se diera cuenta de su presencia en la granja. En consecuencia, colgó el auricular y huyó de la casa.

De nuevo describió una vuelta en torno de la charca. Los gansos graznaron, soñolientos. Rápidamente se olvidaban de que un asesino había estado entre ellos. Pat hizo alto de repente.

Cerca de la granja que acababa de abandonar flotaba una carcajada. Era una risa ronca, cascada.

¿La habrían espiado mientras se hallaba junto al teléfono?

Entonces le vino a la memoria el coche de Ham. En él habían llegado a casa de Monk. ¿Cómo no se le habría ocurrido pensar

antes en él?

Ham se había visto obligado a dejarle junto a la carretera, a cierta distancia.

Y el coche iba provisto de un aparato de radio.

Pat sabía su manejo. De este modo podría ponerse al habla con Doc, bien estuviera aquél en su casa de Nueva York, o de viaje en alguno de sus coches.

Justamente tenían igual longitud de onda todos sus aparatos de radio. Era una onda especial, exclusiva de Doc.

Pero no. De no estar él en casa, mejor sería dejarle recado por teléfono. En consecuencia, Pat comenzó a tropezones la ascensión de la colina.

AL detenerse en seco, se hallaba a mitad de su camino, o sea entre el estanque de los gansos y la casa abandonada.

La súbita detención la hizo caer sobre pies y manos. Esta vez sí que le costó ímprobo esfuerzo reprimir el chillido que se hubiera escapado, no lo dudéis, de labios de otra mujer.

¡Se había caído sobre un cuerpo tendido en tierra!

Sus movimientos fueron instintivos en esta ocasión. De un salto se apartó del obstáculo inesperado, sus manos temblaban cuando asestó sobre el cadáver los finos rayos luminosos de su lámpara.

Vio unos ojos sin vida, desmesuradamente abiertos. Aquellos ojos estaban empañados por el velo de la muerte. Mas no por ello se había borrado de ellos la horrorizada expresión de quién sabe qué va a sorprenderle la muerte.

Pat se elevó una mano a los labios. Apretó y los blancos dientes hicieron presa en la propia carne. La sangre brotó de ellos.

La garganta del muerto aparecía convertida en una sola herida espantosa, de la cual se había secado ya la sangre. El rostro estaba frío y gris.

—¡Oh! ¡Lo sabía, lo sabía! —murmuró Pat—. ¡No se da cuenta de lo que hace y le ha matado!

La exclamación salió de sus labios al posar la vista en la hoja pulida, deslumbrante, de una espada colocada junto a la testa del muerto.

Cerca de ella divisó también el hueco bastón de caña negra que Ham llevaba siempre consigo y que, según confesión propia, le había servido para "atravesar la garganta de su contrario".

Por ello, Pat estaba ahora segura de que tenía delante al amo de los gansos.

Su cuerpo yacía, en parte, sobre la funda hueca del estoque. La hoja estaba teñida de un líquido rojizo.

Pat experimentó algo muy semejante al pánico, emoción que había desconocido hasta entonces.

Era evidente que Ham había matado a aquel hombre. Se inclinó y recogió del suelo el estoque. Estremeciéndose, sacó también de debajo del muerto la negra funda de caña.

Súbitamente se dio cuenta de que le ofrecía un blanco a todo aquel que se hallara al acecho en las tinieblas y apagó la luz de la lámpara.

Sin duda no había andado muy lista porque apenas la envolvió como un manto la oscuridad ocultándole, piadosa, la lívida faz del cadáver, aplastaron pesadamente unos pies la grava del sendero, cerca de ella.

Pat no se había preguntado hasta entonces lo que debía hacer del estoque.

No podía pensar con claridad dados los acontecimientos. Ni siquiera se dio cuenta de que, al correr, se apartaba de la casa de Monk, acercándose a la carretera.

Transcurridos que hubieron unos segundos, se detuvo sin aliento a escuchar.

La grava volvió a rechinar. ¡La perseguían!

A la distancia de unas cien varas, sobre el camino, oyó palpitar un motor. La luz de unos faros despidieron dos rayos penetrantes como saetas al volver una curva.

Ellos barrieron la falda de la eminencia, bañaron brevemente la esbelta figura de Pat y siguieron adelante.

Miss Savage había vuelto la cabeza. Clavaba obstinadamente la mirada en el punto donde crujiera la grava. Los faros del coche iluminaron aquel punto.

Pat distinguió el rostro de un hombre. A la luz vacilante de los faros, parecía aquel rostro una lívida máscara desprovista de la emoción de un ser humano.

También eran así los semblantes de Monk y de Ham.

Era alto el dueño de aquella faz. Y tenía los cabellos de un rojo llameante.

Ahora no cabía duda de, que venia persiguiendo a Pat. La miraba cuando el coche pasó, raudo, por la carretera. Pat gritó fuerte una sola vez.

De haberla oído se habría probablemente parado el conductor del coche.

El rojo murmuró unas palabras que ella no entendió. Venía hacia ella. Pat no quería que la alcanzara, que la tocara.

El discurso del hombre se volvió incoherente. De su diestra surgió un haz de rayos luminosos.

—¡Oh, aquí está! —exclamó cuando la luz le hizo ver la silueta vacilante de Pat—. ¡Ya sabía yo que iba a encontrarla!

Rápidamente aceleró la marcha y se aproximó a ella. Pat llevaba todavía la espada manchada de Ham. No deseaba que la cogieran así.

La pistola de Monk estaba cargada. Sus balas no producían la muerte: eran cápsulas que contenían un anestésico en forma de droga.

Pero sí detendrían el avance del intruso, loco al parecer.

Pat apuntó a la luz y levantó la pistola con las dos manos. AL apretar el gatillo, el disparo vibró dos segundos como las cuerdas de un gigantesco violón.

La luz parpadeó y se apagó. El rojo cayó de cabeza. Su cuerpo rodó colina abajo hacia descansar sobre un grupo de arbustos por encima del camino.

Pat no lamentaba el haberse servido de la pistola. Su automático hubiera matado y ella no quería matar a nadie. Ahora temió que no estuviera solo el rojo. Introdujo el estoque de Ham dentro de su vaina y se lo ató rápidamente bajo el ligero abrigo de tarde que vestía.

Luego echó a correr por el borde de la carretera. Consideraba de suma importancia llegar cuanto antes junto a un teléfono.

Aquel trozo de carretera estaba poco transitado. Ocultos aquí y allá tras las ondulaciones de las colinas había muchos tejados de saliente cornisa.

Pero ninguno de ellos se veía en aquella oscuridad. Tampoco aquellos chalets veraniegos se habían edificado junto a la carretera.

Pat llegó a sollozar por el esfuerzo realizado después de llevar recorrida, quizá, una media milla de camino.

Entonces oyó rodar un nuevo coche a gran velocidad. El vehículo avanzaba, hacia ella.

Pat se sintió segura. ¡Ella sabría detenerlo! Bajo el abrigo llevaba un traje ornado de un rojo vivo. Alzando a la altura de la luz un trozo de adorno la apagó y encendió repetidas veces.

EL conductor del coche que se acercaba vio parpadear la roja señal de peligro, al volver una curva del camino y aplicó los frenos.

Pat se había plantado en mitad de la asfaltada carretera. No se dio cuenta de que debió parecerle una aparición al asombrado chofer. El coche era una limousine.

Sobre una de sus portezuelas llevaba, en oro, un limpio monograma. En el asiento posterior iban, sentados, un hombre y una mujer.

Pat salió del área luminosa proyectada por los faros del coche. EL caballero situado en la parte trasera encendió, entonces, las luces interiores y ellas descubrieron junto a la portezuela el rostro atractivo y sofocado de Pat.

—Perdón, me veo obligada a pedirles su ayuda —dijo,— pero es preciso que encuentre un teléfono. El mío se ha estropeado y tengo enfermo, muy enfermo, a un amigo mío.

—Bien, yo soy médico aunque tal vez no sea el más adecuado para asistir a su amigo —replicó el caballero—. Mi nombre es Madren y voy a ver a un paciente que vive en Southampton. Ya ve, yo soy psiquiatra...

—En ese caso temo que no pueda hacer nada por mi amigo —declaró Pat, resuelta—. ¿Querrá llevarme hasta el teléfono más próximo?

—Ya lo creo, miss... ¿me ha dicho su nombre y apellido?

—No, perdón —dijo vivamente Pat,— me llamo miss Holcomb.

Dio aquel nombre porque estaba pensando en el manchado estoque de Ham que ocultaba debajo del abrigo.

Nadie debía saber que lo llevaba ni siquiera aquel benévolo psiquiatra, hasta que no le hubiera visto el hombre de bronce.

—Perfectamente, miss Holcomb. Suba usted —replicó el doctor Madren—. Hallará un teléfono en casa de mi paciente. Mi chofer la traerá luego aquí otra vez... ¡Ah, sí! Esta es miss Clarke, una de mis enfermeras.

Pat se deslizó hasta el asiento que se le indicaba, al lado de la

compañera del doctor.

Aunque su rostro vulgar y sus ojos grises, era miss Clarke una enfermera de aspecto glacial y competente.

Acogió la presentación con una leve inclinación de cabeza y, enseguida, fijó, obstinada, la vista en la mano izquierda de Pat.

Esta metió apresurada aquella mano debajo del abrigo y se estremeció un poco. Era la que había sido manchada con la sangre del hombre asesinado.

Casi lo había olvidado. Miss Clarke no dijo nada. Pero siguió observando a Pat de reojo.

El doctor Madren habló de cosas indiferentes mientras el coche subía por la avenida de olmos que constituye la calle Mayor de Southampton.

Hablaba todavía cuando entró el automóvil en los campos espaciosos de sport, de una inmensa finca de recreo.

Una vez admitidos en ella, sonó una voz en una sala vecina de la planta baja y apareció, ceñudo, un joven de elevada estatura.

—Sí, doctor —replicó a una pregunta de Madren—. Ya estoy enterado de su venida. —Su mirada erró del rostro vulgar de miss Clarke al atrayente y animado de Pat—. Papá está levantado. No ha querido acostarse. Ha estado metido en el bar toda la tarde.

Pat comprendió que el joven era Jaime Stevens. Por cierto que dio pruebas de poseer una educación superior, pues no inquirió la causa de la presencia allí, de una desconocida.

—Esta señorita es... miss Holcomb —dijo pausadamente el doctor,— y desea llamar por teléfono a la ciudad. Tiene a un amigo muy enfermo. Por ello la he traído conmigo. Habita en las Shinnecock Hills. Cuando se haya servido del teléfono la enviaré a su casa.

—Me alegro de conocerla, miss Holcomb —dijo Jim Stevens—. Oiga: ¿no habré visto su retrato en alguna parte? Porque creo sentir esta impresión.

Pat sufrió un estremecimiento. En efecto: su retrato había aparecido en diversas revistas y semanarios. Y, a juzgar por su aspecto, le iba costar trabajo engañar al muchacho.

Pat estaba destinada, empero, a sufrir un choque más terrible que el implicado por un posible reconocimiento de Jim. Un hombre corpulento acababa de entrar en el gabinete.

—¡Ah! Aquí tenemos a papá —dijo el joven Stevens—. Papá, el doctor Madren viene aquí a pescar y permanecerá unos días con nosotros. Nos hemos conocido en la ciudad.

Simón replicó cortésmente:

—Mucho me alegraré de poder obsequiar a tu amigo, Jim.

Pero, su acento era opaco y carecía de animación.

Pat dominó con dificultad sus sentimientos. Un terror inexplicable le helaba la sangre en las venas. Porque aquel hombretón, dueño de la casa, era otro atacado por el terrible mal desconocido.

Cubría su rostro inexpresivo aquella misma máscara de hielo que había visto en los rostros de Monk y de Ham.

Pat fue conducida a una biblioteca inmensa de la cual cerró Jim, cortésmente, la puerta.

En ella había un aparato telefónico y al cabo de dos minutos, Pat oyó la voz de Doc al otro lado de la línea.

Ella había pensado explicarle la singular situación. Había deseado enterarle de todo lo que había visto y oído.

Pero al empezar a hablar oyó clara y distintamente el ¡clic! de un auricular que alguien levantaba en otra habitación.

Alguien se valía de un empalme para escuchar lo que iba a decir.

Doc conocía la voz de Pat. Por ello todo lo que dijo fue: "Monk y Ham te necesitan. La cosa urge. No creo que pueda aguardarse a mañana".

Sabía que con esto bastaba para que la entendiera su primo.

—Voy al punto. Viajaré en aeroplano —replicó Doc.

También a su entrenado oído había llegado el metálico ¡clic!, hecho en casa de Stevens, por el aparato extra telefónico e instantáneamente comprendió que ocurría algo serio.

De no ser así, no le hubiera llamado Pat a tan avanzada hora de la noche.

Los sucesos desarrollados en la ciudad le contrariaban a más no poder.

Aislados o unidos, los asesinatos, la actuación de Stevens, el robo perpetrado en el despacho de Perrin, la actitud singular del lapidario al entrevistarse con él, eran como para confundir a cualquiera.

Pero ya comenzaba a sospechar que una bien dirigida amenaza

se cernía sobre todos los casos.

Hasta allí no se había logrado llegar hasta la fuente de esta amenaza que permanecía invisible.

Mas el acento de Pat, no lo que había dicho, le inducía a creer que esta vez, el paralizador de emociones había herido a su propio grupo.

Pat se apresuró a salir de la biblioteca. Fuera, en el hall, la aguardaba Jim.

El doctor seguía charlando con Simón. Su conversación con el magnate de la flota mercante, era, en realidad, un monólogo, ya que Simón replicaba a sus preguntas de manera seca y concisa.

Miss Clarke había desaparecido. "Probablemente estará arriba, en su habitación", se dijo Pat. Ella había visto sangre en su mano. ¿Sus sospechas la habrían movido a escuchar la conversación por teléfono?

Apretó el paso y entró en el gabinete. El estoque manchado resbaló bajo el abrigo y cayó al suelo.

CAPÍTULO VIII

SANGRE DE GANSO

COMO es de suponer, se lanzaron dos hombres a recogerlo: Jim y el doctor.

Este, que era el más próximo, cogió la funda de caña con su mano rechoncha y el estoque se salió de la vaina.

Los brillantes ojos azules de Madren relampaguearon al ver extendida en su mano una acerada hoja esbelta y fina como un stiletto italiano.

La punta del arma aparecía impregnada de una substancia oscura y pegajosa.

Más arriba lucía el inconfundible rojo escarlata de una seca mancha de sangre. Pat había hecho un movimiento rápido para apoderarse del estoque.

Ahora prorrumpió en una risa hueca.

—¡Bien, bien, bien! —exclamó el doctor con untoso acento—. Había oído decir que, en ocasiones, van armadas las mujeres jóvenes, pero jamás he visto una tan particular. Ello le recuerda a uno de la Edad Media. Ved ahí una dama que vaga, en la noche, con una daga sangrienta bajo el manto… ¿podría explicarnos lo que significa esto?

—¿Por qué no? Sin embargo, la verdad va a parecerles muy tonta —replicó Pat—. Mi amigo se sirvió de esta daga para decapitar un par de gansos a la hora de cenar e inconscientemente la recogí yo en el momento de ir a telefonear. Bien, no quiero serle más molesta, doctor Madren. Puedo tomar un taxi y en él volveré a mi casa.

Pat tendió vivamente la mano. Mas el doctor Madren colocó deliberadamente fuera de su alcance el bastón de caña.

El abrigo de Pat resbaló de sus hombros, y cayó a tierra. Bajo uno de sus brazos quedó expuesta a la luz la funda de la pistola y la cartuchera llena de balas.

El doctor exhaló una breve carcajada. Sus ojos se movieron en las órbitas.

Miraba al cielo; actitud que le dio más que nunca un aspecto seráfico..

—¡Es asombroso! —murmuró—. ¿Por qué no se habrá traído también está señorita una ametralladora? Ha dicho que se apellida Holcomb, ¿no es eso?

Jim se apoderó con mano firme del estoque y de la vaina de que se apoderara el doctor. En sus ojos brillaba la luz de la comprensión.

Si bien le preocupaba en grado sumo el estado de Simón, no por ello dejaba de apreciar la parte cómica de la situación.

Justamente recordaba ahora dónde había visto el retrato de la forastera. Y aquel retrato llevaba el nombre de Patricia Savage.

También sabía que Doc Savage era responsable de la visita hecha a su padre por el psiquiatra.

Desde luego, lo que no sabia, era unir los cabos de todo aquello, pero había oído decir que el hombre de bronce empleaba un método especial suyo para trabajar en la solución de un caso.

—A usted se le ha llamado para que hable con papá —recordó pues a Madren—. De miss... Holcomb ya me cuidaré yo. Voy a devolverla sana y salva a su casa.

Saludó a Pat y le entregó el estoque enfundado. El doctor se frotó las manos.

Su boca redonda sonreía, sus ojos parecían heladas turquesas.

—Bien —replicó—. Permítame, entonces, que le presente mis excusas. No he debido traer aquí a miss Holcomb.

Jim no le contestó.

—Venga, señorita —rogó a Pat—. Voy a llevarla en mi coche.

Hasta después de haber tomado la primera curva el veloz roadster, no habló Pat.

—Debo darle las gracias, mister Stevens. Me ha salvado de una situación embarazosa. No puedo decir más. Crea que lo lamento —dijo al joven.

Jim sonrió. Se volvió a mirarla. Su acento era grave al replicar:

—No me explique nada, miss... Holcomb —dijo acentuando con énfasis el vocablo. Pat se hizo la tonta—. Quizá sepa usted que esta rara enfermedad de papá no es un acontecimiento aislado. Hace ocho días que un jardinero nuevo estuvo a punto de matar, en casa, a un antiguo servidor. Yo le despedí al punto. Pues bien: su estado mental era exacto al de papá. En la ciudad se habla de otros dos casos similares. Uno de ellos es el de un limpiabotas que arrojó a un amigo bajo las ruedas del tren aéreo.

Pat tuvo un estremecimiento. ¡También ella había hallado el estoque junto a un hombre herido en la garganta!

Hubiera deseado explicarle lo acaecido al joven millonario. Titubeó. No, mejor era guardar el secreto.

Se alegró de haberse decidido a ello cuando oyó decir a Jim:

—El doctor Madren es un hombre honorable, sumamente recto y por ello no me sorprendería que declarara, ante la policía del estado, lo que ha descubierto respecto al estoque. Yo le aconsejo que se desembarace de él en tanto no pueda explicar cómo ha llegado a sus manos.

—¡Gracias! —repuso Pat con acento débil—. Es muy amable. Ya puedo dirigirme ahora a pie hasta casa.

A pesar de las protestas del joven, se apeó del coche y emprendió la ascensión de la oscura colina. De no haber estado tan turbada se hubiera dado cuenta de que Jim la seguía. El joven deseaba verla arribar sana y salva a la casa.

Se guiaba por la lámpara de bolsillo que ella llevaba en la mano. Cuando entró en la cocina, distaba solamente de Pat unos pasos.

Con cautela se acercó a una ventana.

Pat se había despojado del abrigo y dejó a un lado la pistola. Después, tomando la pasta de limpiar dorados, frotó cuidadosamente con ella la hoja del estoque de Ham.

Mientras llevaba a cabo la operación, dirigía miradas de soslayo a la puerta del recibidor. Era cómo si deseara que nadie se diera cuenta de su regreso.

En el suelo yacía un ganso muerto. Jim prorrumpió en ahogada exclamación.

En caso de que ocurriera novedad, no cabría duda, ahora, de que se había empleado el estoque para cortar la cabeza de un ganso.

¡Pat exprimía, a la sazón, la sangre del cuello del ave!

Con ella volvió a manchar la hoja del estoque, la enfundó en su vaina y ostentosamente la dejó en un rincón. Desesperada, sonreía al volverse de cara a la ventana.

—¡Que me ahorquen si he creído esto posible! —balbuceó Jim.

Intrigado de veras, todavía aguardó unos segundos, pasados los cuales, se abrió la puerta interior de la cocina y salió por ella la bella figura de Ham con su talle de avispa.

Jim experimentó una nueva sorpresa. El abogado había dirigido a Pat una mirada fría, inexpresiva. No parecía sentir la curiosidad de saber dónde había estado.

Tras de él surgió en la oscuridad, el feísimo rostro de Monk. ¡Nada menos vivo que su semblante que tanto le hacía parecer un orangután!

—¡Santo Dios! —balbuceó Jim—. ¡Son dos fieles de Doc y los dos han sido atacados por la terrible enfermedad! ¡Ah!, es menester que entere yo de esto a mister Savage. De lo contrario, el mal hará presa en él también.

Se apresuró a abandonar la ventana y, a escape, retrocedió en busca de la carretera. Había subido la eminencia en pos de Pat.

Ahora la bajó atajando por un terreno cubierto de maleza. Se detuvo en seco al tropezar con un obstáculo suave, poco resistente.

¡Era el cuerpo de un hombre y tenía seccionado el cuello de un navajazo!

AL parecer, se lo habían asestado con la hoja de un estoque.

Ahora más que nunca comprendió, Stevens, cuán necesario era que investigara Doc aquel misterio. Seguramente se hubiera tranquilizado un poco de saber que pronto iba a visitar el hombre de bronce el lugar donde se estaban desarrollando tan singulares sucesos.

Justamente se hallaba sentado a la sazón, ante la palanca de mandos de uno de sus más raudos monoplanos.

Después de recibir el mensaje de Pat, había calculado la hora de su llegada a las colinas. Esta debería verificarse unos sesenta minutos después o quizá menos.

Y por ello volaba, ahora, bajo un cielo nubloso, entre la niebla. El motor de su aparato era de un tipo ultra moderno, su hélice de una aleación especial y el mismo motor sonaba poco más que el silencioso de un automóvil.

Este era el motivo por el cual, aunque volaba muy bajo el monoplano a causa de la bruma, nadie hubiera podido recelar su presencia allá abajo, en la colina.

El hombre de bronce actuaba conforme a su propia deducción. Así, antes de buscar un próximo campo de aterrizaje, el más próximo que le fuera posible, observó el terreno en que estaba enclavada la casa de Monk.

El monoplano no llevaba luces encendidas.

En cambio, Doc iba provisto de unos grandes anteojos que se proyectaban sobre sus ojos, semejantes a pequeñas latas de leche condensada.

Y bajo el fuselaje del monoplano, un rayo invisible iluminaba la superficie de la colina. Este rayo no se veía a simple vista.

A través de los lentes de Doc, penetraba la oscuridad. Se esparcía por una dilatada área visual cada vez que descendía para ascender enseguida el aparato en perfecta espiral.

A la luz de los rayos infra —rojos se destacaban con todo detalle, incluso los objetos más pequeños.

Estos objetos carecían de color. Eran blancos o negros. Por ello mismo, sin embargo, se veían todas las cosas con mayor claridad.

Además, recientemente, había Doc perfeccionado los anteojos mediante la adición de unas potentes lentes telescópicas. Ahora, a través de la ventanilla abierta en el fonda de su aparato, el terreno parecía distar sólo de él unos metros.

En el momento de llegar a las colinas, habiase parado un coche en la carretera. Mientras se apeaban, él había distinguido a Jim y Pat.

Vio correr a su prima hacia la casa de Monk y la observó de cerca mientras permanecía Jim agazapado junto a la ventana de la cocina.

Volaba a ras de tierra cuando retrocedió Jim sobre sus pasos con objeto de llegar al camino real. Luego le vio hacer alto, de repente, junto al cuerpo de un hombre que estaba tendido en el suelo.

Era imposible saber, desde lo alto, la extensión y alcance de la herida que tenía aquel cuerpo. De todos modos, juzgó que debía estar muerto.

Jim Stevens volvió la cabeza. Miraba la casa en que acababa de dejar a Pat.

Se servía de una lámpara de bolsillo. Dobló el espinazo y recogió del suelo un pequeño objeto que se hallaba junto al cadáver.

Doc no logró ver lo que podía ser aquel objeto.

Ahora distinguió a otro individuo que avanzaba entre matas por debajo del punto en que estaba Jim Stevens. Era un hombre alto, flojo de coyunturas, que ascendía por la colina con el paso furtivo de un gato.

Sus manos empuñaban una escopeta. Doc no se hubiera atrevido a asegurarlo, pero le pareció que aquel hombre intentaba hacer uso del arma.

Doc paseó una mirada por el territorio circundante. Era uno de los pilotos más competentes de América y Europa.

Con todo, no creía que hubiera una posibilidad de aterrizar con su aparato, en las cercanías, sin provocar una catástrofe.

Actuando rápidamente, abrió el silenciador que llevaba en el motor el aeroplano.

Las resonancias intermitentes de los cilindros de explosión llenaron las montañas de potentes rugidos lo mismo que si se acabara de disparar una ametralladora, allá en lo alto.

Esto produjo su efecto. Jim se apartó de un salto, con sorprendida celeridad, del cuerpo del hombre asesinado. AL propio tiempo se disparó, por ambos cañones, el arma que llevaba en las manos el hombre alto.

Su carga debió pasar silbando, lejos de Jim o por lo menos no pareció causarle daño alguno.

El hombre alto salió a campo abierto y comenzó a correr colina abajo.

Doc tuvo una sonrisa sombría y cerró el silenciador del motor. Ella produjo la impresión de que se desvanecía en el espacio el monoplano.

Simultáneamente apareció, veloz, junto a una curva del asfaltado camino, un automóvil lleno a rebosar.

Este coche patinó un momento antes de hacer alto tras del estacionado roadster de Jim. Media docena de hombres se desparramó a continuación por la eminencia.

Vestían, todos, el ceñido uniforme de Agente de Policía del Estado. Dos de ellos amenazaron con sus revólveres a Stevens.

El hombre de bronce le dio media vuelta a una llave pequeña.

Entonces comenzó a sonar un pequeño micrófono redondo que estaba suspendido del techo del aeroplano.

Se trataba de otro de los más recientes inventos de Doc.

Tras de varios días de ímprobo trabajo y con la ayuda de Thomas Roberts, Long Tom, perito electricista y uno de sus cinco ayudantes, había logrado hacer un doble uso del invento. Este aparato registraba la distancia que separaba al monoplano de tierra firme u otros objetos mediante la vibración de los ecos del propio motor del aeroplano siempre que funcionara el silenciador.

Ahora el aparato registrador captaba las voces de los hombres que estaban en la colina. A Doc le pareció que se movían maquinalmente como por una rigidez de sus coyunturas.

—¡Eh, pimpollo! ¡Procura que se te vean las manos! —ordenó uno de ellos a Jim—. ¿Qué infierno es el que se ha desencadenado por estas colinas?

Jim se vio obligado a levantar los brazos. No podía hacer otra cosa.

El hombre de bronce clavaba en él la mirada y, al propio tiempo que mantenía silencioso el monoplano, daba vueltas y vueltas sobre el grupo.

Jim había lanzado algo lejos de sí mediante un movimiento disimulado. Era como si se hubiera desembarazado de algo que tuviera en la mano.

Doc juzgó que debía ser el pequeño objeto encontrado junto al cadáver.

Hasta más tarde no supo que era una hebilla de plata procedente de uno de los zapatitos de Pat Savage.

Dos de los hombres uniformados se acercaron al cuerpo tendido en tierra.

Doc reparó en que no se habían molestado gran cosa en registrar el terreno.

Directamente habíanse dirigido al punto ocupado por el cadáver. Esto era extraño, se dijo, ya que no habían estado ahí previamente.

De lo contrario habrían dejado hombres de guardia.

Los dos hombres regresaron. Una voz dijo al través del micrófono que tenía Doc junto a sí:

—¡Quizá pueda decirnos cómo ha ocurrido la muerte del caballero que se encuentra ahí arriba!

Jim se vio obligado a responder. Dijo con acento sarcástico:

—¡Habrá andado a la caza de gansos!

—¡Miren si es despabilado! —exclamó la voz—. Pues bien: venga a decir eso mismo ante el jefe de policía de Riverside! ¡Andando, pimpollo!

El aeroplano de Doc no iba provisto de ametralladora ni el hombre de bronce llevaba jamás un arma encima porque creía que la posesión de toda arma, bien fuera blanca, bien de fuego, ora ofensiva, ora defensiva, servía únicamente para que su posesor dependiese más de ella que de su propio valor e inteligencia.

Pero sí había una pistola super —firer en uno de los muchos departamentos de la nave aérea. Doc descendió a las capas inferiores del aire en brusca zambullida.

Uno de los agentes vislumbró la sombra del gigante, silencioso aparato, semejante en aquellos momentos a un enorme murciélago de plata que saliera de entre la espesa bruma. Con un gran grito, exclamó:

—¡Atención! ¡Tenemos a un caballero en la parte alta de la escalera! ¡Dejémosle que se salga con la suya!

Ahora el hombre de bronce estaba seguro de que los individuos aquellos no pertenecían al Cuerpo de Policía estatal.

Una lluvia de balas roció de plomo la parte baja del aparato, en el fuselaje irrompible. La mano de Doc se apartó, ligera, de la ventanilla y fue a posarse junto a la palanca de mandos.

El aire se llenó de zumbidos como invadido súbitamente por un enjambre de abejorros. Abajo cayeron, tambaleándose, dos hombres.

Se quedaron instantáneamente dormidos. Las balas llamadas "de gracia" del super —firer, rozaron, a los cuatro individuos restantes.

El puño de uno de ellos se desenfrenó. El impacto casi dislocó la mandíbula de Stevens.

Después se le empujó hacia el coche, se metieron en él a los dos hombres dormidos y bajó, rugiendo, por la carretera.

Sirviéndose siempre de los rayos infra —rojos, Doc le siguió la pista. De pronto planeó bruscamente.

Pat había salido de la casa y corría por la ladera de la colina, se dirigía al punto en que se hallaba tendido el cadáver. Probablemente había oído el tiroteo y el zumbido del motor del

monoplano.

Doc volvió a ver, también, al hombre descoyuntado, al espía que hiciera fuego sobre Stevens. EL hombre tornaba a empuñar la escopeta.

Doc manejó los mandos. La cabeza del aparato se inclinó en ángulo peligroso.

Pat corría directamente hacia el hombre armado. Este volvió a cargar el arma.

El super —firer del hombre de bronce le detuvo mediante una lluvia de tiros de gracia. Pat hizo alto, clavó la mirada en el punto donde sonaba el susurro de los disparos.

Milagrosamente escapó a ellos el hombre descoyuntado a pesar de que le caían, crepitantes, en torno. Pero bajó volando la falda de la eminencia.

Doc aproximó la boca al altavoz que tenía en frente. A través de este aparato podía percibirse claramente su voz.

Se hubiera oído desde tierra aun estando el aparato a una milla de altura.

—Vuelve a casa, Pat —ordenó a su prima—. Yo iré a ella tan pronto como me sea posible. Ten cuidado por el camino, no sea que vayan a atacarte de improviso. Te vigila un individuo.

EL aeroplano se alejó y su zumbido se perdió en la niebla. Siguió, en vano, la carretera por espacio de un par de millas.

Había desaparecido el coche que se llevaba a Jim. Doc dedujo que estaría oculto entre los árboles, quién sabe dónde.

Entonces hizo describir varios círculos al aparato a corta distancia del suelo.

Buscaba el punto más próximo que le fuera dado hallar, para efectuar un aterrizaje.

Mientras obligaba a descender al monoplano, abrió el aparato de radio y el altavoz.

El aparato era de una longitud de onda corta particular, de manera que solamente pudiera ser captada por él y sus camaradas.

Mas, de haber sido cogida por otro aparato de radio, su charla hubiera parecido idiota y sin sentido.

—¡Ya estamos en —camino!— oyó decir a una voz atronadora —. Llegaremos dentro de unos minutos a casa de Monk.

Aquel vozarrón pertenecía a Juan Renwick o Renny, famoso

ingeniero que, desde largo tiempo atrás, venía asociándose a las aventuras de Savage.

Con él, ahora iban en el coche, procedente de Riverside, dos personas notables.

Era una de ellas, de cara larga, estudiantil, muy semejante por la figura a un esqueleto y tenía el habla tan complicada que únicamente se daba a comprender a la persona habituada al manejo del diccionario.

Geólogo y arqueólogo atendía al nombre de William Littlejohn. Bajo el remoquete de Johnny, figuraba en el grupo compuesto por los cinco ayudantes de Savage.

Su acompañante tenía un aspecto muy poco saludable. Parecía medio muerto a causa de un golpe violento. Era de exigua estatura, pero más duro de lo que cabía suponer.

Muchos se equivocaban al juzgarle pues, Long Tom, el "Mago de la electricidad, como le decían, era tan fuerte como tres hombres cuando se trataba de pelear.

A los tres les había llamado Doc inmediatamente después de recibir el mensaje de Pat. Los tres estaban, entonces, en Riverside, junta a la Gran Bahía Peconic, no lejos de Monk. Venían conferenciando en las salas del Museo de Prehistoria, con un grupo selecto de hombres de ciencia.

De esta manera habían transcurrido quince días.

Tras de captar el recado de Renny, le ordenó Doc:

—Bien. Dejad el coche en la carretera y aguardadme ante la casa de Monk. Lo mejor que podéis hacer es ocultaros. Se nos oponen enemigos en cuyo poder obra, mucho me lo temo, una fuerza diabólica de origen misterioso.

Cuando hubo llegado el coche que llevaba a los tres hombres a mitad de su camino, se aproximaba Doc a la costa.

Dejando de lado las carreteras, cruzaba campos, bosques, montañas, guiada por el certero instinto del hombre educado en la jungla.

El recorrido de unas millas iba a ser cuestión de breves minutos, nada más.

Con todo, llegó tarde para evitar el desastre que se cernía sobre el coche en que iban sus tres camaradas.

CAPÍTULO IX

EL ROJO

—ESTA parece ser la localidad en que culmina toda una serie de circunvoluciones topográficas —dijo Johnny con su acento peculiar desde el asiento que ocupaba en la parte posterior del automóvil.

—¡Por el toro sagrado! ¿Qué dice este hombre? ¡Que alguien me lo explique! —tronó el vozarrón de Renny.

—Quiere decir que hemos llegado a las Shinnecock Hills —le explicó, con calma, Long Tom—. Aquí debemos apearnos y aguardar la llegada de Doc, conforme a las instrucciones recibidas.

La luz de los faros hirió una curva pronunciada del camino y el coche pasó rozando las matas de la cuneta. Johnny dio, de pronto, al olvido la fraseología de que se servía comúnmente.

—¡Alto, Renny! —exclamó—. ¡Ahí, entre esas matas, acabo de ver el semblante de un hombre!

Renny paró en seco. EL coche se detuvo con maniobra desconcertante junto al camino. Renny salió de detrás del volante y se dispuso a apearse.

—¿Dónde? ¿Está muy lejos? —interrogó.

—¡Cuidado! —aconsejó Long Tom—. Pudiera ser una trampa. Me ha parecido verle echado.

Johnny estaba en lo cierto. El hombre estaba tendido de costado. Tenía rojos los cabellos y, al parecer, dormía pacíficamente.

Era el mismo que recibiera una dosis de balas de gracia procedente del revólver de Pat Savage antes de haber ido aquélla a Southampton.

—Lo mejor será llevarle bajo los árboles y estacionar allí el coche con los faros apagados —sugirió Long Tom a sus camaradas

mientras examinaba el cuerpo del durmiente—. Ved dónde ponéis los pies. A este mozo le han rociado las balas de Doc y esto significa que Monk debe hallarse, o se ha hallado, apurado.

Así diciendo, Long Tom vaciaba los bolsillos del durmiente, extrayendo de ellos infinidad de pequeños objetos. Johnny se le unió en la tarea.

Juntos examinaron el contenido de los bolsillos de aquel ser privado de sentido. Entre ambos le asieron, luego, por brazos y piernas y le llevaron a lo más hondo del bosque. Renny sacó del camino el sedan y apagó los faros.

Dijo, al reunirse a sus dos compañeros:

—Yo abriría el aparato de radio… Doc podrá, así, dar enseguida con nosotros. ¿Por qué razón, me pregunto yo, no habrá, querido que vayamos a casa de Monk?

Johnny, el huesudo sabio de las palabras polisílabas, parecía haber renunciado a su empleo para siempre. Repuso, de súbito:

—¿Por qué crees que ha de andarnos buscando? Este lugar no es a propósito para él. A veces tiene ideas raras. Yo creo que debe andar por cualquier otra parte.

Long Tom tenía la vista posada en el rojo, tendido sobre la hierba, y, antes de oír la respuesta de Renny, exclamó:

—¡No sé por qué regla de tres guardamos a un muerto! Nadie más querría encargarse de él. ¿A quién va a serle ya útil?

—¡Por el toro sagrado! ¿Estáis tontos o qué? —balbuceó Renny —. Doc va a llegar. De lo contrario, ¿qué haríamos aquí? En cuanto al rojo ese que ahí veis, está dormido por efecto de las balas de gracia. ¡Doc le sacará de su sueño!

—No hay ser humano que pueda resucitar a un cadáver —sentenció Johnny.

—¡Uf! ¡Quisiera que hubiese llegado ya el día de mañana para examinar la formación rocosa de este suelo! ¡Dios quiera que encuentre algo interesante!

—Yo tengo frío —declaró Long Tom—. Ahí tenemos el coche. Vayámonos de aquí. ¡Salgamos, cuanto antes, de esta niebla!

Renny se quedó estupefacto.

—¡Eh, amigos, basta de bromas! —dijo a sus acompañantes.

Sacó la lámpara de bolsillo y la encendió. Su luz iluminó al semblante de los dos sabios. Pocas cosas eran capaces de conmover,

en este mundo, al gran ingeniero. Sin embargo, en esta ocasión retrocedió espantado.

—¡Eh! ¿Qué demonios os sucede a los dos? —exclamó.

Johnny y Long Tom le miraron con indiferencia. Era como si ya no existiera para ellos. El cuerpo voluminoso del ingeniero experimentó nerviosa sacudida.

—A ver —ordenó a los dos—. Tomad esta luz mientras me llevo a este hombre lejos de la carretera.

Long Tom le obedeció en silencio. Acompañado de Johnny, marchó tras de él. Renny había levantado al rojo del suelo y se lo echó a hombros sin esfuerzo aparente, lo mismo que hubiera hecho con una criatura.

Con él a cuestas emprendió la ascensión de la colina. Tras de haber recorrido así un breve trecho se paró, de pronto, y dio un salto de costado.

—¡Ojo! ¡Apagad esa luz! —recomendó a sus camaradas.

Long Tom no le hizo caso. Se había parado y empuñaba la lámpara de tal suerte, que sus rayos descubrían a los tres hombres.

Un ser alto y desmañado surgió de entre unas matas. Cubrió a los tres con las bocas redondas de su escopeta de dos cañones.

—No podéis ir más lejos con ese cadáver, mocitos —les dijo—. Este terreno es de mi propiedad y abrasaré de un tiro al primero que lo traspase. No será la primera vez que ello suceda en la comarca.

Renny era hombre corpulento, pero tan ágil como un gato. Sin pensarlo, se lanzó, de un salto, sobre el desconocido.

Entonces se disparó la escopeta. Renny no fue alcanzado por la bala gracias a las finas mallas de acero de la cota —chaleco que vestía.

Al recobrarse del choque y volver a lanzarse, con un brinco prodigioso, sobre el hombre alto, constató con sorpresa que ni Johnny ni Long Tom le secundaban.

Por suerte, la inactividad increíble de sus camaradas no paralizó la fuerza de sus puños. Con los nudillos solamente era capaz de hender una plancha de madera.

Comúnmente se valía de ellos como un arma terrible, así como de una especie de quebranta —huesos.

Pero la cabeza del hombre alto era, por lo visto, de un hueso

especial. Por ello no se cayó; se bamboleó al recibir el puñetazo de Renny.

Y, al propio tiempo, rápido como el rayo, sacó a luz un cuchillo de grandes dimensiones. Aquel arma tenía la hoja manchada de sangre.

Renny lo hubiera visto de tener tiempo para mirarla con atención.

Pero no se lo dieron. Con la yema de un dedo, curtido por el aire y el sol, el hombre pulsó el mango de la navaja.

¡Zas! La hoja se abrió, de pronto y penetró en la carne del antebrazo de Renny. Su punta tocó hueso.

Ni Johnny ni Long Tom tomaban parte en la lucha. Impulsado por curioso movimiento reflejo, el geólogo concibió, aparentemente, una idea repentina.

—Hay que hacer algo —se dijo.

Y su super —firer vomitó una descarga. El hombre alto cayó; una vez en tierra rodó, varias veces, sobre sí mismo, y quedó inmóvil.

Renny exhaló un gemido. Acababa de sacarse el cuchillo del brazo. Johnny empuñaba, embobado, el super —firer como si ya no recordara que se había servido de él.

Un sonido singular, conmovedor, llenó de pronto el espacio y vibró a través de la colina. No era un silbido.

Era algo semejante al reclamo de un ave tropical; un sonido melódico mal definido y, no obstante musical.

Era el grito emitido por el hombre de bronce en momentos de zozobra o de emoción. Doc acababa de llegar al punto en que se desarrollaba la escena descrita.

Antes se había detenido, un momento, junto al hombre asesinado en la colina. Había examinado la herida abierta en su garganta.

A continuación había distinguido la luz de la lámpara empuñada por Johnny y oído el ¡bum! del super —firer.

Los tiros de gracia produjeron su efecto sobre el hombre alto antes de que pudiera llegar Doc al lugar donde estaban sus camaradas.

Sin embargo, sus doradas pupilas lo midieron todo, al instante.

—Debisteis aguardar —les amonestó—. ¿Qué ha ocurrido?

Déjame ver ese cuchillo, Renny. Toma, ponte un poco de esto entre tanto.

Doc tomó el cuchillo. Dic al ingeniero una botellita llena de un líquido especial y Renny, haciendo una mueca a hurtadillas, vertió una parte del líquido sobre la herida abierta en su brazo.

Al contacto del químico ingrediente la sangre dejó, en el acto, de manar.

—Ahora voy a vendarte ese brazo —dijo Doc a Renny—. ¡Toma! ¿Qué es esto?

Le arrancó la exclamación un examen de la navaja arrancada del brazo del ingeniero. Limpia su hoja de la sangre fresca, dejaba ver, sobre ella, una segunda mancha de sangre, seca a la sazón.

Entonces se dio cuenta, instantáneamente, de que el cuchillo se había utilizado para degollar al hombre tendido más arriba, en la colina.

Deliberadamente fingió. Pretendió que sus tres compañeros le creyeran sumido en la contemplación de aquella navaja.

En realidad, observaba, atento, los semblantes de Long Tom y de Johnny.

La helada expresión de sus ojos, tan semejantes a la de un pez, le había dicho, al punto, cuál era su estado.

Es decir, que el breve lapso que había empleado para llevar a la playa el monoplano, había bastado para asestar un golpe, otra vez, al misterioso paralizador de la sensibilidad. Pero ¿cómo?

Doc se volvió a Renny.

—Tú estás bueno. ¿Cómo te explicas esto? —inquirió.

—¡Por el toro sagrado, que lo ignoro, Doc! Al descubrir a ese rojo, que ahí ves, le trasladamos aquí y aquí mismo, ese individuo zanquilargo que está dormido me amenazó con dividirme en dos con su escopeta, a continuación de lo cual me arrojó el cuchillo. Nada más sé.

Doc no perdió un tiempo precioso. El paraje no era de lo más a propósito para permanecer en él cruzado de brazos. Renny estaba presente, pero su mente divagaba un poco.

Y dos de sus hombres presentaban los síntomas de una inercia emotiva.

Realmente, ni Johnny ni Long Tom demostraban hallarse interesados por la excitación visible de Renny, o por la mirada

interrogadora que les dirigía Doc de vez en cuando.

Así, ordenó a Renny:

—Cárgate a cuestas a ese rojo; yo me encargo del otro. Tenemos que llegar sin demora a casa, de Monk. Quizá cuando hayan despertado querrán hablar estos dos individuos.

A pesar de ir cargado con el cuerpo pesado del hombre alto se detuvo junto al hombre degollado y rápidamente obtuvo una muestra de sangre.

Con ésta y con el cuchillo en su poder creía posible llegar a descubrir al criminal.

Unos pies pequeñitos hollaron, ruidosos, el suelo rocoso de la eminencia y, de entre unos arbustos, surgió frente a Doc el rostro sofocado de Pat Savage.

—¡Oh, Doc! —balbuceó al verle—. Tuve que pedirte que vinieras lo antes posible. Se trata de Ham y de Monk. Los dos están....

De pronto contuvo las palabras que iba a proferir hincando los dientes en el labio inferior de su boca.

El asombro, la desilusión, dilataron sus pupilas doradas, tan parecidas a las de Doc Savage.

Miraba a Johnny y a Long Tom. La luz de la lámpara que empuñaba Renny, en aquellos momentos, iluminaba los pálidos rostros del sabio electricista y del geólogo.

—¡Oh! —suspiró, acercándose a su primo—. Estos están igual. ¿Por qué, Doc? Sobre estas montañas se cierne algo desconocido, un peligro amenazador que no se puede concebir. ¿Qué opinas tú?

—Creo que se cierne, en efecto —confesó Doc,— pero no sólo aquí. Antes se ha cernido sobre la ciudad.

—Voy a decirte otra cosa, Doc —murmuró miss Savage—. Ese hombre dormido, el zanquilargo y desmañado, es Juan Scroggins, dueño de la granja de los gansos, que está en la ladera de este monte. Monk ha reñido con él. En principio creí que era a él a quien se había asesinado. Ahora veo que no.

—Háblame de él —la instó Doc.

—¿Qué quieres saber? Al espantarle con balas de gracia desde el monoplano, corrió monte abajo —dijo Pat—. Yo reanudé la marcha y pasé por delante del estanque. Este Juan Scroggins tenía una linterna. Había vadeado el estanque y mientras yo le miraba mató a

dos aves retorciéndoles el cuello.

—¿Se detuvo para matar a dos aves, Pat? ¡Qué extraño!

Doc tenía la vista fija en la inerte y flaca persona del dueño de la granja.

—Sí —dijo Pat—. También a mí me pareció muy extraño y por ello me escondí y le espié. Doc... él ha puesto algo en esas aves después de haberlas limpiado y desplumado. Metió algo, Doc, dentro de ellas. En este momento están enfriándose en el interior de una cabaña enclavada junto a un arroyo, cerca de la granja.

—Vuelvo enseguida —profirió vivamente Doc—. Apagad todas las luces y no os mováis de aquí. Renny, tú vigila y no permitas que nadie se os acerque. Si oyeras a alguien haz fuego al punto.

Doc llegó junto al estanque de los gansos, semejante a una sombra que flotara, en su descenso de la colina.

No empuñaba ninguna lámpara de bolsillo. Veía en la oscuridad lo mismo que un gato en la jungla.

La débil luz de una linterna de aceite se filtraba al exterior por la puerta, entornada, de la destartalada granja de Scroggins.

Aquella luz mostró a Doc una casita pequeña, erigida sobre las aguas frescas del arroyo.

La puerta de aquel refrigerador campestre estaba cerrada solamente por un mohoso pestillo.

Una vez dentro, Doc paseó en torno el fino rayo de luz de su lámpara. EL resplandor proyectado por ella se derramó sobre dos docenas, o más, de gansos, cuyos cuerpos, limpios y desplumados, se hallaban suspendidos sobre el agua fría. Doc tocó, al pasar, uno de ellos. Estaba frío.

Al cabo, dio con un par, caliente todavía; con un par muerto recientemente, puesto que no había tenido tiempo de enfriarse. Doc los abrió de arriba abajo.

El fantástico grito peculiar sonó, pasado un instante, en la cabaña. Doc hacía rodar unos objetos de cristal en la bronceada palma de su mano.

Aquellos objetos no reflejaban la luz de la lámpara. Estaban sucios y empañados.

Doc sacó un frasquito de uno de sus bolsillos (llevaba el traje materialmente agujereado con los pequeños departamentos) y derramó en el suelo unas gotas de un liquido ambarino.

Varias gotas de aquel producto químico cayeron sobre los aparentes trozos de vidrio, cada uno de los cuales era de un tamaño igual a la yema de un dedo pulgar de Doc. Y conste que los pulgares de Doc eran colosales.

Luego, se agitaron los remolinos característicos en sus pupilas mientras pensaba que, en esta ocasión, no era imposible que acabara de descubrir el origen, la causa que motivaba la epidemia, la inercia emotiva padecida por varias personas, sus hombres entre ellas, dejando sus inteligencias desprovistas de iniciativa.

Porque aquellos objetos, semejantes a fundido cristal, eran grandes diamantes sin tallar ni pulimentar. A Doc no le cupo la menor duda de que eran, sino todos, una parte de los substraídos a la caja fuerte de Harris Perrin, el lapidario.

Doc se acercó, sin ruido, a la puerta de la granja. De una sola ojeada que lanzó a su interior se convenció de que un registro minucioso de la casa iba a llevarle algún tiempo.

El silencio continuado que imperaba en la falda de la colina, sobre la granja, le dio a comprender que Pat, Renny, y sus compañeros, continuarían seguros por un tiempo ilimitado, en tanto permanecieran en tinieblas.

El hombre de bronce se había metido los grandes diamantes en bruto en un bolsillo interior de la americana.

Por lo visto, Juan Scroggins tenía razones de peso para disparar su escopeta sobre todo aquel que intentara meterse en sus tierras.

Quizá no era tan bestia como parecía. La granja debía servirle de tapadera para encubrir otras actividades de índole distinta y, de ser esto así, parecía lógico que frecuentaran otras personas los alrededores.

Al asaltarle esta idea, Doc apagó la linterna de un puntapié y se quedó petrificado. En la parte posterior de la cabaña acababa de sonar un roce particular.

¡Alguien le estaba espiando desde allí! Y trataba, ahora, de alejarse sin que él le oyera.

CAPÍTULO X

RESTABLECIMIENTO SINGULAR

ÁRBOLES de largas ramas nudosas, crecían, espesos, por encima de la charca de los gansos. La oscuridad era muy densa debajo de ellos.

Pues bien: era allí donde unos pies trataban de pisar quedo. Pocos hombres en el mundo hubieran sido capaces de oírles marchar sobre el fangoso terreno.

Doc describió una vuelta en torno de la granja. Llegado que hubo a la parte de atrás, no echó a andar, descaradamente, en pos del espía.

En vez de esto, saltó hasta la rama inclinada del árbol más próximo. Sus manos la asieron levemente. De allí pasó a otra y luego a otra. Su avance era más rápido, sobre los árboles, que el de su espía en tierra.

En una ocasión le oyó detenerse y se lo imaginó con la cabeza vuelta, escuchando. Debía creer que él no le había oído porque siguió andando más lentamente.

Doc se dejó caer al suelo desde una elevación de doce pies. El hombre que iba huyendo profirió una exclamación, pero ofreció poquísima resistencia.

Doc le había echado todo su peso sobre los hombros. De no haber medido bien la distancia, le hubiera aplastado.

De todas maneras se quedó unos segundos con el rostro clavado en el barrizal. Cuando Doc le obligó a dar media vuelta y le puso de pie, apenas lograba mantenerse en la posición vertical.

El fino rayo de luz de la lámpara de Doc descubrió sus facciones.

¡El hombre de bronce tenía ante su vista los ojos dilatados de Harris Perrin!

Por cierto que el lapidario ya no sentía la calma nacida de su

falta de sensibilidad que, aparentemente, había sufrido el día en que Doc le viera por última vez.

—¡Ah! ¡Doc Savage! —balbuceó Perrin—. Pensé que era usted... otro. ¡Me alegro de verle!

Doc se dijo que el lapidario mentía, pues le parecía imposible, de todo punto, que no le hubiera visto, con claridad, a la luz de la linterna colocada tras de la puerta de la granja.

A decir verdad, el estado anormal de Perrin se había desvanecido sin dejar huella en él y ahora volvía a retorcerse con fuerza el mechón de pelo que nacía en su calva frente.

—Ya tendrá ocasión de explicar su presencia aquí —le dijo Doc en voz alta—. Se hace usted sospechoso como cualquiera que se halle en el punto donde acaba de perpetrarse un crimen.

Aquella salida provocó una fugaz expresión de terror en el rostro del lapidario.

—¿Un crimen ha dicho? —tartamudeó—. ¿De qué crimen se trata? Yo he venido aquí con el solo objeto de recuperar mis diamantes. Por teléfono se me ha dicho que están en las Shinnecock Hill y directamente vengo por ellas desde Manhattan.

—El mensaje es explícito y por él sabe usted a qué punto debe dirigirse —dijo Doc con calma—. Así, ¿está seguro de no haber oído nada que se relacione con un crimen?

Perrin se mordió con ahínco una uña. Transcurrido que hubo algún tiempo, replicó:

—Voy a decirle toda la verdad. Por el mensaje telefónico me he enterado de que aquí existe una granja y que dicha hacienda es propiedad de un tal Scroggins. Por ello estoy aquí. En la granja oí ruidos de pasos, me pareció que seria algún merodeador y me oculté para ver lo que iba a ocurrir. No se me ha ocurrido pensar que el merodeador fuera usted hasta que se ha dejado caer, delante de mí, desde lo alto del árbol.

Doc no sabia qué pensar. Por ello, hizo un gesto de asentimiento como si aquella explicación le satisficiera y guardó silencio.

¿El nervioso lapidario había caído antes en un estado de fingida insensibilidad, o realmente atacado por ella? ¿Habíase restablecido después mediante algún antídoto poderoso?

Instantáneamente adivinó que los nervios de Perrin no hubieran podido ser dominados por un simple esfuerzo de voluntad hasta el

extremo de aparentar una calma maravillosa.

Más lógico parecía que hubiese tomado una droga, o que se le hubiera sometido a una influencia hipnótica. De ser así, Perrin podía ser la clave de la curación con respecto a otras personas.

Con referencia a los diamantes en bruto, Doc estaba seguro de que iban a perpetrarse nuevas substracciones. De que, tal vez, con motivo de aquellos, volvería a asestar nuevos golpes la fuerza productora de la paralización de los cerebros.

Pero el caso presente ¿explicaba los demás? ¿No lo explicaba?

El hecho de que algunas personas o entidades pretendieran obtener un beneficio cualquiera, y siempre enorme, de la venta de las islas Domyn, era explicable en sí. Más ¿lo era el caso de Tony Talliano, humilde betunero?

Doc no sabia qué pensar. Rápidamente formuló (in mente) nuevas teorías.

Al cabo, dijo:

—Bueno. Venga conmigo, Perrin. Deseo que me explique muchas cosas, o si no muchas, por lo menos aquéllas de que tenga conocimiento. Naturalmente, no habrá descubierto aún los diamantes robados.

—¿Y por qué he de acompañarle? —protestó el lapidario—. Después de haber hablado por teléfono hubiese buscado, con gusto, la compañía de un amigo. Sin embargo, se me había recomendado que viniera aquí solo y así lo hago. Usted dice que se ha cometido un crimen por ahí cerca. Bien. No lo dudo. Pero nada sé de él.

Doc iba a replicar. No se le dio tiempo ni ocasión: El estampido de un super —firer; allá en la ladera de la colina ocupada en aquellos momentos por Renny, Pat y el resto de sus camaradas, le dejó en suspenso.

Rápidamente adoptó una decisión.

Una de sus manos irrumpió en el vacío. Perrin se retorció bajo la presión que sobre su nuca ejercían unos dedos implacables.

Pero no gritó. Por el contrario, dejó caer la cabeza; se aplacaron sus nervios.

Su cuerpo cayó a tierra hecho un guiñapo.

Doc había ejercido su presión sobre uno de los centros nerviosos situados en la base del cráneo. De esta manera, Perrin permanecería sumido un tiempo considerable en un estado de inconsciencia.

Tras de aquella única detonación del super —firer no había sonado otro tiro en la montaña. Reinaba en ella un silencio siniestro.

Doc se vio obligado a dar la vuelta a la charca de los gansos, que ocupaba dos acres de extensión.

Mientras se deslizaba por entre las matas oyó la voz apagada de Pat. Su prima sollozaba y parecía falta de aliento.

Luchaba por salir de una mata espinosa en que había caído. Doc la puso de pie. La luz de su lámpara le reveló a Renny caído en tierra.

De momento le creyó muerto, pero, luego, vio que respiraba.

Los cuerpos dormidos de Juan Scroggins y del rojo desconocido, seguían tendidos en el punto en que se les había colocado.

Pero Johnny y Long Tom habían desaparecido. Pat fue la primera en recobrar el uso de la palabra. Tenía en la frente una feísima contusión.

—Todo estaba en calma —le explicó al hombre de bronce—, hasta que, de pronto, surgió ante nosotros procedente, al parecer, del seno de la tierra, un grupo de hombres desconocidos. Algo me dio, al propio tiempo, en la cabeza.

AL caer oí un disparo. Renny descargaba la cámara del super —firer... Luego creo que me desmayé...

Mientras hablaba, Doc había sacado a luz la caja de una pequeña linterna.

Los rayos de este aparato eran invisibles. Doc la paseó en torno y al herir, con su luz, varios puntos determinados, brotó de ellos un suave resplandor azulado.

Aquellos puntos medían entre sí una distancia igual a la que separa los pasos de un hombre.

Eran marcas fosforescentes, huellas dejadas por los tacones de los zapatos de Johnny y Long Tom.

Estos tacones, de goma esponjosa, estaban impregnados de una substancia química, invento de Doc; que se tornaba fosforescente bajo la acción de la "luz negra" o rayos ultra —violeta.

Así, Doc pudo seguirlas, sin pérdida de tiempo, entre matas y matojos. Por desgracia, se desvanecieron enseguida.

Doc se explicó sin esfuerzo la causa al ver, en el suelo, dos pares de zapatos.

Del hecho dedujo que, posiblemente, los secuestradores habían obligado a sus camaradas a descalzarse.

Pero inmediatamente comprendió el nuevo e inmenso peligro que le amenazaba. El peligro estribaba en el conocimiento que tenían de sus inventos defensivos las fuerzas misteriosas que se le oponían. De lo contrario, los secuestradores hubieran desconocido la existencia de una pista química.

A Renny le habían dado un golpe en la cabeza. Luego habían hecho caer de su mano el super —firer. Pudo, pues, solamente repetir lo que ya Pat le había dicho a Doc.

De momento le fue difícil de comprender al hombre de bronce por qué los secuestradores no se habían llevado también a Scroggins y al rojo.

Más tarde vio que sus cuerpos quedaban ocultos del punto de ataque. Pat, Renny, Long Tom y Johnny, se encontraban a cierta distancia de los dos hombres dormidos en el momento de ser atacados.

—¡Ocultaos y aguardad! —recomendó al resto de su fuerza—. Dentro de unos minutos estaré de regreso.

A increíble velocidad regresó al lugar donde, pacíficamente, dormía Perrin.

¡El lapidario ya no estaba allí! Varios hombres habían pisoteado el terreno.

Doc no se entretuvo mucho en seguir una pista probable. Le bastó cerciorarse de que ya no estaban los secuestradores en las cercanías de la granja.

AL propio tiempo sentía imperiosa necesidad de proteger a sus camaradas, de obtener una información directa de la causa que motivaba aquella situación.

Ya en la falda de la colina, levantó del suelo el cuerpo inerte de Scroggins.

Renny se encargó de llevar a cuestas al rojo.

Al iniciar la marcha para volver a casa de Monk, conmovió la tierra una sorda explosión.

Grandes llamaradas, lenguas de fuego que se elevaron hasta los cielos, surgieron, casi instantáneamente, de la cima de la montaña.

El fuego descubrió los contornos de la casa desierta. Aparentemente, habíase derrumbado parte de ella por efecto de la

explosión y ardía toda.

Renny hizo alto.

—Sigamos andando —le aconsejó Doc—. Sin duda se trata de un ardid. Se valen de él para atraernos a la cima de la colina. Más tarde sabremos la verdad... de los mismos labios de nuestros enemigos, posiblemente.

Rápidamente se dirigieron a casa del químico.

—¡Hola, Doc! —fue el saludo que aquél dedicó a su jefe—. Cuando recuerde el nombre llamaré a mi ama de gobierno. Supongo que traerás apetito, ¿eh? Pues, mira, sólo puedo ofrecerte carne de pato.

Ham seguía sentado en su silla y no se movió. Miraba a sus compañeros.

¿Su inteligencia despierta trataba de hallar el significado de la presencia, allí, de Doc Savage? Quizá. Pero no lo revelaban sus fría pupilas.

—Así como los ves han vuelto, los dos, del estanque de los gansos —explicó Pat a su primo—. No quisiera creerlo, mas parece ser, conforme a las apariencias, que Ham es quien ha asesinado al desconocido muerto en la colina... ¡Ah! Debo decirte que un tal doctor Madren me ha llevado a casa de Simón Stevens.

A Doc se le escapó un guiño imperceptible de las doradas pupilas.

—Bien, y ¿qué pasó allí? —deseó saber.

Pat le hizo una somera explicación y le comunicó que, a la vuelta, la había acompañado Stevens hijo.

—Luego limpié el estoque de Ham y le teñí de sangre de ganso —dijo para concluir—. No me quedaba otro remedio, después de haber visto la hoja manchada Jim y el doctor Madren. ¿Hice bien, Doc?

—Has hecho lo que has creído indispensable —replicó Doc con seco acento. EL joven Stevens presenció la faena y más tarde, al ser detenido por los que creía agentes de policía, no ha hablado, aun a sabiendas de que se le acusaba de un crimen. Ese muchacho, Pat, es un alma noble.

—¿Ah, conque está detenido? —balbuceó miss Savage—. ¿Y me vio limpiar el estoque? ¡Doc, hay que buscarle! Aunque, pensándolo bien, si sus apresadores no son agentes, ¿cómo es posible que estén

enterados del crimen?

—Veamos. Procédase con orden... La cuestión ofrece varios aspectos, demasiados, posiblemente, para ser vistos, todos, de una vez. Hay que buscar a Stevens, hay que buscar a Johnny, a Long Tom. Ante todo, veamos si es capaz de hablar ese rojo. ¡El dar vueltas y revueltas a oscuras conduce, solamente, a romperse la cabeza!

Por fin abrió los ojos el joven de la encendida cabellera. Manejada por Doc la aguja hipodérmica había, casi en el acto, contrarrestado los efectos obrados por las balas químicas que la mano de Pat le habían disparado.

Doc dejó a Scroggins temporalmente privado de sentido.

¡Sus pupilas doradas se miraban en los ojos del rojo escasamente dos minutos después de su llegada a la casa!

Pero el rojo daba muestras de aturdimiento. En sus ojos había poquísima vida.

—Tenga. Beba esto —le instó Savage.

EL rojo no protestó. Echóse al coleto un trago de vino. Dentro de la copa había derramado Doc, previamente, parte del contenido de un frasquito que llevaba encima.

Aquel líquido era llamado por él "suero de la verdad". Este suero no producía siempre el efecto deseado, pero sí debilitaba la resistencia del paciente.

Todas aquellas personas que Doc sometía a su acción eran presa instantáneamente de la mirada fascinadora e hipnótico que él les dirigía.

Antes de restablecerse, todas le revelaban lo que anhelaba conocer.

Ahora, clavó la vista, con ahínco, en los ojos del rojo. Este no separó los suyos. Tampoco dejó traslucir si le producía o no efecto la mirada del hombre de bronce.

—Me parece que se ha metido en mal negocio —manifestó, al cabo, Doc—. Dígame lo que sepa. Quizá yo pueda aliviar su situación.

El hombre rojo habló sin emoción. No había ansiedad en su voz.

—Sé dónde estoy —dijo con acento inexpresivo—. Algo ha debido ocurrir, pero no sé qué, porque no lo recuerdo. ¿Qué significan esas llamas? ¿Arde una casa?

—Le hirió esa señorita que ve ahí —replicó Doc—. Evidentemente, trataba usted de capturarla: ¿Por qué?

El rojo observó a Pat con atención.

—Me agrada —dijo inesperadamente—. He sido un grosero y me alegro de que me haya disparado un tiro.

Su calma inalterable dio a comprender a Doc que, ni con el suero de la verdad, ni con su propio hipnótico poder, sacaría de él gran cosa.

Estaba claro que sufría también la enfermedad misteriosa, la característica falta de emociones.

Sin embargo, aquel hombre no pertenecía a un tipo criminal ordinario.

Dejando de lado la falta de sentimientos, sus facciones acusaban una mediana inteligencia.

Hablaba con dulzura y a Doc le produjo la sensación de que, en vano, trataba de comprender algo que no estaba a su alcance.

Doc había invertido en él menos de cinco minutos.

—Vigila bien, Renny —recomendó al ingeniero—. Creo todavía que esa casa que arde es un señuelo y por ello voy a hacer un experimento.

Pat había contado a Doc cómo Ham había ido en pos de Habeas Corpus.

Doc empujó al cerdo árabe con el pie. El animal estaba metido en un rincón y se mantenía rígido en una posición sumamente chocante.

Monk era el único a quien consentía que le tratara con rudeza. Con otras personas se mostraba susceptible en extremo.

Mas ¡cosa rara! Aunque Doc volvió a darle con el pie, con mayor fuerza esta vez, el cerdo emitió un triste gruñido y no se movió.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó Renny—. También él ha pescado la enfermedad. Ni siquiera siente deseos de morder.

Doc examinaba los puntos de la gruesa piel del animal señalados por la reciente lluvia de balas. Luego fue a coger la escopeta de Scroggins, que se había traído a casa.

¿Sus disparos serían capaces de producir efectos tan desastrosos?

Instantáneamente desechó tal idea. Pero todos los casos presentados aquí, en la colina, parecían estar relacionados con la aparición en escena del hombre alto.

Y Doc recordó la fortuna de diamantes robados que tenía escondida.

Había hablado de hacer un nuevo experimento. Objeto de él fue el mismo Monk. El químico le miró y sus ojos pequeños hicieron un guiño.

Con ayuda de sus hábiles dedos, Doc le dio un vivo masaje en el cuello.

Los tendones de sus muñecas se destacaban, tensos como cables. Era porque ejercía una tremenda presión sobre la nuca cerdosa de Monk.

La cabeza pegó, de súbito, un tirón. Sus ojillos parpadearon muy deprisa.

Juan Scroggins, el amo de los gansos, poseía una tremenda fuerza física. El anestésico contenido por las balas de gracia le habían hecho menos efecto que al rojo, porque se sentó, de pronto, y uno de sus ojos erró, excitado, de aquí para allá. El otro despidió colérico fulgor.

Cuando, al cabo, logró ponerse en pie, bamboleó la cabeza sobre el largo cuello flexible. Miraba a Monk.

—¡Condenado seas! —exclamó con acento nasal—. ¡Ya sabía yo que no eras bueno para nada! ¿Sabes lo que has hecho? Venir aquí a espiarme, ¡eso es! Y para ello has lanzado a ese puerco sobre mis gansos. Ese era el pretexto, pero ¡vas a cobrar!

Doc trató, rápidamente, de interponerse entre él y Monk, pero ya el hombre de los gansos se había convertido en volandero proyectil de huesos descoyuntados. Había extendido uno de los magros y largos brazos.

Con el nudoso puño pegó al químico en una de las pequeñas orejas. Su acción había sido pronta e inesperada.

De ordinario costaba no poco derribar al químico, porque era duro como un elefante. Ahora, sus nervios aflojados le sirvieron de poco y cayó inerte.

EL movimiento efectuado por Scroggins le había arrastrado hasta la puerta, y como si el golpe aplicado al rostro de su contrario fuera una añagaza, cruzó la puerta de la cocina.

Renny tenía los movimientos muy vivos, pero a pesar de ello, no logró cerrarle el paso.

Scroggins corría, fuera ya de la casa. Renny se dispuso a lanzarse

en su seguimiento.

—¡Déjale marchar! —le ordenó, de súbito, el hombre de bronce —. Tengo buenas razones para que lo haga. Cuida de que nadie se acerque a la casa.

Había reanudado la tarea de manipular en los centros nerviosos de Monk.

Su experimento tuvo éxito, en parte. ¡Ca... ramba! —exclamó el químico.

Dirigía a Ham una mirada furibunda. Era su primera reacción normal.

—Debí comprender que en cuanto asomara por aquí el picapleitos, sucedería algo malo. ¿Qué es lo que ocurre? Ah, Pat, ¿cómo estás? ¿Cómo estáis todos reunidos? ¿Qué habéis venido a hacer en Shinnecock Hills?

A Pat se le habían humedecido las pupilas. La encantadora prima de Doc revelaba, así, en ocasiones, su emoción. Además, tenía a Monk en mucho aprecio.

—¡Conque, lo has conseguido, Doc! —exclamó.

Monk clavó en Ham una mirada más atenta.

—¿Qué te ocurre, bobalicón? —deseó saber—. ¿Estás enfermo, por casualidad?

Ham le miró sin replicar. Se había cambiado el sucio traje por otro de repuesto que traía en la maleta.

Doc no perdió un tiempo precioso. Repitió con Ham el experimento que tanto éxito alcanzara con Monk.

Las primeras palabras que el abogado profirió fueron éstas:

—¡Eh, menguado insecto! ¿Qué has estado haciendo? ¿Cómo estoy vestido con este traje, que no llevaba al llegar aquí? ¿Quién me pegó tras de ir a pelearme por causa tuya con el dueño de la granja? ¿Todavía duerme ese caballero?

Doc observó, interrumpiéndole:

—Estamos metidos en una situación extraña por demás. Ham, Monk, os pido que tratéis de recordar lo que ocurría al perder vosotros el conocimiento.

—Ah, es muy fácil —replicó Ham—. Ese gorila mudo había recibido un porrazo en la cabeza. Por ello perdió el poco sentido que tiene. Yo seguí a Habeas Corpus al estanque con objeto de averiguar quién le había maltratado; reñí, allí, con cierto individuo

que iba armado de una escopeta y le quité de en medio sirviéndome del estoque.

—Supongo, Ham, que no habrás cortado con él el cuello del otro hombre…

—¿Quién? ¿Yo? ¡Ah, no, señor! Es verdad que pinché con el arma al hombre de los gansos, pero muy por encima, apenas le atravesé la piel. Cuando vi que caía al suelo emprendí la ascensión de la colina. Ciertas explosiones que oí sonar en su cima, me… ¡Calle, tiene gracia! Ya no recuerdo lo que pasó después…

También falló, de igual manera, la memoria de Monk cuando se puso a prueba. Y Doc perdió con ello la esperanza de saber qué, en realidad, les había ocurrido a los dos.

Sus inteligencias dejaban de funcionar al llegar a un punto determinado.

Por ello iban a verse obligados a recobrar la memoria nuevamente.

El rojo presenciaba la escena sin aparente interés.

Doc le miró de hito en hito. Si conseguía devolverle una parte, por lo menos, de la memoria, ¿prestaría alguna declaración digna de interés?

Con sus ágiles dedos le buscó la base del cráneo. EL rojo no protestó.

Monk había descubierto la condición lastimosa de Habeas Corpus y se desató en improperios contra Ham.

—¡Jamás debió Pat confiarle a tus cuidados! —exclamó, con acento quejumbroso.

—¡Yo diría, miserable abogadillo, que tú mismo hiciste fuego sobre él!

—¡Y yo digo que no se me ponga delante —rugió Ham,— porque si se pone, le largaré una rociada que no será, precisamente, de perdigones!

Los ojos del rojo se animaban, cobrando súbita vida. Miraba con interés a las gentes que le rodeaban.

Era como si, por vez primera, se diera cuenta de que le eran extrañas.

—¿Dónde estoy? —inquirió—. ¿Qué sucede aquí?

—Ante todo, ¿quiere decirnos quién es usted? —le indicó Doc—. Ha estado enfermo; nosotros le hemos hallado en mal estado y le

hemos traído aquí.

El nombre de bronce elegía con prudencia los términos a emplear para no excitarle demasiado.

—Ah, pues soy Eddie Quaylan. Sí, ese es mi nombre y apellido —replicó, con calma, el rojo.

Doc tornó a aplicarle los dedos en los centros nerviosos.

La hoguera encendida en la colina parecía extinguirse poco a poco. Renny volvió a ocupar su puesto junto a la puerta.

Aún había bastante luz en el exterior para alcanzar con la mirada un radio considerable de visión en torno de la casa.

—¿En qué se ocupa usted? —siguió preguntando Savage al llamado Quaylan.

—Soy químico, ahora lo recuerdo —repuso el interrogado—. Sí. Somos varios los que nos dedicamos a la química. Desde largo tiempo atrás veníamos buscando una ocupación y, al cabo, vi yo, el anuncio y se lo mostré a mis compañeros. Más tarde nos tomó él a su servicio.

—¿Él los tomó a su servicio? —repitió pensativo, Doc—. ¿Y todos eran químicos? ¿Es él, mister Perrin... o Juan Scroggins?

Pronunció con estudiada calma los dos nombres para dar a entender a Quaylan que estaba bien informado.

—Sí, todos —replicó el rojo—. El es...

A distancia se produjo un ruido similar al restallido de un látigo. Las manos de bronce de Doc habían seguido dando un suave masaje en la nuca del rojo químico.

De pronto, la cabeza de aquél sufrió una conmoción entre sus manos. Su cuerpo dio un salto y se envaró. Un negro agujero circular apareció inesperadamente sobre una de sus orejas.

Sobre la otra crujió y se hizo visible el hueso del cráneo. La sangre se deslizó por la mejilla correspondiente y tiñó de escarlata una de las manos de Savage.

El rojo acababa de contar todo lo que sabía y ya no sabría nunca nada más.

Su cuerpo se deslizó de la silla y rodó por el suelo.

—¡Por el toro sagrado! ¡Si no he visto a nadie!.... —He aquí la exclamación con que Renny acogió el suceso.

Doc no trató de tender la mano hasta la bombilla de la luz eléctrica para darle una media vuelta conforme a lo acostumbrado.

Dio un bote en el aire, tras de tomar impulso y, con el puño cerrado, hizo añicos el cristal de la bombilla, poniendo fin a la iluminación del techo.

La cocina quedó sumida en tinieblas.

—¡Fuera todos! —ordenó a sus compañeros—. Manteneos cerca de los matorrales y lejos de la luz del incendio. ¡Todavía hallaremos algo allá arriba! ¡Pat, ya quisiera verte en Manhattan!

—¡No me hables de volver ahora a la ciudad! —protestó Patricia —. Voy a acompañarte.

—Pero por poco tiempo —declaró Doc—. Tengo otra idea.

Fuera la que quisiera, la verdad es que miss Savage no acompañó a los hombres hasta la casa incendiada.

Por el contrario, siguió el curso del arroyo que nacía junto a la charca de los gansos e iba a morir en la playa, en el punto mismo donde Doc dejara su aeroplano.

Doc no la dejó marchar sola hasta verla salir, sana y salva, de la zona iluminada por la luz del incendio.

CAPÍTULO XI

DESAPARECEN LOS ASESINOS...

EL incendio de la casona iluminaba con fantástica claridad la extensión visible de las Shinnecock Hills y ponía de relieve las incontables rocosas lomas y sus árboles enanos.

El fuego había llamado la atención. Con la bomba de un cuerpo voluntario de bomberos, tratábase de utilizar una antigua cisterna semiderruída.

Mas el derrumbado brocal limitaba el caudal de agua disponible.

Unos cuantos lugareños permanecían allí, charlando, en grupos separados.

Agentes de policía estatal, recién llegados a la localidad, contenían a respetable distancia a todo aquel que trataba de acercarse a la casa.

Doc y sus compañeros ascendieron la colina.

—¡Como Habeas no salga pronto de su marasmo, miserable picapleitos —le iba diciendo Monk a Ham,— tomaré la escopeta del hombre de los gansos y te daré una dosis igual de medicina!

Ham le dirigió irónica sonrisa.

—Ese cerdo es demasiado vivo para estar asociado a un simio —fue el amargo comentario que hizo—. Por ello es posible que trate de agotarte el ingenio y la paciencia.

—¡Por el toro sagrado! —tronó Renny, de pronto:— ¡Ahí está, otra vez, Juan Scroggins! Mira, Doc, cómo baila en torno del fuego. ¿Qué? ¿Se le habrá perdido la camisa? ¡Voy por él!

—Temo que haya perdido mucho más, pero ¡no te muevas! —dijo Doc—. Démosle todavía alguna cuerda.

Estaba bien enterado de lo que le ocurría al hombre de los gansos, sin embargo, guardó silencio. No quiso hacer mención de la

fortuna substraída por él a las aves puestas a enfriar.

Al aproximarse a la casa en llamas no podía sospechar que una emoción cualquiera fuera capaz de agitar a su enemigo.

Por ello, le sorprendió ver que lloraba. Tras de errar como un loco, de aquí para allá, Scroggins se detuvo a mirar cómo ardía el viejo edificio.

Entonces resbalaron las lágrimas por sus mejillas de cordobán y se retorció las manos huesudas, mientras el ojo que se le extraviaba giraba en su órbita con desconcertante rapidez.

Doc no estaba lo suficientemente cerca de él para oír lo que decía. En realidad murmuraba entre dientes:

—¡Era todo lo que poseía! ¡Y ahora se convierte en humo!...

Doc lo comprendió así porque la luz que reflejaba el incendio, delineaba el contorno de los finos labios.

Deliberadamente se había opuesto a su persecución porque los recién hallados diamantes constituían sólo una parte de la fortuna substraída a Perrin y siendo así, albergaba la convicción de que Scroggins le llevaría al cabo al lugar donde tenía escondido el resto de las joyas.

Las palabras proferidas por él, ahora indicaban que lo perdía todo. Era muy posible que se hubiera hecho un reparto de las piedras robadas.

De ser así, Doc tendría en su poder la parte correspondiente a Scroggins.

Nada más.

Furtivamente se deslizó al lado de sus compañeros y les dijo:

—Renny se queda conmigo. Venid acá, vosotras dos. Tengo un encargo que haceros. Pronto romperá el día y deseo que marchéis enseguida. Vais a vigilar la casa de Stevens, pues deseo saber quiénes son las personas que entran en ella. Más tarde me reuniré con vosotros. Entre tanto, cuidad de tener siempre a punto la radio del coche.

Monk y Ham partieron. Simultáneamente, se aproximó a Savage un joven despabilado, brusco de modales, que le envolvió en una mirada penetrante.

Aquel individuo vestía el uniforme de los agentes de policía del estado.

Era un oficial encargado del destacamento.

—Si no le incomoda, dígame, mister Savage, lo que ha venido a hacer aquí —preguntó—. Al parecer ese incendio no es la única catástrofe que hay que lamentar. Tenemos, también, a un hombre degollado en la colina, y ahí abajo, en una casa, a un individuo rojo le han saltado la tapa de los sesos. El ama de llaves es mujer muy callada por lo visto, dice que ignora lo sucedido.

EL sargento se expresaba en tono hostil. Y dirigió a Doc una mirada preñada de sospechas.

—Sé lo mismo que usted, sobre poco más o menos —manifestó, con calma, el hombre de bronce—. La región se halla poco poblada y por ello choca más comprobar que recientemente se haya visto honrada por singulares visitantes. También han desaparecido dos de mis hombres.

—¡Ah, sí! —exclamó vivamente el policía—. ¿Y quién ha matado a los otros dos?

—Cuando lo descubramos se aclarará un profundo misterio —replicó Savage—.

¿Conoce de oídas a Jaime Stevens, hijo del naviero multimillonario? Pues hará una hora o cosa así, que se han apoderado de él varios hombres vestidos con el uniforme de la policía.

—¿Qué dice usted? ¡Ninguno de mis agentes ha andado por aquí antes de estallar el incendio!

—Me lo figuraba. Por ello nos interesa llegar al fondo de todo esto. Me hallará dispuesto a informarle de lo que desea saber tan pronto como crea que pueda hacer uso de ello.

—Muy bien, mister Savage. Lleguemos, pues, a ese fondo. Ya hemos interrogado al amo de la casa incendiada, pero está excitado en demasía y no nos ha dicho gran cosa.

—¿Y ese propietario es...? —inquirió Doc.

—El mismo que posee la granja esa de los gansos al pie de la loma —replicó el sargento.

—Quédate aquí, Renny —ordenó al ingeniero, el hombre de bronce,— y no pierdas de vista a Juan Scroggins. Si echara a andar colina abajo, síguele.

El sargento lanzó una ahogada exclamación.

Sólo un instante antes estaba Doc allí; ahora ya no estaba. Había desaparecido en los matorrales vecinos.

A escape bajó la eminencia y bordeó la fangosa orilla de la charca. Se dirigía hacia la granja y, al llegar a la mitad del camino, se detuvo súbitamente.

Numerosos gansos muertos llegaban, flotando, a la ribera. Doc se apoderó de uno de ellos. Estaba abierto en canal. Una operación parecida habíase efectuado casi con cincuenta gansos más.

Del hecho, dedujo Doc que otras personas conocedoras de la fortuna en diamantes robados que obraba en poder del dueño de las aves, habían matado a aquéllas con la esperanza de descubrir alguna de las piedras.

Aparentemente, Juan Scroggins permanecía aun junto a la casa incendiada.

No cabía dudas de que ya había descubierto la desaparición de las piedras.

Ahora su casa de la colina era destruida. No cabía darse peor suerte.

Doc se abalanzó a la puerta de la granja. El interior estaba en desorden.

Habíanse roto y abierto los ponedores en que las aves incubaban sus huevos y sus restos aparecían, diseminados, por el suelo.

También se habían arrancado las planchas sueltas que componían el entarimado.

Por lo visto, Perrin no emprendió sólo la búsqueda de las piedras desaparecidas.

Doc extrajo un par de ellas de uno de sus bolsillos secretos y las examinó a la luz de su lámpara de bolsillo. Casi instantáneamente, llenó los ámbitos de la estancia el trino que le era peculiar.

Rápidamente inspeccionó las demás piedras sacadas de los gansos puestos a enfriar en la casita del arroyo.

Su semblante, tan franco de ordinario, convirtióse en máscara impenetrable bajo el influjo de un pensamiento secreto.

Era que acababa de hacer un descubrimiento extraordinario. Pero no dijo nada y volvió a guardarse las piedras en el bolsillo.

Casi al propio tiempo oyó un chapoteo particular en la orilla opuesta del estanque. Entonces se deslizó como una sombra fuera de la casa y se ocultó en las tinieblas.

Sobre las lomas situadas al oriente de las Shinnecock Hills, los rosados dedos de la aurora descorrían áureos velos.

Doc oyó un expresivo juramento y se sonrió levemente.

—¡Por el toro sagrado! —musitó una voz, la de Renny—. ¿Cómo me habré metido en ese lodazal? ¡Estoy calado hasta los huesos! ¡Eh, Doc! Aquí te traigo a un mensajero. Le vengo acompañando desde la carretera.

El chico procedía de la Casa de Telégrafos de Patchogue, una villa situada más arriba, en la misma histórica costa de Long Island.

Le traía a Doc un mensaje firmado por un tal Randolfo Breckens.

No hay que extrañar que dicho señor supiera el punto en que se encontraba Doc, a la sazón, porque antes de abandonar su despacho de Manhattan, el hombre de bronce había hablado un momento ante su aparato telefónico —dictáfono y la placa impresionada informaba, automáticamente, al visitante o persona que llamaba por teléfono de dónde podría encontrar al dueño de la casa.

Doc conocía de oídas a Randolfo Breckens, gran importador y corredor de piedras preciosas de la ciudad de Nueva York.

Por lo visto, Breckens no desconocía la existencia del peligro misterioso.

Es más: le había conocido aún antes de que saliera a la luz pública el caso del sonriente Tony Talliano o, por lo menos, así lo indicaba el mensaje.

Decía así, sobre poco más o menos:

"Acabo de llamar a su casa. Punto. Debo verle al momento. Punto. Un gran desastre amenaza a muchas personas. Punto. Un solo hombre, tal vez una organización entera, son los responsables de la locura nuevamente surgida. Punto. La amenaza se cierne incluso sobre sus mismos camaradas."

Doc no creía que fuera una locura la particular enfermedad mental que estaba atacando a tantos compatriotas. Pero sí acababa de hacer un descubrimiento descorazonador.

Al devolver la salud normal a Monk y Ham, había descubierto en ambos, una perturbación tal de los centros nerviosos, que, de sufrir un segundo ataque del mal, quedaría, sin ninguna clase de duda, su tratamiento sin efecto.

De todas maneras, aquel mensaje de Breckens, llegaba en un momento tan crítico que Doc le concedió más importancia que a cualquier otro eslabón de la cadena de acontecimientos desarrollados inmediatamente después del examen hecho por él, de

los diamantes robados.

Y si era cierto lo que él sospechaba, se imponía la necesidad ineludible de llegar, cuanto antes, hasta Breckens.

A aquellas horas ya habían Monk y Ham emprendido el camino de la casa de Stevens. Así, Doc dijo al mensajero, que no había respuesta.

Pensaba tomar el monoplano y en él llegaría a Manhattan mucho más deprisa que cualquier telegrama que enviara a Breckens desde las colinas.

—Tú ven conmigo, Renny —dijo al ingeniero—. Probablemente necesitaré de tu ayuda para reunir, en la ciudad, algunos cabos sueltos de la intriga.

En lugar de volver a ascender la colina en dirección a la casa medio consumida ya por las llamas, echó a andar a campo traviesa, por entre matorrales.

Un gruñido patético llegó a sus oídos al llegar a la mitad de aquella selvatiquez.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó Renny—. Es la primera vez que sucede que Monk se olvide así de su favorito. ¿Se le habrá escapado? De ser así, Monk volverá por él.

—En obediencia a mis órdenes —repuso Doc con una sonrisa,— Monk ha escondido al cerdo. Mas como todavía puede sernos útil, te confiero el honor de que cargues con él.

Es preciso decir que Renny no hizo aprecio de honor tal. Asió a Habeas por una oreja y le obligó a avanzar.

La luz del día iba en aumento. Una luz gris señalaba el comienzo de la mañana. Los dos hombres hallaron el monoplano de Doc en aquel punto de la playa donde había aterrizado.

Doc puso una mano en el hombro de Renny.

—Antes de acercarnos al aparato —le dijo,— observemos lo que va a suceder, pues me he olvidado de abrir la llave del gas defensivo y es posible que le hayan hecho algunas visitas.

Lo mismo que los coches del hombre de bronce, el aeroplano iba equipado con varios distribuidores de gas anestésico.

De haber estado abiertos, todo aquel que se hubiera aproximado durante la noche al monoplano, hubiérase visto privado del conocimiento.

Mas el olvido de Doc no había sido casual. Deliberadamente

había dejado cerradas las espitas del aparato.

Sabía que el aparato iba a tener una visita porque él mismo se la había enviado. Con el codo le dio ahora a Renny un suave empujón.

Un hombre se acercaba, a la sazón, corriendo por la playa. Y este desconocido se mantenía muy cerca de la linde del bosque.

Antes de llegar junto al monoplano, miró en torno. Luego se abalanzó de una carrera a la puerta del aparato de ala baja.

Una de sus manos empuñaba una pistola; en la otra llevaba una gran llave inglesa o destornillador.

—¡Apoderémonos de ese individuo, Doc! —le aconsejó Renny a su camarada con voz velada de emoción—. Me parece que intenta romper algo.

—Aguarda y ten fuerte a este animal —replicó Doc.

Renny apretó la oreja de Habeas con disgusto. Comprendía que se iba a perder algo.

Ya el hombre de la pistola estaba encaramándose a un ala del aparato, cerca de la puerta y su mano se tendía en dirección del pestillo.

Una ametralladora tableteó, de súbito, desde los matorrales que tenía Renny a la izquierda. Las explosiones se sucedían sin cesar.

Una lluvia de balas cayó sobre la puerta del aeroplano. Más que balas, le parecieron a Renny un cuchillo afilado que en un principio le amputó un brazo al desconocido.

Luego destrozaron su cuerpo en pedazos.

Doc había corrido a refugiarse bajo un ala del aparato. Desde allí oía el sonido metálico de los impactos.

Luego, sonaron unos ¡clics! más... y todo quedó en silencio.

Renny había sacado el super —firer. A cada disparo del arma temblaba su brazo. Millones de abejas zumbaban, al parecer, a través de los matorrales.

Estaba seguro de haber apuntado directamente a la ametralladora. Mientras tiraba, veía una ondulante llama azul. Sus tiros de gracia cubrieron el matorral entero al pasear sobre él la boca del super —firer. Pero aun así, la ametralladora no cesó de disparar hasta haber agotado su munición de balas.

Doc había desaparecido detrás del aeroplano. Ahora dijo en voz baja desde el punto que ocupaba, a la sazón, cerca de la ametralladora.

—¡Ven aquí, Renny! Aquí no hay nadie, ¿ves? Se trata de una trampa preparada muy hábilmente, pero creo que se ha quitado de en medio a una persona que no era la destinada a una destrucción.

—¿Quieres decir, Doc, que esto te estaba destinado? —dijo Renny—. ¡Diantre! ¡Pues te has librado de una buena! ¡Veo que el enemigo se ha valido de uno de esos "ojos" eléctricos!... Oye: ¿y dónde está Pat? ¿No la habías ordenado que te aguardara aquí?

Por su acento se comprendía que Renny estaba alarmado.

—Sí, pero ya hace tiempo de eso —replicó su jefe—. Tenemos mucha suerte. Creo que antes de llegar ella aquí, no había descubierto el enemigo la situación del aparato. El aparato de los rayos fotoeléctricos ha debido colocarse durante su ausencia. Observa cómo se halla apuntada la boca de la ametralladora en dirección de la entrada del aparato. AL pasar cl cuerpo del desconocido a través de la luz invisible, interceptó sus rayos y ello puso en marcha el mecanismo que mueve la ametralladora.

—Se comprende que quien la haya colocado ahí no habrá querido estar aquí a tu regreso, Doc —observó el ingeniero—. ¡De una buena te has librado!

—En efecto. Pero vamos a ver si logramos descubrir quién es el desgraciado víctima de la ametralladora —replicó el hombre de bronce.

El hombre mutilado no llevaba nada en los bolsillos que revelara su identidad. Con todo, la llave inglesa indicaba que había tratado de estropear el monoplano de Doc.

—Se trata de un ser inteligentísimo —fue la rápida deducción que hizo Doc—. De un químico también. Repara en sus manos.

Aquellas manos eran finas, de largos dedos. Estos dedos y sobre todo sus uñas, ostentaban manchas indelebles, señal de que habían manipulado con substancias químicas. Las manchas eran de varios colores.

—Pero, ¿dónde estará Pat? —interrogó el curioso Renny—. ¿Has dicho que ha estado aquí?

—Confío en haberla llevado a un lugar donde estará a cubierto de peligro siquiera por espacio de unas horas —replicó Doc sonriendo.

Los disparos de la ametralladora le habían arrancado un brazo al cuerpo del desconocido. Doc se posesionó de aquel brazo y Renny

abrió una boca de a palmo al ver que lo depositaba dentro de un receptáculo especial que llevaba el monoplano.

Seguidamente despegaron, dirigiéndose al corazón de Manhattan.

CAPÍTULO XII

FORTUNA ESQUIVA

MIENTRAS Doc Savage volaba hacia la ciudad de Nueva York, devanándose los sesos para adivinar el alcance del mensaje recibido, un individuo de cabellera gris se paseaba con impaciencia por el despacho de un rascacielos de Manhattan, dedicado a oficinas.

Era Searles Shane, secretario de Breckens, el corredor de piedras preciosas.

Una transacción extraordinaria había iniciado la serie de asombrosos acontecimientos que precedieran a la llamada hecha a Doc Savage.

Ella había tentado a Breckens, le había proporcionado una ocasión de ganar rápida y fácilmente una fortuna tras de los muchos años dedicados a la venta prudente de diamantes y de otras pocas piedras preciosas.

Poco antes de redactar el mensaje había estado despierto horas y más horas en la habitación anexa al despacho del rascacielos. La misma noche anterior no había logrado pegar un ojo.

Más ¿qué tenía de extraño? ¿Acaso no se le presentaba la ocasión de adquirir impensadamente unos millones? Ocasión llamaba él a la transacción, limpia y honrada, de que estamos hablando.

Tratábase de lo siguiente: en el Bronx, distrito famoso de Nueva York, acababa de abrir su tienda una nueva joyería que, por lo visto, sostenía un comercio activo y eficiente con los acaudalados residentes de Westchester County.

He aquí el motivo de que no pudiera conciliar el sueño. Pero ¿por qué? diréis. Porque acababa de firmar un contrato con la

joyería.

Y porque el contrato en cuestión le imponía la obligación de entregar a los dueños del establecimiento una cantidad determinada de tres mil quilates de diamantes de la mejor y más pura calidad.

Unos días antes y tras de madura reflexión, Breckens hubiera rechazado el negocio de plano.

Por una singular casualidad, sin embargo, en aquellos mismos días se le había ofrecido a un precio inverosímilmente ridículo una inusitada cantidad de diamantes en bruto.

De aquí que juzgara ilimitada la cantidad de que podía disponer.

Por ello se había apresurado a aceptar la transacción propuesta por la casa revendedora. Por ello tampoco hizo objeción a la estipulada entrega de diamantes en un plazo limitado de diez días.

¿Cómo podía hacerlo si con sólo una llamada telefónica creía poder disponer de un stock entero de piedras finas? Ahora bien: el contrato firmado comprometía a abonarle a la casa diez mil dólares diarios en caso de que la entrega de material se demorara más allá de los días señalados.

Breckens había entrado en tratos con los principales lapidarios de la ciudad además de tratar con aquellos que le ofrecieran la inverosímil cantidad de diamantes porque sabía que nunca está de más la prudencia.

Su estado de insomnio había cedido, al cabo y el primer día durmió con un sueño agradable y placentero. Este sueño varió bruscamente.

Se despertó de él con la sensación de que alguien acababa de ponerle unos dedos fríos sobre los labios...

Breckens luchó, un momento, con lo que le parecía mitad sueño, mitad realidad. Aun no estaba del todo despierto.

Luego salió bruscamente de su sopor. Un viento helado sopló sobre su cuerpo mal abrigado en el momento de sentarse en el lecho.

En su habitación no podía entrar un soplo de viento... por lo menos desde la dirección en que soplaba aquella ráfaga.

Mas el frío se filtraba por la puerta de un cuarto adyacente. Dicha puerta se iba abriendo poco a poco suavemente.

Searles Shane se había retirado poco antes. El silencioso secretario dormía ya sin duda en su habitación que se hallaba

situada en la parte de atrás del departamento.

El corredor pensó en los miles de quilates en diamantes que guardaba en la caja abierta en el muro de la estancia, cerca de él.

Recordó que entre ellos, tallados o sin tallar, se hallaban unos cuantos de raro valor. Entonces se apoderó del revólver que guardaba bajo la almohada.

Hasta entonces había estado a oscuras y ello era en sí una ventaja. La puerta seguía abriéndose sin ruido. Era como una sombra vacilante sobre la pared.

Breckens aguardó empuñando el revólver con mano firme.

—¡No te muevas o disparo! —gritó de pronto—. ¡Te veo muy bien!

Recibió una contestación. Fue una carcajada irónica, apagada. Su acento burlón le incitaba deliberadamente a disparar el automático.

Breckens no sentía el deseo especial de dar muerte a un hombre. No era sanguinario. Por otra parte, si el intruso hubiera pretendido matarle, hubiera disparado sobre él al sonido de su voz.

—¡Te he dicho que no te muevas de ahí! —ordenó—. ¡Te tengo cubierto y no puedo errar el tiro!

Sólo le replicó otra vez la carcajada en voz baja. Breckens dio al olvido sus escrúpulos en aquellos momentos.

El automático saltó en su mano y se vació la cámara de proyectiles. Todas las balas se estrellaron en el vano de la puerta o penetraron, por el hueco abierto, en el cuarto vecino. Entre tanto, Breckens habla saltado del lecho y estaba de pie en mitad de la habitación pasándose una mano por la frente.

Searles Shane no oyó aparentemente el tiroteo. O si lo oyó, no salió de su habitación. Claro es que los muros sólidos del departamento ahogaban todo rumor.

Luego, Breckens actuó de manera rara por demás, sobre todo si se tiene en cuenta que acababa de hacer fuego sobre un posible ladrón.

En lugar de llamar a su secretario o de despertar a los sirvientes, ni siquiera encendió la luz.

Colocó el automático vacío sobre la mesilla que tenía junto al lecho, dando un suspiro de alivio se metió entre las sábanas y al cabo de cinco minutos dormía otra vez profundamente.

Searles Shane replicó bien entrada la mañana, a la llamada del criado japonés. El oriental le habló excitado en su media lengua.

Shane corrió a la habitación de su principal. Lo que primero que vio fue el automático encima de la mesilla.

Luego sufrió un estremecimiento al divisar el charco de sangre que, desde la puerta interior del dormitorio se extendía hasta la vecina habitación.

El aire frío matinal entraba soplando por la abierta ventana. A Shane se le desorbitaron las pupilas de emoción.

Acababa de ver abierta la caja fuerte de la pared. De ella habían desaparecido algunas de las gemas más raras de la ciudad de Nueva York.

Otro hubiera apelado en el acto al socorro de la Policía. Pero Searles Shane era hombre metódico, juicioso.

Tal vez pensaba en el contrato ruinoso que Breckens acababa de firmar y opinaba que la pública declaración del robo y tiroteo recientes no le exculparía de la acusación de fraude.

Cuando despertó Randolfo Breckens, abrió una boca de a palmo en bostezo interminable.

Y desde aquel mismo punto y hora, hasta el envío del mensaje que llamaba a Doc con tanta urgencia, Shane permaneció sumido en un aturdimiento extraordinario.

Le sorprendía en grado sumo constatar que su principal no se había mostrado excitado por el robo ni por las señales inequívocas de haber herido a un hombre según se deducía del estado de la habitación.

Y no sólo esto sino que, de pronto, se puso a hablar de un viaje que pensaba emprender próximamente.

—Me dirigiré primero a China —dijo a Shane al insistir el secretario en que debía avisarse a la Policía—. ¡Si, China es un país maravilloso!

Shane le acompañó al despacho. Por cierto que durante aquel día iba a perder la calma de que siempre había dado muestras.

Durante la mañana apareció el representante de otra joyería. Tras de pasar una hora, sobre poco más o menos, dentro del despacho de Breckens, salió a la antecámara. En los labios le retozaba una risita de satisfacción.

También sus ojos expresaban un sentimiento similar como si la

entrevista hubiera sido provechosa para él. Al pasar junto a Shane, se detuvo para manifestarle:

—Bien. Ya está todo arreglado. Los diamantes van a sufrir un alza. Pero su principal la soportará bien puesto que, al parecer, dispone de una fuente inagotable de piedras finas. ¡No sabía yo que hubiera tantas a la venta!

Searles Shane tuvo frío y se sintió, de pronto, algo indispuesto. Con todo, tuvo el valor de dirigir una sonrisa a la visita y de asentir a sus palabras con tranquila inclinación de cabeza.

—Mister Breckens ha estado siempre en contacto con las mejores fuentes de aprovisionamiento —replicó—. ¿Habrá firmado con él un contrato?

—Sí —respondió el revendedor—. Se ha comprometido a entregarme a precio razonable, más de dos mil quilates en piedras finas, diamantes en su mayoría.

Dice que va a entregármelas en el plazo de cinco días.

No había tenido tiempo de salir, cuando entró Shane en el despacho de Breckens.

—Me dicen que ha firmado usted un nuevo contrato por valor de dos mil quilates. ¿Es eso cierto? —le interrogó.

—Sí —replicó fríamente su principal—. ¡Naturalmente! Haga el favor de buscarme unas guías de viaje que traten de la China y del oriente. Mi gusto seria viajar eternamente.

—Pero, mister Breckens —dijo Shane,¿de dónde va a sacar tanto diamante? ¡Es un número fabuloso el que le piden! Usted se ha comprometido a entregar, en total, más de cinco mil quilates.

—Bien, cinco mil quilates, ya lo sé. ¿Quiere saber de dónde voy a sacarlos? Veamos. Por ahí debe andar la dirección. Es un lapidario que se llama… se llama… ¡eso es! mister Perrin: Harris Hooper Perrin. Ya le conozco de tiempo. Pero ¿dónde habré metido sus señas? ¡Ah! Entrégueme esas guías…

Searles Shane manoseaba los remachados eslabones del reloj de pulsera.

Salió, sí, del despacho, pero no fue a buscar las pedidas guías de viaje. En vez de ello se aproximó al teléfono. Los hilos del aparato transmitieron varias respuestas a las preguntas formuladas por él.

—Yo no dispongo de tamaña cantidad de gemas…

—Ese encargo supera a lo que podríamos servir a usted.

—¿Cree tal vez que vamos a robar para darle gusto?

Así le replicaron varios lapidarios y casas proveedoras de piedras finas. En sus llamadas incluyó a Harris Perrin, pero, por lo visto, el lapidario estaba fuera de Nueva York y no pudo ponerse al aparato.

Una hora después corría de aquí para allá, llevando a cabo una investigación particular. AL cabo de otro no le cabía ya duda de que Breckens había firmado dos contratos ruinosos, disparatados.

Entonces le vinieron a la memoria ciertos detalles del robo de diamantes perpetrado en el despacho de Perrin. Sus pesquisas le encaminaron hasta el Hospital de Bellevue.

Los extraños casos del vigilante, Henry Hawkíns, y de 'T'ony, él sonriente limpiabotas, tenían todavía perplejos a los mejores psicólogos.

Shane comprendió que la misma enfermedad afligía a su principal.

Y, para complicar todavía más aquel estado de cosas, le telefoneó la casa revendedora que primeramente firmara un contrato con Breckens. Dicha casa exigía la entrega inmediata de los primeros quinientos quilates de diamantes.

Entretanto, Randolfo Breckens seguía hablando de ir a la China.

He aquí cómo por toda la serie de circunstancias, que acabamos de narrar, envió Shane un telegrama a Doc Savage y puso al pie la firma de su principal.

CAPÍTULO XIII

LA ENFERMEDAD ATACA LA INTELIGENCIA DE PAT

EN el momento de despegar de la playa para dirigirse a Nueva York, Doc le había dicho a Renny que tenía instalada a Pat en lugar seguro. Esto era cierto.

Doc la había mandado a casa de Stevens en calidad de simple camarera.

Allí debía seguir los progresos o retroceso de la enfermedad misteriosa del millonario y dar cuenta, asimismo, a su primo, de todo suceso extraordinario que se desarrollara en la finca.

AL propio tiempo miss Savage no dejaba de preguntarse con extrañeza, qué había sido de Jim Stevens, después de sacarle los falsos agentes de policía de las colinas en compañía de Johnny y de Long Tom.

Leve rumor que salía del otro lado de una puerta, en el hall del primer piso, detuvo a Pat a mitad de su camino en el momento en que iba a bajar a la planta baja. Era un ruido sordo y apagado.

Pat tuvo un momento de duda, pasado el cual, se acercó a la puerta detrás de la cual había un dormitorio y la empujó con suavidad.

Entonces vio a Jim Stevens. El joven tenía el cuerpo doblado y oscilaba sobre las piernas. Parecía estar mal herido. La sangre cubría uno de sus hombros, así como el brazo correspondiente.

Para colmo, parecía marcado de la falta singular de emociones que Pat había visto ya en otras personas, allá en la región de los gansos.

Movida de una súbita intuición que le impidió llamar en su ayuda al doctor Madren, Pat, apresuradamente, pero conforme a las normas de una enfermera, lavó y vendó la herida terrible que tenía

en un hombro el hijo de Stevens.

Luego logró arrancarle el relato de su desaparición hecho a manera entrecortada e inexpresiva que caracterizaba a todas las personas atacadas por el misterioso mal.

A Jim le habían metido en un camión y en él, le habían llevado junto con Johnny y Long Tom a un antiguo camino próximo a la costa.

Allí había hallado el medio de tumbar el camión sobre la arena de la playa y lo consiguió. Sólo que al huir le descerrajaron un tiro.

En este estado lastimoso había emprendido, paso a paso, el camino de su casa y una vez en ella, subió a su habitación por la escalera de servicio.

Pat se disponía a dirigirle más preguntas, mas en tan crítico instante sonaron tiros abajo, en el parque, y se oyó gritar a Monk secundado por Ham.

Ambos rondaban la finca en obediencia a las órdenes recibidas de Doc Savage.

Gritos, gemidos delirantes, salieron después de la biblioteca donde el doctor Madren, la enfermera y Simón Stevens estaban tranquilamente conversando.

Los estampidos de los super —firers de los hombres de Doc, percibíanse con menor intensidad cada vez, hasta que al cabo, se perdieron en la lejanía.

Sosteniendo a Jim Stevens que se apoyaba en uno de sus hombros, Pat bajó cautelosa, la escalera, en el justo instante en que Monk y Ham se colaban de rondón en la casa por la puerta del jardín.

—Un puñado de asquerosos individuos trataban de asaltar esta casa! —explicóle Monk con su vocecita chillona—. Hemos echado a algunos; otros se habían metido en el gabinete y al cabo han huido por el lado opuesto.

—Les hemos dado un susto tal que no creo se atrevan a volver —dijo el abogado—. ¿Qué les habrá impulsado a atacarnos?

Señaló el gabinete y agregó: —¡Ah! ¡Mirad!

Todas las miradas se clavaron, al punto, en la dirección indicada. En el suelo del gabinete estaban tendidos los cuerpos del doctor Madren, de la enfermera y de Stevens.

Un olor dulzón a cloroformo impregnaba la habitación. Al abrir

del todo la puerta se esparció por el hall.

El primero en volver a la vida fue el millonario. Lanzó un rugido atronador y recobró el uso de los sentidos.

Algo acababa de curarle de la enfermedad cerebral que le mantenía en el estado permanente de una estúpida indiferencia.

Luego fue el doctor Madren quien, mediante un esfuerzo, logró sentarse en la alfombra.

Gruesas gotas de sudor brillaron en su frente calva, después que aturdida, paseó la mirada de Simón a Jim Stevens.

También miss Clarke, la enfermera, se recobró pronto de los efectos producidos por el anestésico en su organismo. Miró al doctor Madren y le dijo:

—Ahora recuerdo que vi entrar a no sé quién por la ventana. ¡Luego me taparon la cara con un pañuelo!

—¡Oh, mire, mírele! —exclamó el doctor Madren indicando al millonario con un gesto—. La conmoción le ha devuelto la sensibilidad, por lo visto. ¿Verdad que se encuentra bien otra vez, mister Stevens?

—Y ¿por qué, rayos y centellas, no he de estar yo bueno? —rugió el millonario—. ¿Quién diantres se atreverá a sostener lo contrario? Entonces se dio cuenta de la presencia de Jim en el hall y exclamó afligido:

—¡Jim, hijo mío! ¿Qué tienes?

Pero la respuesta se efectuó con aquel acento perezoso e inexpresivo que asumían todas las personas atacadas por la singular epidemia. Y cuando Simón Stevens quiso interrogar a Pat, ella también replicó con monosílabos.

Poco tiempo había permanecido en el hall, mas en tan breve lapso había sucumbido a los efectos de la espantosa enfermedad.

Mientras el doctor le explicaba a Stevens cómo había permanecido algún tiempo enfermo y cuál era la condición en que, al presente, estaban Jim y Pat, Monk y Ham resolvieron salir al jardín para hablar a sus anchas de la dolorosa sorpresa que en el ánimo de los dos producía ver en aquel estado a Pat y también con objeto de discutir la causa que motivaba el asalto reciente de la casa de Stevens.

Antes habían comunicado a sus habitantes que la supuesta camarera era, en realidad, una prima de Doc Savage.

Monk asió a Ham por un brazo en determinada ocasión.

—¿Le has visto? —interrogó, al propio tiempo al abogado—. Está ahí, detrás de esas matas. Al mirarle yo se ha ocultado.

—¡Gran Dios! —murmuró Ham—. ¿Es que no tenemos bastante? ¿A quién acabas de ver entre esas matas?

—¡A Juan Scroggins, el dueño de los gansos! Está allí ahora. AL verme, ha retrocedido de un salto.

Ham corrió, veloz como el rayo, al lugar indicado. Mas al llegar a él, estoque en mano, porque ya lo había recobrado, no divisó ser humano alguno entre las plantas.

Siempre a buen paso recorrió un gran trecho, pero el hombre de los gansos hablase desvanecido como una ilusión.

Entretanto Monk se dispuso á derramar por el suelo los polvos contenidos dentro de un frasquito que llevaba a prevención. Aquel punto del jardín estaba a cubierto del sol matinal.

Se aproximó al coche y regresó de él sosteniendo entre las manos una cajita cuadrada.

Ningún rayo visible surgió de la lente colocada en uno de sus extremos. La luz ultravioleta no se muestra a simple vista, pero su "luz negra" puso de manifiesto la hierba recién hollada.

Las huellas de unos píes se destacaron de ella en forma de un curioso resplandor amarillento.

EL fenómeno se producía únicamente en los puntos en que estaba la hierba aplastada y también en aquellos otras donde, poco a poco, recobraba su normal posición.

—¡Sí, él ha sido! —declaró el químico—. Ningún habitante de la casa tiene los pies tan grandes. Apostaría cualquier cosa a que ha sido él quien ha ideado lo del asalto. ¡Voy a echarle mano!

—¡Primero habla con Doc! —profirió con viveza, Ham—. Recuerda la orden que nos ha dado. Conque no perdamos de vista la casa, no sea que ocurra en ella algo extraordinario.

—¿Te parece que ha ocurrido poco? —protestó Monk con su vocecilla infantil. ¡Vaya, picapleitos, tenemos que atrapar a ese individuo! Él es quien lleva la voz cantante en todo este asunto.

—Mira, ante todo hablaremos con Doc —insistió Ham—. ¡Acompáñame!

Monk echó a andar en pos de él gruñendo entre dientes. EL coche de Ham iba provisto de un aparato de radio.

La llave de este aparato estaba abierta de manera que se pudiera comunicar continuamente con el otro aparato receptor instalado en el cuartel general del hombre de bronce, en Nueva York.

Ham dijo:

—Ham al habla… Aquí parece haberse desatado un infierno, Doc… —aguarda unos segundos y repitió la frase. Fue en vano porque no obtuvo respuesta.

—Algo les ha ocurrido a Doc y Renny —comunicó Monk—. Doc me dijo que uno u otro estaría en el rascacielos para recibir cualquier recado que quisiéramos trasmitirles, pero veo que se han evaporado.

—En ese caso, lo mejor que podemos hacer —propuso el químico—, es seguirle los pasos al hombre de los gansos.

Así, como en aquellos momentos les era imposible ponerse al habla con su jefe, decidieron, de común acuerdo, iniciar la búsqueda del misterioso Juan Scroggins.

CAPÍTULO XIV

LOS PECES ENVENENADOS

DOS horas antes de que Pat encontrara herido en su habitación a Jim Stevens, estaba Doc Savage en la antesala de su despacho.

Allí había reflexionado profundamente sobre el asunto de los diamantes.

Una de las facetas más misteriosas de dicho asunto era, sin duda, la visita de Perrin, el famoso lapidario, a la granja del hombre de los gansos.

Pensando en ello, los pequeños remolinos se agitaban en las doradas pupilas de Doc.

Al cabo, se sonrió y se acercó al aparato telefónico.

En la biblioteca estaba Renny, el ingeniero gigante. Por ello, a pesar de no escuchar deliberadamente, oía lo que hablaba Doc por teléfono. De haberle oído otra persona cualquiera hubiera dicho que de este lado de la línea se hallaba el hombre de los patos expresándose con su acento inconfundible, en el más puro yankee.

Renny no podía saber, claro es, con quién hablaba, pero el caso es que imitaba a las mil maravillas el acento de Scroggins.

Transcurrido que hubo algún tiempo volvió a la biblioteca.

—Vas a tener una visita, Renny —le notificó,— conque, vigila. En tu lugar yo me quedaría en la antesala. Dirás a la visita que pase aquí, a la biblioteca, y ella te contestará, seguramente, que desea aguardar a que yo vuelva. Explícale que me han llamado urgentemente, pero que enseguida estaré de regreso. Si deseara, por el contrario, marcharse, déjala ir.

Renny hizo un gesto melancólico de asentimiento.

—Pero, Doc, yo pensaba que iba a suceder algo sensacional a nuestra llegada —insinuó.

Doc se sonrió un poco.

—Sucederá algo más de lo que imaginas —replicó—. Y también es posible que recibas un mensaje de Monk y Ham. Esto es lo más importante, porque tal vez acaben por saber lo que ha sido de Johnny y de Long Tom.

Entró en el laboratorio y allí se acercó al claro recipiente de cristal que encerraba a los multicolores peces tropicales. El letrero colocado encima del estanque informaba a los visitantes del laboratorio que allí se encontraban presos "Peces Venenosos".

De debajo de la ropa extrajo a continuación los diamantes sin tallar que se había guardado en la colina y les colocó en la limpia arena del fondo del estanque.

El agua agranda todos los objetos, pero aquellas piedras eran ya, de natural, suficientemente grandes. Bajo el agua aumentaron cinco veces de tamaño.

La causa de esto era debida a la especial colocación de varios espejos en el fondo del recipiente de cristal.

Lo más raro de todo era que, a pesar de ser peces venenosos los que estaban dentro de él, Doc no puso reparo en dejar que le rozaran las manos.

Al salir, dijo a Renny:

—Cuida de dar acceso al laboratorio a nuestros visitantes. No te será difícil, porque ya conoces a uno de ellos. Al otro le identificaremos sin esfuerzo, estoy seguro. Tú cuida mucho de no aproximarte al estanque.

Renny podía seguir al pie de la letra tales instrucciones. Doc le halló dispuesto a obedecer y, más tranquilo, salió furtivamente del rascacielos.

Punto de su destino era el despacho de Randolfo Breckens, el corredor de diamantes.

Una hora después de haber abandonado su cuartel general, llegaron a él los esperados visitantes. Renny debió conocerlos mejor.

Ambos entraron sonriendo en el despacho. Quizá notificaron a Renny que el mismo Doc les había llamado.

No obstante su cara de vinagre, era Renny un alma cándida. Por ello no receló que pudiera ocurrirle nada al tenderle la mano uno de los dos visitantes.

Pero aquella mano le dio un apretón particular.

Luego Renny no tuvo ya que advertir a los dos hombres que aguardaran a Doc en la biblioteca o en el mismo despacho.

No pude llevar a término tales instrucciones porque quedó tendido en el suelo, sin conocimiento. Su respiración era anhelosa y tenía el rostro singularmente contraído.

A pesar de no ir enmascarados en el momento de entrar en la casa, los dos hombres se pusieron ahora negros antifaces, que iban provistos de boquilla y tubos, así como de tanques de oxigeno.

—Toda esto me huele a trampa —dijo uno de los visitantes,— en cuyo caso, Juan Scroggins ha dicho la verdad. Doc es quien se ha apoderado de las piedras. Ahora nos conviene evitar el efecto de sus gases anestésicos. Me han dicho qué usa por lo menos una docena de gases distintos y que de la mayoría no se da uno cuenta hasta que no han hecho su efecto.

Desde este momento en adelante, los dos hombres hablaron en voz baja, tras de sus antifaces.

Únicamente respiraron el aire puro de que venían provistos. Mas, fue un gasto inútil de oxígeno porque en el laboratorio no había ninguna trampa de gas.

—Conque peces venenosos, ¿eh? —musitó uno de ellos—. Si, es muy posible que lo sean, tengamos cuidado. Pero antes quiero echar una ojeada... ¡Condenación!

Al hombre se le desorbitaron los ojos tras de la máscara. Su compañero imitó el ejemplo.

—¡Toma, toma, Juan Scroggins no ha mentido! Pero, ¿qué les ha sucedido a esas piedras? —siguió diciendo el primer visitante—. Jamás hubiera imaginado que tuvieran un tamaño tan desmedido.

—No seas tonto —murmuró el segundo visitante—. Ese es un viejo ardid. El vivo de Savage trata de embaucarnos, pero son las mismas piedras. Probablemente ha creído que ese perro viejo de ahí fuera nos quitaría de en medio y nos encerraría luego aquí dentro. Sea como quiera, ahora voy a sacar los diamantes del estanque.

Los dos hombres retrocedieron unos pasos. Uno de ellos asió un peso que había sobre una mesa del laboratorio. Se hicieron añicos unos cristales.

El hombre que había cogido el peso enloqueció de repente. Su mirada se posó sobre los instrumentos de radio instalados en el

laboratorio.

Su mano continuó manejando el peso y el delicado equipo saltó y se rompió en pedazos.

—Bueno —dijo uno de los dos visitantes en el momento de salir del departamento—. Saquemos de aquí a ese pájaro que ya no canta y seguidamente iremos en busca del aeroplano. Mañana a estas horas nadie dirá que hemos estado en Manhattan a hora tan temprana.

*****

Doc se había demorado por más tiempo de lo que él mismo había supuesto.

Sin la base de los otros casos de inteligencias insensibilizadas, la historia que acababa de oír le hubiera parecido increíble.

Pero no podía negarse la veracidad del caso, el estado mental y situación financiera de Randolfo Breckens.

El corredor de diamantes era por completo irresponsable. Era un hombre arruinado, a menos que el comercio de Manhattan milagrosamente fabricara un número fabuloso de diamantes.

Searles Shane había contado a Doc que era él quien le había enviado el telegrama; él, asimismo, lo había firmado con el nombre y apellido de su principal.

Las instrucciones que le había dado el hombre de bronce habían sido éstas: "Entérese de quiénes son las personas colocadas al frente de las dos casas revendedoras que han firmado contrato con mister Breckens y no haga nada hasta que yo le avise".

Cuando, otra vez, volvió a entrar en el despacho del rascacielos, no tuvo que pasar al laboratorio para saber que había tenido éxito, por lo menos, en parte, la trampa dispuesta.

Pero por ninguna parte halló rastro de Juan Renwick, llamado Renny. Este había desaparecido sin dejar huellas.

Contempló el desastre sufrido en el laboratorio sin un solo gesto que revelara si había o no esperado otra cosa.

La destrucción de los aparatos de radio le disgustó, no obstante, sobremanera.

El receptor del altavoz estaba dispuesto de modo que podía registrar sobre una placa cualquier mensaje que se le transmitiera.

Si recientemente habíase producido una llamada de Ham o de Monk, ¿cómo podría ahora comprobarlo?

EL hombre de bronce púsose a trabajar con increíble actividad y al cabo de unos minutos había armado un nuevo receptor de radio.

Seguidamente, hizo un esfuerzo para entrar en contacto con el coche de Ham. Mas en vano. No obtuvo respuesta. Por entonces, Monk y Ham se ocupaban en ventilar otra negocio.

Doc iniciaba, pues, en aquella ocasión, la investigación científica más profunda de su carrera.

Y mientras lo hacía, se daba cuenta de que del éxito de sus experimentos dependía la muerte o la vida de sus camaradas, porque estaba seguro de que unidos estrechamente a los diamantes estaban los ataques de insania sufridos ya por tanta gente.

Sus preciados peces tropicales habían saltado al suelo del laboratorio.

Algunos de ellos estaban dando las últimas boqueadas. Cristalinos fragmentos dispersos alfombraban el laboratorio.

En cuestión de unos segundos fueron los peces muertos colocados aparte en otro recipiente, dentro del cual vertió Doc un líquido incoloro.

Entonces se operó una transformación digna de la magia negra. AL contacto del líquido movieron sus colas multicolor los peces inanimados.

Y poco después nadaban vigorosamente dentro del recipiente como si nunca hubieran muerto.

Los diamantes en bruto habían desaparecido del fondo del estanque, pero su pérdida no pareció afectar gran cosa al hombre de bronce. Había esperado que Renny intervendría antes de que los visitantes hubieran llegado tan lejos.

El fracaso del gigante ingeniero indicaba, pues, un súbito ataque en que había sido vencido.

Mientras discurría de esta suerte, levantó el castillo colocado en el fondo del estanque roto y de su interior sacó una caja negra impermeable.

La placa fotográfica sacada de dicha caja fue colocada en el baño revelador y poco a poco vio Doc el resultado. En un principio temió un fracaso.

Porque los antifaces con que los visitantes se cubrían el semblante aparecían en la fotografía semejantes a unas fajas sombreadas.

Por suerte, en ellas se abrían cuatro grandes ojales. Y estos ojales eran, en realidad, ojos humanos que se asomaban a las ventanas abiertas en las máscaras antigás. La cámara fotográfica los aumentaba mucho de tamaño.

El conocido trino de Doc llenó, de súbito, los ámbitos del laboratorio. O se hallaba a punto de descubrir algo extraordinario, o comprobaba alguna de sus teorías.

Sólo habían transcurrido unos minutos desde que entrara en el laboratorio.

Ahora, hizo una cosa chocante. Sacó un objeto del interior de un recipiente lleno de substancias químicas incoloras.

Se disponía a emprender un trabajo difícil. Porque lo que acababa de sacar del recipiente era nada menos que la mano del hombre hecho pedazos en la playa por la ametralladora mientras trataba de destrozar el monoplano de Doc.

Seguidamente tomó varias muestras químicas de las que había dentro del recipiente y derramó varias gotas de cada una en una docena de retomas distintas.

Los reactives químicos de estas retortas eran conocidos de poquísimos químicos en el mundo.

La química se contaba entre los conocimientos numerosos del hombre de bronce.

Siempre que lo deseaba, podía echar mano de una o dos fórmulas jamás empleadas por los laboratorios más adelantados.

Con todo, ahora se mostró poco satisfecho.

Porque en las manchas que ostentaba la mano del muerto se escondía una propiedad química que no respondía a ninguna de las numerosas pruebas que estaba haciendo.

Era un desconcertante elemento, un elemento, sin duda, desconocido.

Bajo un banco estaba Habeas Corpus, el cerdo de Monk. El animal había regresado a Manhattan en compañía de Doc y de Renny.

Sus ojos, de ordinario tan brillantes y maliciosos, estaban apagados y fríos y no opuso resistencia al asirle Doc por una oreja. En tan crítico momento le comenzó a Doc el ataque. Se inclinó sin previo aviso.

Se insinuó en su interior partiendo de los mismos centros

nerviosos. Y al darse cuenta de que llegaba le fue a Doc más difícil el comprobar cómo se llenaba la habitación de un gas venenoso e inodoro.

Los efectos letales del carbón monóxido no le hubieran causado peor efecto.

¡Qué catástrofe! Justamente en aquel instante concebía nuevos medios de combatir la epidemia que insensibilizaba a los hombres.

Solamente por estos medios esperaba, descubrir y rescatar a Johnny, Long Ham y Renny, porque estaba seguro de que los tres estaban sometidos al influjo de un enemigo desconocido.

E igualmente se sentía convencido de que los tres estaban vivos.

Bruscamente se dio cuenta de que se estaba moviendo maquinalmente; de que había comenzado a llenar los tubos de ensayo.

Sus manos realizaban la tarea de una manera automática. Pero de súbito experimentó la curiosa sensación de que estaba perdiendo el tiempo.

¿Para qué hacer todo aquello?

La magnífica testa dorada vaciló sobre sus hombros. Se apretaron los tendones salientes de su cuello. Entonces tomó asiento y sus manos abandonaron los tubos.

Por espacio, tal vez, de dos minutos permaneció inmóvil, con la mirada fija en los reactives de que estaban llenos los tubos de ensayo.

¿Qué había estado haciendo? ¿Por qué lo hacía? A, sí; debía trabajar activamente para salvar a sus tres hombres. De esto se trataba.

Más ¿para qué salvarlos?

¡Que se cuidasen por sí mismos! Sin embargo, él había comenzado a hacer algo. Habeas Corpus, el cerdo, gruñía como si estuviera enfermo.

¿Para, qué le habría cogido?

Pasaba, el tiempo y seguía allí, sentado, contemplando los tubos de ensayo.

No obstante sus conocimientos maravillosos en todos los órdenes del saber humano se sentía vencido como sus camaradas sin esfuerzo aparente.

Ahora comenzaba a ofrecer síntomas de un ataque de emociones

la máquina intrincada que era el cerebro admirable del aventurero.

Nadie asistía a su lucha. Nadie más le acompañaba. Estaba solo y el veneno avanzaba, insidioso, por los nervios mejor equilibrados del mundo entero.

Las doradas pupilas se dormían; sus usuales remolinos se calmaban poco a poco.

Profundo silencio reinaba en el laboratorio. Doc no sabía lo que era sentirse deprimido. Era muy afortunado. Ahora, se le congelaban los sentidos. Tendió las grandes manos en dirección de la línea interminable de retomas... y, de pronto, se paralizó el movimiento.

Los puños vigorosos, el antebrazo semejante a un rollo de cuerdas de piano; que envolvía la dorada piel, quedaron singularmente inertes.

Luego, quizá de manera inconsciente, Doc comenzó sus ejercicios de cada día.

Un juego de músculos fue enderezado y empujó a otro juego. El cerebro prodigioso reanudó los cálculos comenzados el día anterior; aquel ejercicio de matemática mental requirió un extremo análisis deductivo.

Con sus propias manos, Doc palpóse la nuca, la base del cráneo ornado de rubios cabellos y hundió los voluminosos pulgares en la carne blanda.

Luego bajó y subió la cabeza acompasadamente. A cualquier observador le hubiera parecido, en aquellos momentos, que trataba de extraer su propia espina dorsal.

Los músculos de Doc se pusieron tirantes desde la punta de los pies a la cabeza. Donde otros hombres hubieran cedido al poder de la avasalladora falta de emociones, el gigante de bronce la combatía a su manera original.

Una y otra vez se dio cuenta de que comenzaba a despertarse en él el recuerdo e interés que le inspiraban sus camaradas y una y otra vez volvió a perderlos.

CAPÍTULO XV

EL ESTANQUE QUE DESAPARECE

LA solitaria batalla entablada por él contra la paralización de su cerebro se hubiera intensificado de haber podido representarse mentalmente el riesgo que corrían dos de sus compañeros.

Por espacio de más de una hora siguió convertido en un ser espeluznante, luchando en silenció contra la fuerza invisible.

Pero sus dedos no se separaron ni un instante de detrás de su cuello. El continuo masaje le rasgó y arrugó la piel de tal forma, que la sangre fluyó, al cabo, por entre sus dedos.

De veras se hubiese alarmado de haber visto a Monk, el químico simiesco y a Ham, el abogado barbilindo, desobedecer las instrucciones que de él habían recibido y en lugar de guardar la mansión suntuosa de Stevens, encaminarse, sin pérdida de tiempo, a la granja de Juan Scroggins.

En la charca pantanosa graznaban y revoloteaban, entonces, cientos de patos. Ham y Monk se ocultaron en la colina, muy cerca de las ruinas humeantes de la casa devorada por las llamas.

Vista desde allí, la charca ofrecía a su vista una sucia extensión de dos acres.

Los blancos gansos graznaban y se alimentaban en su margen pantanosa.

—Yo no me iré de aquí hasta que aparezca el hombre de los gansos —declaró Monk, obstinado—. Tú corres, ora de una parte, ora de otra y por ello no consigues nada.

—Es verdad, mas tampoco ando asustando a la gente con una cara tan fea como la tuya —dijo Ham con su acento cáustico—. ¿Qué es lo que piensas hacer cuando se muestre el enemigo?

—Pues hacerle pedazos para ver de qué está compuesto. Mucho

se alegrará de soltar lo que sepa antes de que le dé su merecido —exclamó Monk.

—Muy bien. A ver cómo te luces. Justamente acabo de ver su semblante en la ventana de la granja.

—¡Ven! —dijo Monk entre dientes—. Veremos lo que nos responde.

La pareja descendió por la loma manteniéndose a cubierto tras de los diseminados matorrales.

A mitad del camino apretaron el paso porque, de súbito, había emergido Juan Scroggins de la granja.

En la mano llevaba un objeto viejo y estropeado que parecía una maleta o por lo menos, lo había sido. Esta maleta iba llena de tal suerte que hacia panza.

—¡Qué calamidad! —exclamó Monk—. ¡El truhán se nos escapa!

En efecto: con su andar descoyuntado, Scroggins marchaba hacia un coche anticuado, cuyo radiador humeaba todavía. Era evidente que había corrido muy deprisa.

Monk levantó su super —firer y gritó al propio tiempo:

—¡Eh, tú! ¡Estate ahí quieto o te enviaré un recuerdo!

La anchura del estanque les separaba de la persona de Scroggins. Rápido como el pensamiento dio media vuelta.

Su cabeza pequeña oscilaba de manera ridícula sobre el largo pescuezo.

Nada había dicho a la intimación de Monk. Arrojó la maleta dentro del coche y a largos y vacilantes pasos se dirigió a la entrada de la granja.

Al reaparecer, Ham y Monk se encontraban en la orilla del estanque.

Scroggins traía consigo la famosa escopeta de dos cañones.

—¡Salid de ahí, asesinos de aves! —gritó con acento nasal.

Monk no vaciló. El super —firer saltó en su mano. Su cuerpo de simio se lanzó al agua del estanque.

Juan Scroggins tornó a meterse, ágilmente, en su casa; los dos cañones de la escopeta surgieron, luego, por una ventana, y el arma tronó, arrojando sobre ellos su doble carga de balas.

Ham exhaló un gemido y se lanzó en pos de Monk a la charca. El hombre de los gansos volvió a cargar la escopeta.

Entre tanto, Monk vació el super —firer. Las balas de gracia

agujerearon la puerta de la granja, la dejaron como una criba, pero no ocasionaron más daños.

En las entrañas de la tierra sonó, de pronto, una ahogada explosión.

Ham gritó: —¡Alerta, Monk! ¡La charca está minada!

Si no lo estaba, lo pareció cuando un chorro de agua sucia se elevó de su fondo hasta la luz del día. Este chorro cayó sobre la superficie del agua con blando chapoteo. Monk le despreció.

Obstinadamente, siguió vadeando el estanque. Ham le seguía muy de cerca.

Después sucedió algo extraordinario. ¡Estaba desapareciendo el estanque!

El caudal de agua fangosa disminuía a ojos vistas y en su centro apareció un fangoso remolino. Sorprendidos por él, Monk y Ham perdieron pie.

Una avalancha de agua tumultuosa les derribó en el momento en que Scroggins salía de la casa y les dirigía miradas fulminantes.

Se mantuvo inmóvil a la orilla del estanque, cuyas aguas retrocedían sin cesar, pues eran impulsadas hacia un gran agujero.

Ham se asió instintivamente al peludo cuello de su camarada. No le sirvió de nada. Cayó con él dentro del agujero:

—¡Tú tienes la culpa de todo esto! —exclamó Monk en el momento de caer.

Ham no pudo replicar a tan injusta acusación. Tenía la boca llena de agua.

Un pato blanco le azotó, graznando, la cara con un ala. Luego los dos camaradas cayeron sobre una dura superficie.

La profundidad del agua atenuó la conmoción de la caída.

El estanque se desecaba rápidamente arriba, en la colina. Monk y Ham tuvieron aún la presencia de ánimo necesaria para pararse al tocar con los pies tierra firme.

Ahora el agua se tornaba menos profunda porque se extendía bajo tierra.

Ham logró sacar su lámpara de bolsillo. Su luz reveló las paredes de un túnel que conducía hasta debajo de la colina.

En torno de ellos se debatía chillando la bandada entera de gansos que, asustados, les azotaban con sus alas.

—¡Mira, Monk! —dijo al químico, arrojando fango por la boca

—. Se trata de un pasadizo subterráneo y, al parecer, sigue la dirección de la casa quemada. ¡No podíamos dar con mejor salida!

La voz de Scroggins dijo detrás de ellos con su acento peculiar:

—¡Malditos sean sus huesos!… ¡Eh, salid de ese túnel! No creáis haber descubierto lo que…

Aquí se interrumpió. Por ello sus oyentes se quedaron sin saber qué era lo que habían estado a punto de averiguar.

Monk tenía otra carga de balas disponibles en la cámara del super —firer y lo disparó en la dirección en que sonara la voz de Scroggins.

—Juraría que este túnel se abre en el interior de la granja —manifestóle Ham—. Porque no ha entrado en él por el mismo sitio que nosotros.

Su deducción no era errónea. Juan Scroggins había entrado en el túnel por la casa y ni Ham ni Monk volvieron a oírle la voz.

—Asimismo debe llegar más arriba, hasta la casa incendiada y lo mismo saldremos por allí que por otro sitio cualquiera —había dicho el abogado.

La luz de la lámpara les descubrió las lisas paredes del túnel. Algún pasadizo abierto en él se había encargado de absorber el agua del estanque, pues ya sólo unas pulgadas mojaban la suela de los zapatos de los dos camaradas.

—AL parecer hace tiempo que se hizo este agujero —observó Monk en cierta ocasión.

—Probablemente al tiempo de construir la casa incendiada —decidió Ham—. Y mucho me engañaría si no cuentan uno y otra más de cien años.

—¿No llegaste junto a la casa antes de reñir con el hombre de los gansos? —inquirió el químico.

—Posible es que sí, posible es que no —replicó Ham—. Ahora me parece recordar algo…

Si algo recordaba, en efecto, pronto lo dio al olvido. Una docena de hombres silenciosos saltaron sobre ellos desde un recodo del túnel.

La luz de la lámpara iluminó sus rostros, brevemente, antes de apagarse.

Aquellos hombres no iban armados. Avanzaban hacia ellos lentamente.

—¡Qué calamidad! —chilló Monk—. ¡Atrás, Ham! Esos hombres no son estranguladores, mas, desde luego, no parecen seres humanos.

Tal fue la primera impresión que hizo a Monk la cuadrilla singular de autómatas que Ham había entrevisto en la casa incendiada sin que la recordase más que muy vagamente.

Aquellos seres extraños se acercaban a ellos con fría precisión.

Ham había blandido el estoque. Pero era difícil servirse de él en la oscuridad del túnel. Así y todo, sintió hundirse la punta en la carne de un hombre.

La víctima no exhaló un solo grito. Cayó al suelo tan rápidamente, que Ham tropezó y cayó sobre su cuerpo dormido.

Monk desperdició unos segundos en asegurarse de que Ham no estaba en la línea del super —firer. Por ello, no pudo descargar el arma.

De la oscuridad salieron manos innumerables que le asieron el cuerpo.

Monk alargó los brazos.

Como resultado tuvo la satisfacción de oír el golpe de dos cabezas que chocaban.

Probablemente fue esto lo último que recordó después. Ignoraba que se hubiera vencido a Ham. El propio Ham tampoco lo sabía.

*****

Entretanto, en la suntuosa mansión que habían abandonado, miss Clarke, la enfermera del doctor Madren, estaba muy atareada. Ahora que Jim y Pat sufrían de la misma inercia emotiva, miss Clarke les demostraba su simpatía.

Al propio tiempo, mostraba sus dotes inapreciables al seguir las instrucciones del doctor de la localidad, a quien se había llamado con objeto de que curara la herida de bala del joven Stevens.

—No le importe fijar un precio elevado. Saque a mi hijo de ese estado especial de locura y le daré lo que me pida —había rogado Simón al doctor Madren—. ¡Mi hijo vale para mí una fortuna!

—No tema, que no discutiremos por el precio —había respondido el médico—. Pero este caso es de los más extraordinarios. Por ello, me daré por bien recompensado si logro hallar el medio de devolverle la salud.

Luego, miss Clarke había salido a respirar un poco de aire puro

al jardín de la finca y terrenos anexos.

Su alta figura, su rostro vulgar de ojos escudriñadores y penetrantes, ostentaban todavía los efectos del cloroformo ingerido.

Y en su mente se agitaba algo más de índole perturbadora.

Paseando con aparente indiferencia, miss Clarke se dirigió, a paso lento, hacia la parte baja del parque.

Aquí, hileras de ornamentales arbustos formaban escondidas sendas que se extendían en la parte de atrás de la finca de veraneo.

Miss Clarke pasó por detrás de uno de aquellos paseos. Este estaba justamente a unos cien metros de la casa. De pronto, su voz se elevó en queja plañidera:

—¡No! ¡No! ¡No haré eso! ¡Es más de lo que puedo hacer!

Después sonaron autoritarias voces varoniles y miss Clarke volvió a gritar:

—Se lo diré al doctor Madren… hemos llegado demasiado lejos… ¡No! ¡No haga eso, por favor!

La espesura ahogó la proferida sarta de juramentos.

Pero la súplica singular de miss Clarke constituyó la última frase que pronunciaba en este mundo. Las personas que acudieron en su socorro desde la casa retrocedieron, al verla, poco más tarde, lanzando un grito de horror.

Una espantosa herida, que partía de una de las orejas e iba a morir en la otra, daba a su rostro un aspecto imponente. En menos de dos minutos quedó su cuerpo exhausto de sangre. Le habían rebanado el cuello de parte a parte.

El doctor había corrido desde la casa. Los rayos del sol hirieron su calva frente, lisa y deslumbradora. Abriendo la boca exclamó, horrorizado:

—¡Oh, es terrible, terrible! —y se estremeció de pies a cabeza—. Estos malditos sucesos constituyen una amenaza para Simón Stevens. Miss Clarke era mi mejor enfermera.

Stevens contemplaba el cuerpo de la enfermera y su rostro había perdido los sanos colores que le caracterizaban.

Casi toda la servidumbre había dejado la casa. Entre tanto, en una de las carreteras secundarias, arrancaba un coche, potente, de camino.

—Doctor Madren —dijo Simón Stevens—. ¡Saquemos de aquí a mi hijo cuando antes! Presiento que el ataque se dirige contra mí,

aunque ignoro la causa.

—Debe tener enemigos sin saberlo —le sugirió el psiquiatra.

—Hasta ahora no me había dado cuenta de ello —replicó Stevens. En el interior de la finca, abandonada a la sazón, sonó el chillido de una mujer. Una doncella descendió la escalera del jardín y cayó desmayada a su pie.

Stevens corrió pesadamente a levantarla del suelo. Luego la entró en la casa.

Pocos segundos después, la voz del millonario exhaló un grito de alarma.

—Han desaparecido... Ha desaparecido... mi hijo... y Pat Savage —decía.

Se reanimó a la doncella desmayada, que pudo contar solamente poca cosa.

Había visto al joven Stevens y Pat Savage en el momento en que unos desconocidos los sacaban de la casa.

Los hombres habían entrado y salido de ella por el lado opuesto a aquel en que se había asesinado de manera tan despiadada a la enfermera.

¿Quiénes eran aquellos hombres? Los habitantes de la finca lo ignoraban.

Pero pertenecían a la cuadrilla de individuos que habían vencido a Monk y a Ham en el túnel.

Unas horas después, Pat Savage y Jim Stevens iban encerrados en un mismo vehículo con el químico y el abogado.

Ham y Monk iban fuertemente ligados y llevaban una venda en los ojos.

Así y todo se daban cuenta de que un camión les llevaba, dando tumbos, por un camino lleno de baches. La noche había llegado. Monk y Ham no recordaban dónde pasaron el día.

Sus cerebros estaban sumidos en un estado de idiota impasibilidad. Sus enemigos charlaban, junto a ellos, sin que les hiciera impresión lo que decían.

Más tarde, una voz de mujer se sobrepuso al ruido del coche. Ham identificó al punto aquella voz.

—Pat viene con nosotros —anunció a Monk, como si el hecho no tuviera en si nada de anormal—. Pero no veo por qué nos tienen así atados.

Monk dijo en tono plañidero:

—Pat: ¿quieres pedir a estos señores que me den algo de comer? Tengo mucho apetito. Pero no quiero carne de ganso, ¿eh? ¡Ya estoy harto, muy harto de ella!

—Hola Ham, hola Monk.

La voz de Pat no demostraba excitación alguna. Luego volvió a decir:

—¿Con qué objeto me sacáis de paseo? El hombro de Jim vuelve a sangrar.

¿Quién sería Jim? Ni Monk ni Ham recordaban el nombre en aquellos momentos. Tampoco se molestaron en averiguarlo. Monk siguió quejándose de hambre.

Cuando se detuvo el camión se ordenó a Monk, Ham, Pat y Jim Stevens que echaran pie a tierra en un malecón semi —derruido del muelle. Sólo hubo que ayudar a apearse a Jim; sus compañeros obedecieron la orden de buena gana.

A los cuatro se mantuvo encerrados por espacio de media hora, o cosa así, en la estrecha bodega de un lanchón abierto a los cuatro vientos.

Las olas les azotaban el rostro sin que, al parecer, produjera sobre sus nervios efecto alguno el remojón. De esta suerte cruzó el lanchón el canal, tras de lo cual navegó por aguas más tranquilas.

—¡Uf! Veo muchos buques encallados —exclamó Pat como si fuera cosa de risa—. Esto debe ser lo que llaman un cementerio en el mar.

Pat no llevaba los ojos vendados. Por lo visto, no se daba gran importancia a que viera o recordara después lo que acontecía ahora en torno suyo.

De todos modos, la encantadora prima de Doc Savage había descrito bien el lugar a que la habían llevado con sus camaradas.

Porque los cascos mohosos de muchas embarcaciones asomaban bajo las aguas poco profundas de un cabo.

Aquellos antiguos navíos eran los restos de la antiquísima industria ballenera, floreciente en Long Island en tiempos remotos y hoy perdida para siempre.

La lancha se detuvo justamente al lado de uno de los cascos mayores que allí estaban. Los prisioneros ascendieron a un puente inclinado por una escala de cuerda.

Luego se les hizo bajar, a empujones, a una bodega que olía muy mal.

Entonces se arrancaron las vendas que tapaban los ojos de Ham y Monk.

Bombillas de luz eléctrica iluminaban el interior de su nueva prisión. Las costillas gigantes de una vieja ballena se blanqueaban en el rincón más oscuro.

Pat no prestó la menor atención a sus compañeros. Se mantuvo al lado de Jim.

Los hombres que se movían junto a ellos no demostraron sentir un interés mayor que el manifestado por los presos. Tampoco nada indicaba el motivo que les había impulsado a apoderarse de ellos. Actuaban automáticamente, dirigidos por las voces de mando de un tubo parlante que procedía de la cubierta.

A este tubo iba unida el altavoz de un micrófono.

Se desató a Monk y Ham. Una nueva orden surgió del altavoz. Monk y Ham se unieron al grupo formado por sus compañeros de cárcel, y trabajaron sin protestar.

Uno de aquellos galeotes modernos era mucho más alto y corpulento que los otros.

Era un gigante que iba desnudo hasta la cintura. Todos los hombres parecían ocuparse en la singular operación de llevar sacos repletos, no se sabía de qué, de la habitación contigua.

El ser colosal se acercó a Monk y Ham. No se detuvo siquiera, sino que continuó marchando con los otros trabajadores. Pero les dirigió una leve inclinación de cabeza.

El gigante era Renny. La presencia allí de Monk, Ham y Pat, no pareció como un suceso extraordinario. También Johnny y Long Tom se hallaban en la fila de trabajadores, desnudos, también, hasta la cintura.

Sus cuerpos sudaban a chorros, mas no murmuraban.

Ni unos ni otros podían saber que Simón Stevens trataba, desesperado, de acudir en su ayuda.

CAPÍTULO XVI

OTRA VEZ EL HOMBRE DE LOS GANSOS

ESTABA el día muy avanzado. Por fin, Stevens logró obtener que se llamara por teléfono al corazón de Manhattan. Por lo menos cincuenta veces había tratado ya de llamar el torturado millonario.

Pero, cada vez, sólo oyó la placa del dictáfono dispuesto en el despacho de Savage instándole a que le dejara el recado.

Cada una de estas veces se había dicho, con amargura:

—¡Tan pronto como reciba el mensaje me llamará Doc Savage! Sí, es preciso que me llame, porque se trata de un caso de vida o muerte. Se han apoderado de mi hijo, se han apoderado de su prima Pat. Todos han desaparecido, incluso esos a quienes llaman Monk y Ham.

Una y otra vez el oído de Doc había captado el mensaje Allí, donde sus dedos fuertes estaban dando el mensaje, tenía saltada la piel, magullada la carne y llena de sangre.

Pero, al cabo, tras de mucho pelear, se aclaraba su inteligencia. Mediante una pura energía mental combinada con intensa acción física, se constituía en la primera persona vencedora de la fuerza que atacaba la sensibilidad y convertía en autómatas a los seres humanos.

Una vez que la voz excitada de Stevens le hubo relatado todo lo que podía decir después de haberle llamado él a su casa, replicó:

—Su caso me convence más y más de que existe una solución de este misterio. Ya volveré a hablarle. Adiós.

La situación exigía de él una acción inmediata. Doc sabía que en aquellos momentos debía hallarse ya camino de las Shinnecock Hills.

Pero, asimismo, se daba cuenta de que, de no ser la suya una

energía ilimitada, le hubieran quitado en en medio lo mismo que a los demás.

Era cierto que había luchado para alejar de sí la amenaza, más ¿lograría salir victorioso esta vez?

El teléfono dejó escapar un zumbido peculiar.

—¿Doc Savage? —dijo la voz de Searles Shane—. Tengo una noticia que darle. Se trata de que acaba de salir al mercado una considerable cantidad de diamantes. Me dicen que muchos de ellos se venden sueltos, pero que hasta ahora las casas revendedoras se niegan a consentir ninguna oferta sobre los contratados por mister Breckens. ¿Qué debo hacer?

—Me hallo tan a oscuras como usted mismo —replicó Doc—. Le llamaré tan pronto como lleve a cabo cierta investigación.

Cuando el gigante de bronce volvió a colgar el auricular de su gancho se dejó oír en la pieza el trino singular. Sin duda, acababa de hacer algún nuevo descubrimiento. Rápidamente, volvió a entrar en el laboratorio.

Allí colocó sobre una mesa el resto de las piedras cogidas por él en casa de Juan Scroggins.

Había empleado unos minutos en hacer el examen microscópico de los diamantes sin tallar. Al terminar, giraban los consabidos remolinos dentro de las doradas pupilas.

—¡Notabilísimo! —murmuró—. Juan Scroggins es un individuo muy listo. Tendré que conseguir una entrevista con él tan pronto me sea posible. También Harris Perrin puede contar muchas cosas.

Esta entrevista con Scroggins era inminente. Doc lo ignoraba porque trabajaba a toda velocidad.

Llenó una jeringa de una combinación de substancias químicas e introdujo la aguja en la dura piel de Habeas Corpus.

El animal no gruñó siquiera, ni tampoco demostró estar afectado lo más mínimo por la inyección hasta haber transcurrido varios minutos.

Se limitaba a mirar, receloso, a Doc y se acurrucaba bajo el banco, una especie de mugido singular se produjo después en el gran laboratorio.

Era algo así como el continuo sonido de la cuerda de un violín que pulsara una mano desconocida. Aquel sonido venía de la pared.

Simultáneamente tembló y se quedó inmóvil un detector. De

este modo supo Doc Savage que una persona acababa de ascender al piso ochenta y seis.

El detector le indicaba que, a la sazón, estaba en el pasillo, junto a la puerta del departamento o cuartel general de Doc.

Por lo visto no había ascendido hasta allí en los ascensores comunes.

Sin moverse del laboratorio, Doc abrió los pestillos de todas las puertas, que funcionaban por medio de la radio.

Comprendía que, de no ser así, el hombre colocado junto a la puerta de la calle se extrañaría mucho al no hallar la manera de abrirla para introducirse en el piso.

Seguidamente apagó todas las luces. Desarmado, salió, silenciosamente, al despacho. Claramente distinguió una sombra que se movía en la oscuridad, aunque no logró verle la cara.

Con el salto sigiloso de una bestia feroz se lanzó, de pronto, sobre el intruso.

Su idea de sorprenderle fue una equivocación, pues, con seguridad, los ojos del desconocido estaban tan adiestrados como los suyos y veían en la oscuridad. El gigante de bronce era inverosímilmente rápido con las manos.

De ordinario podía sujetar a un hombre y hacer presión sobre sus centros nerviosos sin que se diera cuenta del movimiento.

Pero en esta ocasión fracasó. El intruso hurtó el cuerpo con la destreza singular de una anguila y se le escurrió de las manos.

Quizá la lucha prolongada contra la influencia amenazadora de la enfermedad habían debilitado un tanto la energía usual del hombre de bronce.

Fuera lo que fuese, Doc sintió el cuello sujeto por un lazo opresor. Era un "nelson" aplicado con tremenda fuerza.

Doc se libró de la presión echando el cuerpo hacia atrás sirviéndose de los talones. Con uno de los dedos gordos del pie enganchó por el tobillo a su contrario.

Luego tiró de él, retorciéndoselo. Mucho más que la mera fuerza empleada fue lo que venció al desconocido.

EL dedo de Doc le había tocado el extremo de un nervio, allí donde podía producir más efecto y, en esta ocasión, el intruso dejó escapar un gemido de dolor. Le resbalaron los pies y cayó sobre la espina dorsal.

Doc se sonrió un poco al asir con los dedos vigorosos un pie del contrario y doblarle la rodilla.

También era ésta una llave común. Ahora su contrario se daría cuenta de lo inútil que resultaban los esfuerzos hechos para escapar. Se lo imaginó, porque dijo con acento nasal:

—Me entrego. Creí tontamente que iba a sorprenderle.

—Sí, Juan Scroggins —replicó con calma el gigante de bronce—. E indudablemente no le faltaba razón para suponer que yo no iba a oponerle resistencia. Por ello viene a verme en tiempo oportuno.

—¡No es así! —exclamó Scroggins mirándole fijamente con un ojo; el otro danzaba, como loco, dentro de su órbita. Yo soy un ser pacífico, pero me asisten buenas razones para creer que usted me ha robado unos diamantes y he venido para asegurarme de ello.

—¿Usted posee diamantes? —dijo Doc—. ¿De dónde los ha sacado? Nunca hubiera creído que pudiera, poseer piedras tan valiosas un simple granjero, dueño de unos patos.

—Bueno, eso es cuenta mía. Es posible que haya hecho economías ahorrando más dinero que otro cualquiera. Hoy mismo he descubierto a sus camaradas en el acto de rondar en torno de la granja. No sería imposible que estuvieran tratando de...

Aquí le interrumpió un gruñido de Habeas, que sacaba el largo hocico sin salir de debato del banco.

—¡Hola! ¿No le dije? Aquí está ese condenado animal. ¡Juraría quo tiene que ver también con la desaparición de los diamantes!

Doc se sonrió y no dijo nada. Observaba al cerdo. Continuaba atontado. La inyección no le había hecho efecto.

—En el laboratorio tengo unos cuantos diamantes sin tallar —dijo Doc a su visitante; acababa de asaltarle una idea repentina—. ¿Se cree capaz de identificar su propiedad?

—Me parece que sí —confesó Juan Scroggins—. Todos ellos son igualmente puros.

—¡Hum! Tal vez se equivoca. Pero entre en el laboratorio y le mostraré unos cuantos que, posiblemente, han formado parte del lote perdido. Si así fuera ¿verdad que me diría de dónde los ha sacado?

—Quizá sí, quizá no —replicó el obstinado dueño de los patos—. Lo que es mío es mío y por ello lo exijo.

Dos minutos después miraba a través de un par de lentes

abiertos en una caja cuadrada. EL ojo danzarín no pudo concentrarse, mas el otro despidió chispas de coraje.

—¡Sí, estoy segurísimo de que son mis diamantes! —afirmó—. Todos ellos estaban dentro de un par de gansos a los que retorcí el cuello. Los lentes ponían de relieve, descubrían en sus menores detalles, las imperfecciones y rugosidades de aquellas piedras sin tallar ni pulimentar.

Doc se las señaló a Scroggins. Pero el hombre le respondió únicamente con un gruñido.

El hecho convenció a Doc de que no era necesario mostrarle al dueño de los gansos la manera de identificar unos diamantes.

Con seguridad que no era aquella la vez primera que el supuesto ignorante granjero había estado en un laboratorio. Pero Doc, no reveló sus sospechas.

En vez de esto dijo: —¿Esta bien seguro de que son sus diamantes?

—¡Pues claro que sí! —cantó Scroggins.

Doc adoptó rápida decisión.

—Bueno —dijo sonriendo,— quiero creerle. Así, suponiendo que en realidad le despojaron de esas piedras, lléveselas.

Scroggins le dirigió una mirada de recelo.

—¿Quiere decir que no va a luchar por su posesión? —interrogó.

—¿Para qué? Esos diamantes han llegado aquí en una forma que me induce a creer que son de su propiedad.

—¡Ladrón! —estalló Juan Scroggins—. ¡Se merece un arresto!

—No se lo aconsejo que lo intente —dijo Doc sin perder la serenidad—. Antes tendrá que decirme dónde descubrió tan valiosa colección.

—No es cuenta de usted, lo repito. ¡Había creído que podría ayudarme, llevado de la convicción popular, pero ya no le pido quo lo haga!

—Perfectamente —dijo Doc—. Tome los diamantes y no me entretenga por más tiempo. Todavía tengo mucho qué hacer.

No se movió mientras Scroggins salía apresuradamente del laboratorio. Era muy probable que el dueño de los gansos estuviera convencido de que acababa de recobrar, de manera increíble, la fortuna robada.

Y, en realidad, tenía ahora en su poder unas piedras

valiosísimas, sólo que no eran las mismas que había escondido en el interior de los gansos.

Pestillos manejados por la radio cerraban todas las puertas, al llegar Juan Scroggins al pasillo exterior. Doc no le había dejado partir sin una idea deliberada.

Al quedarse solo no se dirigió a la puerta del laboratorio. Dio media vuelta y se aproximó al destruido estanque de los peces.

La silenciosa maniobra de un mecanismo invisible echó a un lado el pilón y puso de manifiesto una de las varias salidas secretas que tenía el departamento.

Ello se explica por haber sido Doc uno de los arquitectos que había confeccionado los planos del macizo rascacielos en que tenía instalado su despacho.

Antes de que Juan Scroggins hubiera tenido tiempo de llegar a la calle tras del prolongado descenso en uno de los ascensores, salía Doc, casi una manzana más allá. Escondido vio salir a la calle al hombre de los gansos.

El individuo zanquilargo miró furtivamente en todas direcciones. Luego hizo parar un taxi que pasaba muy cerca de él.

Al apearse del taxi y entrar en otro elevado edificio, subió con él, en el ascensor, un individuo alto, armenio a juzgar por las trazas.

Scroggins se metió en una oficina de los pisos superiores. Por lo visto, le llevaba allí un asunto de la mayor importancia. Una hora o más había transcurrido cuando salió del departamento.

Que la entrevista celebrada allí dentro había tenido éxito, era aparente dada la risita que soltó mientras le danzaba, de nuevo, el ojo extraviado.

Entró en un ascensor y descendió en él a la calle. Varias personas habían invadido ya el pasillo que acababa de abandonar.

Oculto en la hornacina formada por un recodo de la pared, junto a una escalerilla de escape, permaneció media hora el armenio de la elevada estatura.

Por la antesala de la oficina ya mencionada, paseaba Searles Shane, secretario del corredor de diamantes Randolfo Breckens.

Suavemente abrióse la puerta que daba al pasillo. Shane inició, veloz, la media vuelta. Un hombre alto, ancho de hombros, acababa de entrar en la pieza.

Tenía el rostro curtido, la lisa y negra cabellera se confundía con

las oscuras pupilas inexpresivas.

—Este es el despacho de Randolfo Breckens, corredor de las piedras del sol —afirmó más que interrogó el recién llegado.

A Shane le alarmó la súbita aparición.

—Sí, eso es —replicó titubeando—. ¿Qué le trae por aquí?

Rápidamente posó la mirada en una puerta interior. Era la de acceso al despacho de Breckens.

El visitante del rostro cobrizo le saludó inclinándose hasta el suelo. Todos sus movimientos estaban saturados de humildad.

—Soy servidor de Breckens —manifestó—. Me llamo Hafid Armán. Tú no me conoces. ¡No importa! Sé que tu amo acapara o está a punto de acaparar una fortuna inmensa en diamantes. Por ello vengo. Deseo ofrecerle algunos.

El reloj de pulsera de Shane lanzó áureas chispas deslumbradoras. El secretario era presa de un escalofrío.

—Me parece que le han informado mal —dijo a Hafid—. No dudo de su buena intención, mister Armán, pero mi... digo; mister Breckens, no necesita, de momento, más diamantes.

Los negros ojos de Hafid no variaron lo más mínimo de expresión. Pero se posaron en la puerta del despacho de Breckens.

En la pared anexa abríase un boquete por el cual podían pasarse cartas o papeles.

—Pero es muy extraño —dijo a continuación—. Justamente me han dicho, ahora mismo, que tu amo se compromete a firmar grandes contratos, contratos de suma importancia.

Shane le contestó con una prisa nerviosa: —Bien, sí, es muy posible que le hayan dicho eso. Pero ya no se necesitan más piedras. Actualmente, mister Breckens posee ya los diamantes que necesita para hacer honor a esos contratos. ¡Le ruego, pues, que me excuse, mister Armán!

Después, Searles Shane hizo una cosa singular. Con paso rápido se acercó a su mesa de despacho. Sus labios se movieron, susurrando palabras ininteligibles.

Al propio tiempo, se dobló por la cintura como para coser del suelo el lápiz que acababa de caerse de la mesa.

—¡Por favor, váyase! ¡Váyase al instante! —Las palabras susurrantes podían ser oídas solamente por el alto armenio.

Entonces sonó un ligero restallido, algo así como si acabara de

quebrarse una rama seca.

Pudo ser el lápiz... pero ¡no fue el lápiz! Ligera columna de humo flotó junto al boquete abierto en la pared opuesta.

Los dedos de Shane asieron el lápiz caído en tierra, pero no se alzó con él.

En lugar de ello le empujó un poco y exhaló un hondo suspiro. En la parte posterior de la cabeza, sobre la nuca, se humedecieron sus cabellos y se tiñeron de escarlata.

Aquel líquido le corrió por el cuello y hundió el rostro en la mullida alfombra.

Hafid Armán se echó a un lado. Había oído un segundo y un tercer restallido de la rama seca. Dos balazos le abrieron dos hondas cicatrices a la pulida mesa del secretario.

Otra dio, de lleno, en la blanca pechera de la camisa que lucía el armenio, proveedor de diamantes.

En obediencia a las leyes naturales debió caer al suelo. En realidad, lo que hizo fue acurrucarse detrás de la mesa de despacho.

Pasado algún tiempo, el armenio rodeó el improvisado baluarte de la mesa.

Sobre la blanca pechera de su camisa había aparecido una mancha gris de plomo. Sangre no era porque no estaba herido.

Ya no se volvió a oír ningún tiro. Searles Shane no se había movido. El agujero abierto en la cabeza del infeliz, era muestra evidente de que ya no volvería a hablar más. Las palabras dirigidas al armenio eran las últimas que debía pronunciar en este mundo.

La puerta del despacho de Breckens carecía de cristal. Era maciza, de las más sólidas de su clase. Tenía una cerradura especial provista de cerrojo.

Como a menudo, el corredor encerraba en su despacho una fortuna, habíala buscado bien segura y hecho colocar allí.

Ahora se pudo ver el tamaño colosal del puño del armenio, semejante a un enorme martillo de bronce.

Aquel puño hirió, por dos veces consecutivas, el sólido paño de la puerta.

Fueron golpes descargados, al parecer, por un rígido pistón de acero. Al cabo se astilló la madera en torno de la cerradura y el puño de bronce pasó al otro lado.

Allí, sentado ante la mesa de despacho, estaba Breckens. El

corredor no demostró la más leve sorpresa al ver entrar, inopinadamente, de aquel modo, a un desconocido. Su diestra empuñaba un automático provisto de silenciador.

Antes de que pudiera decir una palabra, se dirigió el armenio a la pared medianera de los dos despachos.

Con la mirada buscó la posición que ocupaba el buzón de las cartas, con la mano palpó, al propio tiempo, la pared.

Breckens dijo inesperadamente con su acento inexpresivo: —Oprima el botón. Se halla al pie de ese cuadro grabado.

El cuadro en cuestión era un grabado en acero. La mano del armenio pulsó aquella parte de pared, se descorrió un lienzo sin ruido y, al otro lado, apareció un corredor de por lo menos unos tres pies de anchura.

¡Así, la abertura o buzón era un camuflaje!

EL pasadizo secreto terminaba, bruscamente, en una puerta de metal, cerrada con llave y cerrojo por el otro lado.

Tratar de abrirla con prisas hubiera sido vano empeño. Por ello, el armenio volvió presto junto a Breckens. El corredor no se había movido.

Su mano seguida empuñando el revólver como si no supiera qué hacer de él.

—¿Adónde conduce ese corredor? —le pregunté Hafid—. ¿Quién estaba aquí con usted?

—Conmigo no ha estado nadie —replicó el interpelado con acento incoloro—. El arma que empuño ha caído por el buzón de las cartas y yo la he cogido. Creo haber oído tiroteo, más no estoy muy seguro.

—Yo le pregunto que adónde conduce ese pasillo —insistió el armenio.

El semblante de Breckens no varió de expresión.

—Es un secreto que no confío a nadie —contestó. Y añadió después:— Sube y baja a tres pisos distintos y por él se sale a tres calles distintas; también ahora está desierto… Dígame: ¿es por casualidad empleado de una casa consignataria? Si lo es le ruego me facilite unas guías de la China. Pronto voy a emprender un largo viaje por el mundo, ¿sabe? y me interesa obtener antes alguna información.

Aparentemente se dio cuenta el armenio de la vana tarea que iba

a realizar lanzándose en persecución del asesino de Shane y renunció a ella.

Breckens le había dicho la verdad, la pura verdad. El arma silenciosa, había caído en su despacho tras de haberse perpetrado con ella el homicidio y dado su estado singular, Breckens no se daba cuenta de lo que sucedía en torno suyo. Al ver el arma la había empuñado. Esto era todo.

Shane sí debió darse cuenta de que le apuntaban con ella a la cabeza.

Acababa de recibir la visita de Juan Scroggins y era él quien le había dado orden de anunciar a todo el mundo que ya tenía los diamantes indispensables para hacer honor a los contratos de Breckens.

Pero Shane debió cometer algún error. Había tratado de hacer salir a Hafid, del despacho y le fue fatal.

Su cuerpo se hallaba, tres minutos después, escondido en uno de los armarios de la habitación.

Seguidamente, el armenio colocó, sobre la mancha de sangre que había en la alfombra, una mesita de las que se emplean para colocar la máquina de escribir.

—Voy a buscarle esas guías —dijo a Breckens—. Deme la pistola. Mejor será que me la lleve, ¿no le parece?

La proposición complació al corredor. Fría sonrisa vagó por sus labios mientras aguardaba los informes pedidos del proyectado viaje a oriente.

Entretanto, el armenio había salido al primer despacho. Sobre la mesa de Shane, junto al teléfono, vio abierto un listín.

Al palpar el aparato comprobó que guardaba todavía cierto calor, señal indudable de que se había usado recientemente.

Entonces se escapó de su boca un melodioso trino singular. Comprendía que ya no debía continuar disfrazado por más tiempo.

Doc, porque era él, lamentaba haber originado la muerte del secretario con su aparición en casa de Breckens y, al propio tiempo, estaba seguro de que los ojos perspicaces de Shane habían penetrado en su disfraz.

Ahora actuaba rápidamente con objeto de averiguar qué era lo que había podido ocurrir en el despacho durante la visita de Scroggins e inmediatamente después.

El listín abierto sobre la mesa podría proporcionarle algún dato. Del fondo de uno de sus bolsillos extrajo una lente de aumento pequeña.

Sobre el listín había quedado la huella de un dedo. Bajo el cristal se veía claramente la señal dejada por una uña debajo de un número determinado.

La página correspondiente iba encabezada por una eme. El número señalado correspondía al despacho del doctor Madren.

Doc le llamó. Respondió a la llamada una agradable voz femenina.

—El doctor responde en este mismo instante a una llamada urgente —manifestó a Doc.

—Le habla Doc Savage —replicó el hombre de bronce.

—¡Ah! En tal caso está bien —dijo la mujer—. El doctor ha expresado el deseo de verle lo antes posible. Acaba de llegar de Southampton y le llaman desde el despacho de Randolfo Breckens, en el edificio Carter. Estará ahí dentro un momento.

Doc dejó el aparato. Sin duda, Shane había llamado al doctor. Ello nada tenía de extraño, realmente, porque el secretario había conocido otros casos similares al de Randolfo Breckens.

Ahora llevó a cabo un precipitado examen del arma homicida. Como suponía, no vio en ellas más huellas dactilares que las de Breckens.

De manera que, al ocuparse del caso la Policía, el insensible idiotizado corredor, sería acusado del asesinato de su secretario.

Doc se quitó de las doradas pupilas unas pequeñas conchas oscuras y transparentes. Luego cayó al suelo la negra cabellera.

Incluso aquel cambio de personalidad dejó indiferente a Breckens.

Doc le acompañó hasta el pasillo y cerró con llave la oficina.

CAPÍTULO XVII

EL EXTRAÑO ATAQUE A DOC

CUANDO el doctor Madren pasó del ascensor al corredor de los pisos altos, Doc Savage iba andando al lado de Randolfo Breckens. El doctor dio un ligero salto de sorpresa.

—La enfermera de guardia me ha comunicado —dijo frotándose las manos,— la llamada del secretario de mister Breckens. AL que no pensaba ver tan pronto era a usted, mister Savage, aun cuando su vista me complace en extremo. Veo que va a salir con mister Breckens. ¿Ignoraba que me hubiera llamado a su despacho?

—Lo sabia, doctor —replicó Savage,— y por ello he aguardado su llegada. Quería asegurarme de que vendría a vernos. En su calidad de psiquiatra comprenderá la conveniencia de que mister Breckens se retire a su domicilio para charlar allí cómodamente. Me ha pedido que le dé unos datos sobre un viaje a China que piensa hacer.

—Yo soy psiquiatra, mister Savage, pero usted es un psicólogo de marca —observó, admirado, Madren—. Justamente evito siempre conferenciar con una persona en el punto en que ventila sus negocios. En ocasiones podría perturbarla.

Breckens apenas oyó lo que conversaban. Estaba satisfecho como chiquillo con zapatos nuevos. Le seducía la idea de iniciar un largo viaje.

Quizá lo había deseado ya mucho. Los tres entraron en el departamento alquilado por él en la misma casa y anexo a los despachos.

Por el camino, el doctor hizo a Doc una sucinta explicación de los trágicos acontecimientos desarrollados en la finca de Stevens.

Doc confesó que algo había llegado ya a sus oídos.

—Quisiera expresarle mi profunda simpatía —manifestóle el doctor,— y confío en que, al cabo, logrará descubrir el verdadero origen de tales sucesos. Mucho lamento la desgraciada suerte sufrida por sus compañeros. ¿Tiene idea de dónde pueden haberlos llevado?

—Tan lleno de misterio aparece para mí el hecho, como para usted —explicó Savage—. Justamente he estado siguiendo a Juan Scroggins, el granjero de la colina, con la esperanza de que él pueda aclarar el enigma.

—¡Qué casualidad! Lo mismo creo yo. Ya he oído hablar del singular proceder de ese Scroggins. Es más: se sospecha que sea él quien ha degollado al hombre muerto en la colina. ¡De igual modo han matado a mi pobre enfermera, miss Clarke! ¡Fue espantoso!

Una vez instalados en el departamento, no consiguieron hacer hablar razonablemente a Breckens.

El corredor quería solamente discutir el proyectado viaje a China, su vuelta al mundo era su manía, y los ojos azules del doctor le contemplaron en más de una ocasión con un interés profesional.

Al cabo, tuvo que enjugarse las gotas de sudor que brillaban sobre su calva frente.

Llevóse a un lado a Doc y le dijo en voz baja: —Este caso es tan desconcertante como todos los demás. No tiene tampoco precedente.

Doc pasó a otra habitación y a su regreso traía en la mano una plana caja negra. Esta constaba de dos lentes de aumento.

—¿Usted cree, doctor —inquirió a Madren,— que ni el caso de Tony Talliano, ni el de Simón Stevens… ni siquiera este de Breckens, podrían atribuirse a una locura hereditaria?

—¡Oh, no! ¡Qué disparate! Está claro que la enfermedad es producida por un agente exterior —repuso el doctor—. Ese estado insensible no tiene origen en ninguna forma de locura. Por consiguiente, podrá curarse… cuando hayamos averiguado la causa que la ocasiona.

—Sin duda existen ciertos microbios microscópicos que atacan los centros nerviosos —dijo Doc—. Yo he conseguido aislar, en ocasiones, algunos de ellos.

Tengo puestas esas bacterias bajo lentes muy potentes. ¿Le agradaría examinarlas?

—¡Oh, desde luego! —convino el doctor.

Sus ojos escudriñaron lo que había al otro lado de la caja negra, sirviéndose de las lentes ampliadoras. Sobre un portaobjetos, plano y liso, distinguió unas sierpecillas con cabeza de hidra.

Estos microbios coleaban, se atacaban y devoraban unos a otros. En cuanto uno de los microbios había absorbido a un congénere, se aumentaba el número de sus cabezas.

—¡Vaya descubrimiento que ha hecho usted aquí, mister Savage! —dijo con voz entrecortada el doctor. Estaba excitadísimo. ¿Ha sacado estos microbios de la medula?

—Los he extraído directamente de la substancia nerviosa y cerebral —confesó Doc—. Quizá sean ellos responsables de la inercia de las mentes.

—¡Oh, es notable, notabilísimo! ¿Verdad que me comunicará los descubrimientos que realice en esta materia? Porque estoy convencido de que van a ser algo extraordinario.

—Sí, le enteraré de todo cuanto haga —le prometió Doc—. Ahora debo volver al laboratorio. No puedo demorarme por más tiempo. Tengo que buscar el hilo que me guíe al lugar donde se encuentran, actualmente, mis camaradas.

Era cierto que los microbios contenidos en la caja negra, habían sido extraídos del cerebro y centros nerviosos, mas, no de los de un ser humano, sino del cerebro y centros nerviosos de Habeas Corpus, el cerdo favorito de Monk.

EL doctor había ordenado al criado japonés que no le llevara la contraria a Breckens, de que le diera gusto en todo lo posible.

Seguidamente, había llamado por teléfono a una enfermera y la había instalado al lado del enfermo.

Era una agradable muchacha escogida por Madren, para la observación de los casos más sencillos que presentaba la espantosa epidemia.

La tarde fue una de las más bochornosas, pesadas y calurosas que viera en muchos años Manhattan.

Y, como sucede casi siempre, en primavera, concluyó con una violenta tempestad. Denso velo, más impenetrable cada vez, se cernía sobre las calles de la ciudad. Por ello fue menester encender la luz eléctrica en el departamento del corredor antes de que la lluvia comenzara a azotar los cristales de las ventanas. Breckens se

mostró desasosegado, mas tal era su lastimosa condición, que ni siquiera una vez preguntó por su secretario.

Al iniciarse la tormenta, la enfermera dejó únicamente una luz encendida, la de la pantalla, en la biblioteca ocupada por el enfermo, a la sazón.

Era una muchacha metódica, que albergaba la teoría de que el sueño actúa de restaurador eficiente en toda enfermedad.

Pero el corredor no se durmió. Permaneció silencioso, sentado en su sillón confortable.

Delante de sí tenía las guías pedidas y ellas le pintaban las supuestas delicias que el viajero podía encontrar en la China.

EL criado japonés iba y venía con pies de plomo, sin hacer ruido. Su estoicismo oriental le impedía demostrar el más leve interés por el trastorno mental sufrido por el amo. La lluvia comenzaba a caer a torrentes.

La enfermera se aproximó a una ventana. Un cárdeno relámpago escapado de las densas nubes cargadas de electricidad, iluminó su esbelta figura.

Entonces bajó la persiana y retrocedió un paso. Como muchas personas de su sexo, no gustaba de contemplar los efectos enervantes que acarrea el desequilibrio de los elementos.

Pero no fue el relámpago ni tampoco el trueno ensordecedor que le sucedió, los que le movieron a gritar. Lanzó un solo grito.

Profundo silencio sucedió a aquel alarido. Por efecto de una poderosa presión invisible, la muchacha se quedaba sin fuerzas.

Alguien la levantó del suelo y depositó su cuerpo inerte sobre un diván.

Tenía cerrados los ojos como si durmiera con sueño normal.

Randolfo Breckens había presenciado, sin conmoverse, la escena descrita.

Luego volvió a sus viajes. El criado japonés apareció en el dintel de la puerta. Su diestra empuñaba un pequeño revólver negro.

Con su cuerpo voluminoso, el intruso ocupaba casi una mitad de la biblioteca. No dijo palabra, pero rápido como el pensamiento, se lanzó sobre el oriental.

Este mostró deseos de descargar el revólver. Pero se mostró vacilante, de pronto, como si no acertase a afinar la puntería.

Avanzó unos pasos. Su cuerpo rechoncho se tambaleaba como si

estuviera borracho. La mano que sostenía el revólver describió un amplio círculo.

¿Pretendía acaso darse muerte a sí mismo? Así lo parecía.

Al cabo cayó el arma al suelo. El japonés dormía como un bendito.

Randolfo Breckens inclinaba la cabeza sobre el pecho. Hasta entonces había permanecido cruzado de brazos. Ahora los apoyó sobre la mesa y enterró en ellos la frente.

Poco antes de suceder todo esto, había sonado en la biblioteca un leve rumor de vidrios rotos...

EL intruso había retenido, entonces, el aliento. Ahora fue a abrir la ventana.

En la habitación penetró el agua de la lluvia acompañada de una ráfaga de viento que levantó los papeles depositados sobre la mesa de Breckens.

El intruso respiró así que hubo pasado un minuto. Las tres personas restantes dormirían pacíficamente una hora, sobre poco más o menos.

El individuo era, en realidad, el gigante de bronce.

No había salido del departamento del rascacielos; se había ocultado en él hasta después de haber efectuado su salida el doctor Madren.

Era entonces cuando había actuado con rapidez. Pero su ataque a la agradable enfermera, al enfermo y al inofensivo japonés, constituía un misterio.

Desnudando aquella parte de la espina dorsal que dista por igual de los hombros, Doc le insertó a Breckens en ella una aguja fina de inyectables.

Tan profundamente la hundió que, por fuerza, hubo de penetrar entre las vértebras del corredor, hasta la medula.

El redondo cristal de la jeringuilla se llenó, poco a poco, de un líquido blanco rojizo.

Cuidadosamente desinfectó Doc el pinchazo, luego de haberla llenado, y volvió a tapar la espalda del corredor.

Dos minutos después, quedaba sumida en las tinieblas la biblioteca y en ella, dormidos, sus tres ocupantes.

Así que transcurriera una hora, Doc estaba seguro de que daría la enfermera la voz de alarma.

Pero ni ella ni los dos hombres sufrirían lo más mínimo, como resultado de haber aspirado el anestésico contenido en la cápsula que él le había arrojado a los pies al servidor oriental.

Doc no hacía nunca uso de estimulantes o anestésicos sino con el objeto determinado de llevar a cabo algún experimento. He aquí por qué se puso a trabajar con afán cuando estuvo de vuelta en el laboratorio.

Con otros líquidos, mezcló una parte del virus extraído al cerdo, y a continuación sometió a ciertas pruebas al animal. Habeas le miraba tristemente.

De una jeringuilla sacó después una mezcla blanca rojiza. Otras materias químicas hervían y borbotaban en una retorta.

Le interrumpió en la operación el zumbido del teléfono. Hasta él llegó la voz de Stevens.

—¿Es Doc Savage? Oiga, ¿qué ha hecho hasta ahora?

—La verdad, ahora no tengo tiempo para discutir eso con usted —respondió bruscamente Doc.

—Pero, Doc... Doc —El millonario sentía pánico—. ¡Me estoy volviendo loco! Algo me dice que no volveré a ver a mi Jaime. Aquí no hace nada la policía. Se ve impotente. En usted, únicamente, confío. ¿Todavía no sabe nada?

—Un poco de paciencia, Stevens —le aconsejó Doc—. Muchos asuntos ocupan hoy mi tiempo y..

—Es que no puedo, no puedo esperar —exclamó interrumpiéndole Stevens. Su voz sonaba como un trueno. Estaba frenético—. ¡Nos está fallando, Doc! Por primera vez en la vida abandona usted a sus amigos. Pero si no se mueve, Pat Savage, mi hijo y todos sus camaradas serán asesinados.

—Sin duda tiene razón —confesó Doc sin perder la calma—. Pero no dispongo de más tiempo para ocuparme de usted. El caso se presenta igualmente desconcertante para los dos. Y no puedo decir más.

Así diciendo, el hombre de bronce dejó pender el auricular de su gancho y se sumió, un instante, en su contemplación.

Ya no trató de llamar a Simón. ¿Para qué? Era inútil. Porque aun cuando estaba bien imitada su voz sabía que no era él quien le había estado hablando.

En suma: esta vez alguien había cortado los hilos que conducían

a la propiedad del millonario en Southampton.

Doc no sabía que esta circunstancia era, cabalmente, una de las cosas que traía intrigada a la policía.

Y en aquel crítico momento sonó, como la cuerda de un violín, el aparato detector de pasos instalado en el laboratorio de Savage.

Ya el hombre de bronce se había dado cuenta, en el momento de entrar en la casa, de que alguien le venía siguiendo como su sombra.

Por ello, ahora se disponían a atacarle algunos, quizá, de los administradores misteriosos de la fuerza que sumía en la inercia la voluntad sensible de los hombres.

La aguja indicadora del aparato mostraba que se acababa de entrar en la casa por una de las puertas secretas: aquella escondida bajo el letrero que rezaba "Peces Venenosos" en el estanque de cristal.

Uno de los invasores estaba fuera, junto a los ascensores.

Doc exhibió una sonrisa sombría. Desde su sitio oía el fragor de la tormenta que hacía retemblar los cristales de la ventana.

AL impetuoso aguacero de poco antes había sucedido fino granizo semejante a los perdigones de una escopeta de juguete.

El teléfono volvió a sonar. Doc no le prestó atención. Observaba atentamente a Habeas Corpus.

Súbitamente, el animal se había apartado de él. Sus gruñidos tenían un nuevo significado. Parecían similares a los que lanza el cerdo común cuando tiene hambre. Al propio tiempo, le chispeaban un poco los ojuelos.

En su estado normal le importaba poco morder a una persona. A la sazón, le hubiera agradado darle a Doc un buen mordisco, por lo visto.

Los remolinos famosos se agitaron en las pupilas del hombre de bronce.

Habeas volvía a su estado normal. Su cerebro aletargado regía otra vez los movimientos de su pícara naturaleza.

Súbitamente apagó todas las luces. En la diestra tenía la jeringuilla llena. Su trino especial adquirió una nota melodiosa en la opaca oscuridad.

EL sonido del detector de sonidos continuaba. EL hombre de bronce no podía ver el indicador, pero juzgó que sus enemigos se

cerraban ya contra él.

El huracán soplaba en el laboratorio a través de la abierta ventana.

Enganchado en el alféizar estaba un garfio de acero. Del gancho pendía una cuerda de seda tan fina, que era como hilo invisible en el espacio.

Doc Savage laboraba en tinieblas. Llevaba a cabo fantásticas contorsiones con los dedos de pies y manos. Su sentido del tacto era asombroso.

Igualmente asombrosos eran los actos que estaba realizando.

Todos los experimentos químicos que había estado haciendo llamearon, inesperadamente, en una retorta circular. Ardieron al punto como por efecto de las llamas crepitantes de un potente liquido combustible. AL propio tiempo que esto se realizaba se oyó en el laboratorio un ligero sonido chirriante. Doc corrió a un lado del laboratorio. De los experimentos realizados habían desaparecido, ahora, todas las huellas.

De un armario de acero sacó Doc varios negativos fotográficos. A continuación, tocó una superficie, en apariencia lisa, del suelo.

Transcurridos que hubieron unos segundos más, saltó por la ventana y expuso la cabeza desnuda bajo la lluvia.

Con una mano tenía asida una oreja del cerdo árabe de Monk. El animal emitió un gruñido apagado.

Sentía apetito y no le agradaba verse, súbitamente, expuesto a la fría agua nieve a la altura del piso ochenta y seis y por encima de una calle tan distante que se revelaba por el tenue resplandor de los faroles.

El chirrido de antes se convirtió, dentro del laboratorio, en golpes violentos.

Alguien estaba empujando el receptáculo de los peces. Varios desconocidos salieron del pasadizo secreto; otros entraron en la habitación procedentes de direcciones diversas. La lluvia helada azotó sus semblantes.

En principio fracasó su tentativa de encender las luces.

—¡Se nos ha escapado! ¡Atención! —gruñó uno de los salteadores de la casa—. ¡Ah! Mirad esa ventana, está pendiente de una cuerda…

Sobre el alféizar rechinaba el garfio de hierro. EL fino cordón de

seda, muy tirante, sufría estremecimientos.

—No podría haberlo hecho mejor —observó uno de los asaltantes—. ¡Cómo va a alegrarse la Gran Inteligencia!

De uno de sus bolsillos extrajo un cuchillo afilado y, con mueca simiesca, pasó la hoja por la cuerda. El cordón se rompió con espeluznante chasquido.

Otro de los salteadores procuraba, en vano, encender la luz. Se hallaba manoseando la llave.

De pronto, sin saber cómo, estableció un súbito contacto. La cosa se produjo muy al contrario de lo que había supuesto, porque el contacto originó una corriente de alta tensión.

Pero ella no iluminó la habitación mediante las usuales bombillas eléctricas.

Del suelo surgieron serpenteantes llamaradas azules. Otras se retorcieron, como fantásticas anguilas, pared arriba.

—¡Socorro! ¡Que ardo! —gritó uno de los desconocidos.

Y, en efecto, danzaba rodeado de una columna de llamas. Sólo que aquellas llamaradas no quemaban. Por el contrario, el hombre se helaba.

Ya no se quejó más, ni tampoco ninguno de sus compañeros.

Todos se habían caído al suelo y allí quedaron en grotescas posiciones.

Entonces invadió el laboratorio el fantástico trino de Doc Savage. Gruesas gotas de agua se deslizaban por el liso cabello color de bronce y la piel atezada cuando empujó la abierta ventana y saltó dentro de la pieza dejando en tierra al cerdo árabe.

Había estado suspendido a la altura de ochenta pisos, por encima de la calle, sin otro asidero que los más pequeños salientes de la pared de piedra y acero del rascacielos.

Si allí había estado todo el tiempo con la cuerda de seda arrollada en torno de un pie con objeto de mantenerla tirante, no es, pues, tan extraño que le creyeran muerto los hombres ahora tendidos en el suelo del laboratorio.

Todos recobrarían el conocimiento al cabo de una hora y entonces saldrían tan aceleradamente del edificio como les fuera posible.

Las llamas azules que habían visto en él eran de una variedad inofensiva.

Las producía un gas químico puesto en libertad al darle una media vuelta a la llave de la luz.

Doc volvió a cerrarla. Asiendo otra vez a Habeas por una oreja, descendió al portal sirviéndose de su ascensor expreso.

La caja se lanzó al vacío lo mismo que si fuera una pesada carga de plomo.

Del portal pasó Doc a los bajos del edificio, donde Habeas fue encerrado, para mayor seguridad propia, en una pequeña pocilga construida ex —profeso en un ángulo del garaje.

Así, cuando se despertasen los hombres que dejara dormidos arriba, nada les recordaría que Savage había hecho una visita al laboratorio.

Sólo hallarían, pendiente de la ventana, un trozo de cuerda sedosa…

Seguidamente, el hombre de bronce actuó de manera provocativa. Fue como si desafiara a sus enemigos porque, directamente, se encaminó a otro edificio de la parte alta de Manhattan.

Y allí se convirtió nuevamente en el armenio Hafid Armán.

Ascendió a uno de los pisos superiores de la casa. Detrás de una puerta vio arder una luz. Suavemente, sirviéndose de los nudillos, llamó a aquella cerrada puerta.

Cuando se abrió, se encaró con él Harris Perrin, el lapidario. Al ver el rostro atezado del armenio se le desorbitaron las pupilas.

CAPÍTULO XVIII

¿UNA EQUIVOCACION DE DOC?

HARRIS Perrin empuñaba un gran revólver. Había abierto la puerta tras de adoptar precauciones infinitas y ahora su mano producía un nervioso tintineo sobre el arma de fuego.

—¿Qué se le ofrece? —interrogó, tartajeando, al armenio—. ¿No se habrá equivocado de número?

—No lo creo —replicó Doc, con calma—. No me parece que pueda haberme equivocado. ¿No eres tú Harris Perrin, el insigne lapidario, el dibujante de ornamentos de oro?

—¡Sí, sí! ¿Qué desea de mí?

—También yo represento algo en mi país —dijo el armenio con mirada glacial—. Soy Hafid Armán. Me han dicho que te interesas por las colecciones de piedras preciosas, y te traigo una de diamantes en bruto que mi familia tiene la dicha de poseer.

—Bien, entre usted —replicó el lapidario con una mirada de desconfianza—. Pero antes permítame que le registre. Debo saber si lleva armas.

El armenio levantó las oscuras manos atezadas.

—Me parece muy natural —observó—. Pero no desconfíes. Encima traigo piedras tan finas y valiosas como las que tú puedas tener.

—¿Sí? —dijo Perrin, palpándole de arriba abajo.

No descubrió arma alguna entre las ropas del armenio porque, de usual, no había ninguna en los bolsillos de Doc Savage.

—Bueno, siéntese usted —dijo al cabo—. Veamos esas piedras.

Hafid Armán exhibió los diamantes que llevaba consigo. Los que sacó eran espléndidos, sin tallar, pero de un tamaño extraordinario.

Perrin que, naturalmente, era entendido en la materia, abrió

unos ojos de a palmo.

Luego se inclinó para verlos más de cerca porque, de pronto, le pareció que estaba familiarizado con ellos.

—Aguarde un momento. Voy a hacer una prueba de estas piedras —dijo al armenio—. ¿No tendrá inconveniente, verdad?

—No, desde luego. Puedes probarlas —dijo Hafid.

Perrin cogió tres diamantes de la mesa en que Hafid los había puesto todos.

En el momento de abrir una puerta interior dirigió al armenio una mirada furtiva. Luego la puerta se cerró a su espalda.

Otro hombre más vulgar no hubiera percibido, tal vez, el rumor de unas voces que hablaban en voz baja dentro de aquel aposento. Sólo el oído ejercitado de Doc podía recoger incluso alguna de las palabras dichas.

Porque ya desde un principio se había dado cuenta de que Perrin no estaba solo en su taller, y despacho. Ahora estaba seguro de que eran varias personas las que estaban al otro lado de la puerta cerrada.

Al propio tiempo, comprendía que la sospecha concebida por Perrin vendría a comprobarse, sin lugar a dudas, en cuanto colocara bajo la lente los diamantes que se había llevado.

Porque éstos eran los mismos que él había, substraído a los gansos puestos a refrescar en la casa de Scroggins.

Cuando, al fin, reapareció Perrin trayendo en la mano las piedras su rostro asumía una nueva expresión de astucia; una expresión taimada que sólo podía provocar en él el conocimiento de que tenía suficientes amigos cerca para afrontar la situación.

—Bien, mi digno amigo —dijo Hafid—. ¿Qué te parece? ¿Estas piedras son, o no, de gran valor?

—Sí, valen mucho —replicó Perrin—. Son propiedad de su familia, ¿verdad?

—Tan cierto como que existe el Profeta —murmuró el armenio —. Primero me encaminaron al despacho de un tal Randolfo Breckens, pero a lo que parece, se ha puesto enfermo. Se sintió indispuesto poco antes de ir yo a verle.

A Perrin se le saltaron los ojos.

—¿A Breckens? —repitió, atónito—. ¿Hoy mismo ha estado a ver a Breckens? En tal caso, habrá hablado con Searles Shane, su

secretario.

—Sí, tuve el placer de verle —manifestó el armenio—. Fue quien me comunicó que mister Breckens tenía ya firmados varios contratos con las casas revendedoras de diamantes.

Perrin le contemplaba, mudo de asombro. Sus labios se movían en silencio.

—¿Le dijo Shane de dónde saca Breckens los diamantes? —interrogó al cabo.

Hafid se quedó en suspenso. Se llevó a la cabeza una de las manos oscuras y con ella se alisó los cabellos.

Perrin se tiraba con fuerza, maquinalmente, del solo mechón que ostentaba su calva.

Repentinamente, los dos hombres veíanse entregados a una especie de lucha interior que ponía a prueba la resistencia de sus nervios.

El armenio repitió varias veces el gesto de pasarse la mano por la cabeza.

—No vamos a hacer negocio —dijo al fin—. Los diamantes que traigo tienen inmenso valor y quiero que me los pagues al contado.

—¡Oh, sí, sí! —dijo en tono vivo el lapidario—. Todavía haremos negocio...

Pero las palabras se le atragantaron. Dejó el mechón de cabellos y comenzó a morderse las uñas. No podía más. De repente dejó escapar un alarido:

—¡Es Doc Savage! —gritó—. ¡Hey! ¡Es el propio Doc Savage!

De un brinco se puso de pie el armenio. Se tiró de la peluca hacia adelante.

El roce nervioso de su mano la había ladeado y bajo el borde asomaban bronceados cabellos. Ahora bien: por su color, únicamente podían pertenecer a un hombre solo en la tierra.

Doc —se apresuró a remediar la aparente torpeza. AL desaparecer los dorados cabellos, se lanzó sobre Perrin y le asió por los hombros.

El lapidario dejó escapar un aullido. Los dedos de Doc palparon un nervio paralizador.

Por la puerta interior, abierta con violencia, se derramaban ya en el taller un grupo de seres desconocidos. Componían una media docena en total.

Dos de ellos traían consigo ametralladoras de una clase que se manejaba sin esfuerzo. Pero ninguno de sus rostros llevaba impresa la viciosa expresión del malhechor de oficio.

Por el contrario, eran caras inteligentes, las caras, tal vez, de sabios u hombres de carrera.

Examinadas atentamente veíase, sin embargo, que sus dueños no vivían precisamente de su talento.

—¡No te muevas de ahí, Doc Savage! —le ordenó al hombre de bronce uno que parecía ser jefe de la pandilla—. Pero mantén, para que las veamos, las manos puestas en el cuello de Perrin. Sabemos que eres capaz de echar mano a cápsulas de gas anestésico y otras armas similares. Pero no te valdrá. ¡Tiembla por tu vida!

—¿Es decir, que me tomáis por ese Doc Savage? —replicó el falso armenio esperando, sin duda, escapar sin que le reconocieran.

Perrin cerró los ojos. No se sentía con ánimo para revelar lo que acababa de ver.

—¡Pronto lo veremos! —exclamó el jefe de la banda—. ¡Y ten presente, cuando dejes de vivir, que tu muerte sellará el destino de tus hombres!

Perrin fue, de pronto, arrojado a un lado de la pieza. Con la rodilla levantó Doc, en el aire, la mesa sobre el tablero de la cual había depositado los diamantes.

El mueble voló de una parte a otra de la pieza sorprendiendo, de improviso, a dos hombres que, gruñendo, se desplomaron bajo su peso.

Luego, con la velocidad del rayo, salió disparado uno de los puños de Doc.

Sus nudillos de bronce dislocaron la mandíbula de uno de los asaltantes, y éste lanzó un terrorífico gruñido. Mas al tratar de repetir su hazaña, Doc experimentó la sensación de que iban a romperle los riñones.

El instrumento con que, por lo visto, le atacaban, era la boca de una de las dos ametralladoras. Estaba pegada a su cuerpo y podía, pues, aniquilarle, no obstante la cota protectora que llevaba puesta debajo de la chaqueta.

CAPÍTULO XIX

SE HIELA LA INTELIGENCIA DE DOC

SAVAGE iba fuertemente ligado a un asiento, en la cabina del potente hidroplano. Este se dirigía, veloz, al Este de Manhattan y había desamarado del Hudson.

La cabina llevaba una cantidad determinada de peso humano. Otro aeroplano similar, que iba en pos del primero, iba, asimismo, muy cargado.

Junto, los dos aparatos marcharon, en línea recta, hacia el amplio océano Atlántico. Para efectuar un viaje nocturno volaban muy alto.

Tanto se elevaban que, en ocasiones, se perdían entre la niebla.

A Doc, le habían cerrado los párpados con tiras de esparadrapo. Como se le conocía a fondo, también se habían utilizado otras tiras para taparle oídos y nariz.

En suma: se llevaban a cabo todos los esfuerzos imaginables para momificarle los sentidos. Si se había obtenido o no el éxito era lo que nadie sabía aún.

El cuerpo voluminoso del gigante estaba inerte y sin fuerzas.

Manos hábiles le habían despojado de sus ropas, le habían registrado hasta el último bolsillo, el más escondido.

Se le habían quitado incluso los calcetines y los zapatos y al levantarle la bronceada cabellera sonó, en el hidro, una carcajada general.

Para llevar a cabo tan chocante operación había bastado con despojarle del metálico casco de bronce que se ponía, en ocasiones.

Ahora bien: el golpe que le había dejado fuera de combate se hallaba justamente debajo del casco.

De su interior se extrajeron, ahora, casi planos, objetos

metálicos: explosivos químicos, muy potentes en su mayoría.

Hecho esto, se obligó a abrir la boca al hombre de bronce. Dos fundas huecas se le extrajeron de entre dos dientes y aquellas cápsulas se manejaron con sumo cuidado.

¡Ah! Los apresadores del gigante de bronce eran seres inteligentes. Además, estaban bien informados. Conocían las armas defensivas que utilizaba Doc.

Después de un minucioso registro de su persona se le dejó puesta una prenda. Esta era, un par de calzoncillos. Descontados éstos, quedaba desnudo.

Ahora, penetró una aguja en la piel bronceada de Doc, junto a su espina dorsal.

—Es posible que haya combatido una vez la enfermedad, pero no repetirá ya la hazaña —murmuró una voz—. Pronto quedará extinguido este famoso grupo de aventureros. Es necesario para que llevemos a cabo nuestro gran plan.

El cuerpo relajado de Doc no había reaccionado después del pinchazo. Sus manos vigorosas permanecían inmóviles.

Los ágiles dedos se habían quedado sin vida y, por lo visto, ya no la recuperaría jamás. Sólo su enorme pecho se movía al compás de la suave y pausada respiración del gigante.

No se le quitó el esparadrapo de los ojos, nariz y oídos hasta que los hidroplanos hubieron dejado la carga humana en el antiguo buque ballenero en que estaban encerrados los hombres autómatas.

Seguidamente despegaron los hidros. Ello se hizo porque, llegada la luz del nuevo día, nada debería ser visto en aquella aislada bahía situada al extremo de Long Island.

Doc Savage abrió lentamente los ojos. Ahora desarrollaba la cualidad de mirar fijamente delante de sí, desprovisto totalmente de expresión. Es decir, que si alguna emoción registraba el hombre de bronce, no seria retratada en las regulares y hermosas facciones.

Doc Savage lanzó en torno una mirada de indiferencia. Cuando habló, su acento había perdido su peculiar y dominadora energía.

—¿Tú estás aquí, Monk? —dijo—. ¡Qué chocante te encuentro con esa indumentaria!… ¡Eh, Johnny, tienes que cubrir de carne esos huesos!

La observación había sido hecha con la misma indiferencia que hubiera sentido de haber estado junto a sus compañeros desde un

principio.

En torno al grupo fantástico que formaban los prisioneros, danzaban parpadeantes luces eléctricas.

La embarcación que les sustentaba era semejante a una concha fósil surcada por venas (las cuadernas) de madera de teca.

En realidad, Monk estaba más gracioso que de usual. Iba desnudo hasta la cintura y descalzo lo mismo que sus camaradas.

Sólo una prenda, casi igual a unos calzoncillos, iba sujeta a su cintura. Sus largos brazos pendían casi hasta el suelo.

Vello rojizo cubría sus carnes dándole el aspecto bestial de un habitante de la selva. Bajo la frente de orangután guiñaba los brillantes ojos.

—Doc —replicó sin levantar apenas la voz—. ¿Podrías darme algo de comer? Tengo un apetito devorador, mas… no me des carne de ganso, ¿eh?

Johnny, el geólogo, parecía un esqueleto viviente. Sus huesos descarnados producían el efecto de que iba a venirse abajo su armazón.

—Pues lo que es yo estoy tan fuerte como cualquiera de estos, Doc —dijo a su jefe, sin levantar mucho la voz—. Puedo llevar a hombros dos sacos. ¡Mira cómo lo hago!

Tal fue el saludo que los dos dirigieron al hombre de bronce. La recepción que obtuvo por parte de Tom, Ham y Renny, fue muy parecida.

Al parecer, se había ordenado a todos ellos que cargaran con los sacos y, de momento, no sentían otro interés en la vida.

—¡Únete a tus camaradas, hombre de bronce! —le ordenó una voz. Salía del altavoz colocado en una de las paredes del viejo barco ballenero—. ¡Ahora échate esos sacos al hombro! Así. Como ellos. Colócales donde los coloquen y no te ocupes de más.

El gigante avanzó, obediente. Los sacos cerrados contenían una substancia granujienta, parecida al azúcar.

Cada uno de ellos pesaba lo menos bien libras. Doc acarreó cuatro en el primer viaje. Como si no llevara peso alguno, penetró en la hilera formada por los prisioneros.

Eran éstos doce hombres sin contar los cinco camaradas de Doc. Los rostros de todos ellos eran inexpresivos. Se movían como autómatas a la orden surgida del alta voz.

Su tarea consistía en acarrear los sacos que llevaban desde la vieja bodega donde todos se encontraban hasta un departamento contiguo ornado de una arcada.

Así dispuestos como en una procesión avanzaban lenta y metódicamente.

Cada uno de ellos se cargaba solamente los sacos que podía llevar a cuestas.

Los más débiles, sin embargo, sudaban bajo el peso de un solo saco. EL gran Renny vio cargado a Doc con cuatro sacos y al momento le imitó.

Monk llevaba tres cada viaje lamentándose todo el tiempo con su vocecilla infantil de que "tenía mucho apetito aunque no quería que le dieran carne de pato".

La embarcación estaba impregnada del olor al agua de pantano, rancio y nauseabundo, y del aceite seco de ballena. Por cierto que el tal aceite debía tener lo menos cien años.

Doc divisó también a su prima y a Jim Stevens. Uno de los brazos del joven estaba manchado de sangre y pendía, inerte, del hombro.

Por ello no le obligaban a llevar los pesados sacos. Tenía a Pat sentada junto a él.

Su presencia no conmovió a Doc más de lo que le había conmovido la presencia de sus camaradas. Inclinó la cabeza ante ellos diciendo a Pat:

—Pat, lávate la cara. La tienes muy sucia.

Depositó sus cuatro sacos junto a los otros. Ello fue llevado a cabo en el interior de un gran cilindro metálico que yacía en tierra horizontal con el barco.

Los sacos se iban apilando en uno de sus extremos.

Era un cilindro colosal, grande como los acueductos que llevan el agua a las grandes ciudades. En su interior cabían tres hombres subidos unos en los hombros de otros.

Aquel armatoste estaba dentro del viejo ballenero y permanecía invisible a todas las miradas.

Sus paredes tenían más de dos pies de espesor y sus curvas se habían rellenado de capas aislantes. La gran puerta giraba sobre sus goznes hacia arriba.

Estaba abierta en el centro mismo del tubo; los acarreadores

penetraban por ella en el interior. Una vez cerrada, constituía un todo con el mismo cilindro.

Tenía aquél cerrado el extremo en que se iban apilando los sacos; el extremo opuesto, abierto. Distaba del primero unos sesenta pies.

Este servía de círculo a la cabeza de un inmenso pistón que encajaba herméticamente en las paredes del cilindro.

Unidos al mecanismo que movía el pistón vio Doc cuatro motores eléctricos de potentes engranajes. Aquella potencia dormida era capaz de empujar, irresistible y lentamente, al pistón para hacerle entrar en el cilindro.

En tal caso el aire encerrado en su interior debería oprimir con fuerza despiadada todo lo que, a la sazón, estuviera dentro del tubo.

Cientos de veces, Doc había descubierto piezas sueltas o unidades de sorprendente mecanismo para aplicarlas a usos diversos. Su inteligencia privilegiada recordaba después todas y cada una de dichas piezas.

Hasta aquellos momentos había dominado siempre el funcionamiento visible de todo aparato inventado en el mundo.

Ahora vio, sin conmoverse, el notable aparato que tenía delante.

Aparentemente concentraba todo su interés en trabajar a compás de sus camaradas. Cinco sacos repletos de material fueron los que llevó, de una vez, en el segundo viaje. Material no faltaba. Lo había a toneladas.

En el interior del cilindro vio cables capaces de transmitir una corriente eléctrica de alto voltaje.

Dos de ellos estaban, arrollados junto a una de las paredes con los extremos de cobre sueltos.

Alineados también junto a la pared, sólo que en su exterior, había otras hileras de rollos alámbricos amplificadores.

Estos sí estaban conectados y una vez aplicada la corriente debería comunicarse intenso calor al interior del cilindro.

La existencia de tan complicado aparato no preocupaba gran cosa a ninguno de aquellos autómatas. Y Doc estaba convertido en uno de ellos.

Sus miembros macizos, ahora rígidos y tensos, le movían a avanzar sin descanso. Las doradas pupilas semejaban lagos de hielo.

Incluso los usuales remolinos que las alteraban con tanta

frecuencia, habíanse transformado en puntos fijos e inescrutables. La persona invisible dijo con deleite por el altavoz:

—¡Ya no hay que temer a nuestro poderoso enemigo! Lamentamos no poder disponer de la fuerza de sus camaradas en nuestras futuras empresas. Pero tampoco podemos consentir que amenace nuestro propio poder la extraordinaria inteligencia de ese hombre de bronce.

Doc tuvo que oír por fuerza aquellas palabras. Pero en este viaje iba cargado con seis sacos de la arenosa substancia.

Sus músculos vigorosos resistían, como si no tuviera importancia, el peso de aquellas seiscientas libras. Renny sudaba y se esforzaba tratando de imitar la hazaña.

Pat Savage hablaba con Jim Stevens. Su conversación versaba sobre temas simples e indiferentes. Parecían dos niños. Sus fríos semblantes no expresaban la más leve emoción.

Fuera iba disminuyendo la pila de sacos llenos y aumentando en el interior del cilindro. Aquí, su interior estaba impregnado del olor al agua del pantoque, al aceite saco de ballena y el sudor de los trabajadores autómatas.

Por su aire, todos ellos parecían haber sido seres inteligentes. Químicos a juzgar por las manchas de sus manos.

Cuatro de entre ellos aplicaban, en aquellos momentos, una substancia pegajosa a las paredes interiores del cilindro.

La extendían sirviéndose de cepillos lo mismo que si hubieran aplicado una pintura. Aquella substancia de color azul no olía, sin embargo, como hubiera olido una pintura cualquiera.

Los cables instalados en el interior del tubo indicaban que todo lo que se encerraba dentro de él quedaría instantáneamente disuelto bajo un calor intenso y una espantosa presión.

Aquellas unidades eléctricas producían, al funcionar, el calor destructor y la fuerza de descargas eléctricas naturales, algo así como los efectos del rayo.

El pistón encajaba tan bien dentro del tubo que, cuando entrara en él la cabeza, quedarían unas pulgadas escasas de espacio entre uno y otra.

Sin embargo, ninguno de los compañeros de Doc paró mientes en ello.

Ham, el astuto abogado, llevaba un saco en cada viaje, nada

más. Pero, parecía dedicarse por entero a la faena.

Aquella brillante inteligencia que tantas batallas había ganado en el terreno de la abogacía, sólo tenía ahora un único afán: el de colocar cada saco en orden.

Lo mismo que los otros, iba desnudo hasta la cintura de avispa y vestía el calzón corto semejante a una prenda interior.

Iba casi al final en la fila de trabajadores. Tras de su torso delicado asomaba el más vigoroso del hombre de bronce.

Doc depositó en tierra los seis sacos. Al volverse rozaron sus dedos un brazo de Ham de manera tal que le clavó la uña en la carne.

Ham lanzó un aullido. Pareció sentir el aguijón de una avispa.

Doc no desvió la mirada. Dio la espalda a la puerta del cilindro mirando únicamente en dirección de los sacos que debía transportar seguidamente.

Ham se tambaleaba un poco. Apretó el paso y se acercó más a Doc. La angustia perlaba su frente de gotas de sudor. Tenía fija la mirada.

Sus labios murmuraron unas palabras. Estas cayeron, aparentemente, en los indiferentes oídos de Doc.

Ham se rascaba el arañazo enrojecido de aquella parte del brazo donde se había ido a clavar la uña de su jefe.

Entretanto, la procesión avanzaba con la monotonía de una hilera de presidiarios, de seres muertos que se movieran automáticamente.

Doc pasó por entre Renny y Johnny. Sus manos asían otra vez varios sacos.

Así y todo los echó a un lado de un empujón.

La voz dijo desde el altavoz: —Todavía un viaje más y se concluirá la faena. Ante todo apoderaos de la muchacha, luego del hijo del millonario. Después de él asid a Doc Savage y a sus camaradas.

—Yo tengo que comer algo pronto —murmuró Monk, con impaciencia infantil—. Pero no carne de pato.

El químico simiesco contemplaba con aire estúpido un arañazo que ostentaba en el velludo brazo. Por lo visto se había, hecho daño en el último viaje emprendido hasta el cilindro.

La frialdad idiota del semblante de Stevens demostraba que

apenas recordaba —si recordaba alguna cosa— de los pasados sucesos.

Pero la orden breve que separó a Pat de su lado para llevarla al interior del cilindro despertó en él alguna furia latente.

Sirviéndose del brazo bueno, golpeó a los autómatas humanos que se apoderaban de Pat. El joven millonario estaba débil.

Pero en sus golpes puso la furia de un asesino. Bajo ellos cayó uno de los autómatas con la nariz aplastada.

Inesperadamente, Pat Savage, arañó la faz de otro con las largas uñas de sus dedos crispados. La voz se rió burlona desde el aparato de radio.

—¡Atad a los dos —ordenó—, y sentadlos sobre sacos!

Renny, Monk y Ham avanzaban maquinalmente hacia el punto de la pelea.

Los humanos autómatas farfullaban entre sí. Las órdenes emanadas del alta voz aumentaron de volumen.

Alguno de los hombres de Doc, tal vez Doc mismo, murmuraban palabras incomprensibles.

Por fin terminó bruscamente la resistencia de Jim. Ninguno de los camaradas de Doc habíase mezclado a la contienda. Todos se movían sin orden ni concierto, arrastrando los pies.

Ni el espectáculo que ofrecía Pat Savage fuertemente ligada y tendida sobre los sacos apilados dentro del inmenso cilindro, logró hacerles entrar en acción.

La figura de Doc componía un cuadro lastimoso de verdad. Se había apoyado en la pared del cilindro como si estuviera fatigado.

Al frotarse, uno contra otro, los pies desnudos, tropezó con uno de los cables que estaban sin empalmar.

AL instante se enderezó, asustado, y retrocedió lo mismo que si acabara de pisar una serpiente. La voz invisible se rió a carcajadas.

Se divertía de lo lindo. Porque nadie viera hasta entonces conducirse al gran Doc Savage con la puerilidad de un niño pequeño.

Dos individuos que habían estado quietos durante el movimiento procesional de los autómatas, entraron en la antecámara del tubo y allí dieron con vivo acento varias órdenes.

Doc y sus hombres prestaban oído a todas las sugestiones. Por ello, sin duda, pudo empujarlos hasta que formaron un pequeño

grupo aparte. Sólo Monk tuvo algo que decir.

—Tengo muchísima gana. ¿Cuándo comeremos?

—Pronto no sentirás necesidad —le contestó uno de los recién llegados—. El gran hecho va a darse dentro de poco. Ahora entrad todos ahí dentro.

Los dos hombres empuñaron súbitamente sendos revólveres y aplicaron sus bocas heladas a las costillas desnudas de Doc y de sus hombres.

De esta manera se les obligó a marchar en dirección de la puerta y a entrar en el interior del inmenso cilindro.

EL bello e inexpresivo rostro de Pat estaba vuelto en dirección de la lisa y bruñida cabeza del pistón.

Ya aquél se había movido; era algo semejante a la pared de la antigua cámara de tortura desde la cual, la víctima ve avanzar la muerte, una muerte horrible, por aplastamiento.

Sin embargo, Doc y sus camaradas penetraron poco a poco, en el interior del tubo empujados por las frías bocas de los revólveres.

Ocuparon un espacio donde les aguardaba completa, espantosa extinción.

Allí iban a ser destrozados sus cuerpos, comprimidos hasta que no ocuparan más que unos centímetros de espacio.

Después, el calor de las descargas eléctricas acabaría de reducirles a la nada.

Consumidos sus cuerpos por la substancia granujienta, no quedaría de ellos ni una partícula de carne o hueso, ni una gota de sangre.

Tal vez antes que se les aplicara la corriente se les sometería a una presión de la cabeza del cilindro.

Sí, por lo visto, esta era la intención de sus enemigos porque el pistón se movía, definitivamente avanzaba, con tanta lentitud, que apenas se notaba el movimiento.

Bajo su tremenda pavorosa presión, iban a ser aplastados los cuerpos de Doc, de la gentil Pat y de los otros camaradas.

Entonces les reventaría la piel, la sangre huiría de las venas, morirían al ser aplastados lentamente sus huesos…

CAPÍTULO XX

LA MUERTE POR APLASTAMIENTO

LA inmensa puerta del cilindro giró sobre sus goznes y se abatió hacia el suelo.

La dura boca del revólver continuaba apoyada en las costillas de Savage. El gigante dejó caer la cabeza de lado como si se sintiera indispuesto, posó las heladas pupilas doradas en el hombre que tenía junto a sí.

El individuo le dirigió una mueca de desprecio.

—Conque eres tú un poco mago, ¿eh? —dijo con sorna—. ¡Dentro de unos minutos no te salvará de la muerte ni siquiera la magia negra!

Doc mantuvo clavada en su asesino la impasible mirada mas, no obstante miraba al exterior de la puerta que se cerraba lentamente. Era como si en tan crítico instante se diera un poco de cuenta de lo que iba a ocurrir.

A una orden salida del altavoz, dos autómatas se acercaron al cable eléctrico situado junto a la pared exterior del tubo hueco.

—Vosotros ¡salid! —ordenó la voz a los dos hombres armados—. Decid a Doc y sus camaradas que no se impacienten y os obedezcan.

Los dos individuos se echaron a andar hacia el angosto espacio dejado por la puerta que se cerraba.

Doc les miró con estúpida expresión. Ni él ni sus camaradas demostraron temor al quedar solos en el interior del tubo hueco, ni tampoco sintieron deseos de escapar.

Uno de los hombres autómatas asió el cable. Su idea era, por lo visto, la de establecer un contacto con los otros cables para establecer la corriente apenas se hubiera cerrado la puerta del tubo.

Acaso intentaba tostar a sus víctimas antes de convertirlas en

aplastados montones de huesos y de carne.

Tiró del cable hacia sí y el interior del cilindro se fundió por efecto de un fluido luminoso y deslumbrador. El fuego surgió de los extremos del cable eléctrico. Los rollos aisladores se retorcieron y enroscaron como serpientes.

Sus lenguas despidieron verdes llamaradas.

Uno de los hombres armados lanzó un gemido. El cable se le había arrollado al cuerpo. Su cara se tornó instantáneamente negra.

Sus compañeros comenzaron a disparar las ametralladoras. Las balas penetraban, zumbando, en el interior del cilindro por la entornada puerta.

Una de ellas le abrió un surco en el cuello a Doc Savage.

Doc dio en voz alta, una orden, sirviéndose para ello de la vieja lengua maya que hablaba, lo mismo que sus hombres, cuando no quería ser comprendido. Renny y Monk lanzaron delirantes exclamaciones de júbilo.

Semejantes a cohetes humanos salieron al exterior por la semi — cerrada puerta del cilindro. Con los puños se abrieron paso una vez que se vieron en medio del grupo de hombres autómatas.

Estos se tambalearon pero, maquinalmente, les devolvieron golpe por golpe.

Aturdidos, faltos de sensibilidad, aquellos infelices sacaron las armas en obediencia a la voz que surgía del aparato de radio. Sonaron varios disparos.

Ham, Long Tom y Johnny se unieron a Monk y Renny.

Doc había levantado a Pat primero, luego a Jim, de encima de los sacos de la granujienta substancia.

El potente pistón del cilindro avanzaba más deprisa. El mecanismo que movía la puerta se curvaba cada vez más. Doc se abalanzó al hueco abierto.

Bajo un brazo llevaba a Patricia Savage, inerte; bajo el otro a Jim Stevens.

Cuando logró salir del tubo se dejó tiras de piel en la estrecha abertura de la puerta. Fuera sonaban estrepitosos alaridos.

El cable eléctrico continuaba despidiendo llamas verdes y saltaba como si estuviera vivo.

Doc cayó rodando a tierra. La punta de sus dedos oprimieron los cuerpos de Jim y de Pat. Ambos le miraron con pupilas que se iban,

poco a poco, dilatando.

Monk saltaba como un simio enloquecido.

—¡Quítate de en medio, tunante picapleitos! —gritaba a Ham—. ¡Para nada sirves cuando no empuñas la hoja del estoque!

—Muy bien —replicó Ham—. ¡En ese caso, mátales con tus garras de orangután!

Monk hacía ya lo que podía para aniquilar a sus contrarios con la sola fuerza de sus manos. Extendió los largos brazos y chocaron dos cabezas entre sí con ruido capaz de poner los pelos de punta.

Pat Savage dijo:

—¡Oh, Doc! ¿Qué significa todo esto? ¡Jim! ¡Jim Stevens!

Jim replicó:

—¡Pat Savage! ¿No le ha sucedido nada, señorita?

Doc les dirigió una sonrisa sombría. Había cerrado las manos y, a puñetazos, atacaba a sus enemigos. Los humanos autómatas hacían fuego en obediencia a las voces de mando dadas por medio del aparato de radio.

Doc asió a dos de ellos con sus manos paralizadoras. Sus cabezas chocaron entre sí y se desplomaron.

Las uñas del hombre de bronce arañaron, al parecer, sus espaldas desnudas.

Al retirarlas teñidas de sangre, cesaron, los dos individuos, de luchar. Sus movimientos indicaban que despertaban de una penosa pesadilla y miraron en torno, balbuceando palabras ininteligibles.

Doc se restregó las manos. Acababa de gastar todo el suero que había elaborado e introducido en pequeñas agujas hipodérmicas envueltas en una capa de bien imitada piel sobre los ágiles dedos.

Cada vez que con ellos tocara a uno de sus camaradas, les había inoculado el antídoto contra la substancia química que paralizaba las sensaciones e inteligencia.

El mismo se había inmunizado así contra el mal.

Su habilidad al desempeñar el papel de autómata humano había sido de las más extraordinarias que había exhibido en el curso de su existencia.

Ella había engañado a sus apresadores. Sus camaradas quedaron curados cuando tropezó con ellos y les arañó con las uñas en el momento de ir a entrar en el cilindro.

Luego, en lengua maya, les había dado órdenes e instrucciones.

Ahora todos corrían de aquí para allá buscando nuevos enemigos. Los humanos autómatas estaban tendidos, sobre cubierta, en distintas posturas.

La bodega había sido iluminada por el fogonazo que había estallado al moverse los rollos del cable eléctrico.

La voz gritaba desde el aparato de radio:

—¡Atacadles con ellas! ¡Que todos lo prueben!

En una pequeña escotilla de la embarcación se inició el tableteo de una ametralladora. Los cuerpos de los desgraciados caídos en tierra saltaron por efecto de la terrible granizada de balas.

Deliberadamente, destruía la Gran Inteligencia de aquella organización a aquellos de sus pobres infortunados secuaces cuya mala estrella les obligaba a compartir el destino de Doc y de sus camaradas.

La lluvia de balas comenzó a caer, también, en la antecámara del cilindro.

—¡Atrás! ¡Manteneos adheridos al tubo! —ordenó Doc, sereno, a los suyos—. Colocaos detrás del pistón.

Sus compañeros le obedecieron. Jim Stevens, ya recobrado el uso de los sentidos, se sentía muy débil. Por ello, la enérgica Pat fue la que le llevó al punto indicado del refugio.

Dedos invisibles movían las ametralladoras que buscaban al gigante de bronce.

—¡Dadles gas! —se ordenó por el altavoz.

—Tapaos los ojos —dijo Doc en voz baja a los suyos.

Con una mano se palpó los pies descalzos. Tiró sucesivamente, ora de una, ora de otra y pareció sacarse las uñas de los dos dedos gordos.

Eran falsas uñas, que iban metidas sobre las verdaderas. De otras era de donde salieron las cápsulas que contenían la pólvora.

Estas cápsulas habíanse colocado mañosamente bajo los rollos del cable eléctrico y las había hecho estallar la primera persona que le había tocado.

Pero, los objetos que tenían ahora asidos las manos de Doc, no eran cápsulas.

Eran unos objetos planos de metal. Cada uno de ellos ostentaba una minúscula palanca en su centro.

En torno suyo, el juego de la ametralladora iba perforando los

cuerpos de los autómatas humanos. La Gran Inteligencia, jefe de aquellos desgraciados, no se paraba en barras, por lo visto, con tal de satisfacer el deseo feroz de aniquilar a Doc Savage y sus compañeros.

Doc levantó las dos palanquitas, aguardó dos segundos, tal vez, y después arrojó los dos metálicos objetos por la escotilla del buque.

Uno de ellos cayó en el punto mismo en que estaba emplazada la ametralladora.

Aquella caída dividió en dos la vieja cubierta del antiguo ballenero, cuyo casco se consumió como dispuesto a deshacerse.

El propio Doc fue elevado en el aire por la fuerza de la explosión que se desplazaba hacia arriba, pero, al propio tiempo, todo el aire fue absorbido desde el interior de la embarcación.

Otra rápida explosión meció la nave.

La sucedió momentáneo silencio. El cable eléctrico resplandecía todavía.

Doc se situó, de un salto, junto al cilindro gigante. Tiró de los extremos del cable y estableció el contacto tan deseado poco antes.

Inmediatamente, vibró el cilindro al impulso de una ahogada explosión.

La curvada puerta estaba cerrada. Parecía impermeable al aire. El pistón ha —

bía entrado, entero, dentro del tubo.

—¡Esa explosión! —exclamó Ham—. Es semejante a la que oí en la loma, junto a la casa de Scroggins, sólo que entonces no me pareció tan fuerte como ahora.

—Me doy cuenta perfectamente de ello —dijo tranquilamente Doc—, pero subamos a cubierta o mejor, a lo que ha quedado de ella.

*****

En lo que había quedado de ella distinguieron a dos hombres. La obscuridad del alba delineaba vagamente sus figuras.

—Reconoce ahora lo que hace tiempo te dije: que no hay ser humano capaz de vencer a Doc Savage —decía una de ellas, con acento nasal, dirigiéndose a la otra—. Mucho daño me has hecho. ¡cobarde! y les ha hecho a los compañeros. Por ello, ¡toma!... y ¡toma!

Dos secas detonaciones despertaron el eco en la atmósfera

nebulosa. La exclamación gorgoteante que sucedió a ellas fue ahogada por la zambullida de un cuerpo que caía por encima de la borda del desmantelado ballenero.

Pat sufrió un estremecimiento y se tapó la boca con la mano.

—Ha sido un acto de pura justicia —murmuró Doc—. Juan Scroggins no es tan vulgar asesino como a primera vista parece.

EL granjero se encaró con el grupo. Sus manos seguían empuñando la escopeta de dos cañones.

—Yo en su lugar arrojaría ahora, esa escopeta al fondo de la bahía, Juan Scroggins —le aconsejó Doc—. Bien ha pagado ya su traición, ¿no le parece?, el hombre que le robó el secreto de la fabricación de diamantes sintéticos y se valió de la fórmula química para vengarse y, asesinar a unos cuantos desgraciados.

Scroggins, obediente, arrojó al agua el arma de dos cañones. Un ojo le saltaba, rápidamente, dentro de la órbita.

—¿Usted sabe todo eso, Doc Savage? —dijo con su acento familiar—. ¿Sabe que los diamantes eran míos? ¿Conoce el secreto de su fabricación?

—Poseo ahora ese conocimiento, Juan Scroggins —replicó Doc —. Sé también que las materias empleadas por usted le afectaron de modo especial y que por ello se enteró otra persona del secreto de usted. Sé que deseaba únicamente adquirir una modesta fortuna y que la Gran Inteligencia organizó toda una banda a la que encargó el suministro de diamantes para el mundo entero. Dígame: ¿qué se ha hecho de Perrin, el lapidario?

La cabeza de Scroggins se movió, como un péndulo, sobre el largo cuello.

—Está también amedrentado y ha partido de aquí tan deprisa —replicó el de los gansos—, que no creo que se detenga hasta llegar a la frontera canadiense.

—Ya sospechaba yo algo de esto —confesó Doc—. En principio fue culpable involuntariamente. El doctor Madren le sometió a la influencia química de su invento, Scroggins, al objeto de controlar sus actos. Lo propio hizo con Breckens, porque sabía que Breckens tenía tratos principalmente con Perrin.

Más tarde debió comprender que le sería fácil convencer al lapidario y, poniéndole delante la perspectiva de una fortuna, se aseguró la ayuda voluntaria. Sí, Madren dio a Perrin una

oportunidad.

El único ojo sano de Scroggins expresó admiración al posarse en el hombre de bronce.

—Reconozco su habilidad, Doc Savage —manifestó a continuación—. Los diamantes que me entregó no son los que había yo construido, pero, ¿cómo pudo saber quién era la persona que ha dirigido todo el tinglado?

—Porque no hay un par, de ojos que sea igual a otro —dijo con tranquilo acento Doc Savage—. Las huellas visuales se identifican mejor que las huellas dactilares. Verá como en tiempo no lejano se valdrá de ellas la policía. Cada ojo humano posee una forma que le es peculiar en materia de nervios y venas.

Ello se ve perfectamente en una cámara fotográfica que poseo y que empleo de diversas maneras.

—¿Huellas visuales ha dicho usted? —balbuceó atónito Scroggins—. ¡Jamás oí hablar de eso!

—Pues sepa que me he servido de ellas para descubrir la identidad de su jefe —confesó Doc Savage.

CAPÍTULO XXI

EL FIN DE UNA VENGANZA

DESPUÉS de abandonar el viejo buque ballenero, Doc y los suyos se reunieron en casa de Stevens.

Simón dijo:

—Conque ¿ya no significa nada la venta de las islas Domyn? ¿No la llevaremos, a cabo?

—No —dijo el hombre de bronce—. La inteligencia que tramó la cosa en perjuicio suyo ya no existe y por consiguiente ya no puede hacerle más daño. Esta ha sido la venganza que ejercía contra usted por haberle negado trabajo, hace años, a su salida de la cárcel. Ahora devolveremos la salud a Tony Talliano y a Randolfo Breckens, el corredor de diamantes cuyos contratos anularemos y con ellos frustraremos por completo el plan de ataque de nuestro adversario.

—¿Por qué mezcló en todo ello a estos dos hombres, Doc? —quiso saber Simón Stevens.

Doc le dedicó ligera sonrisa.

—La explicación va a parecerle inverosímil. Sin embargo, voy a hacerla con todo detalle —dijo luego—. Diez años atrás, Tony acogió en su hogar a un ser errante y sin familia. El hombre en cuestión le pagó la deuda que con él había contraído robándole sus ahorros. Tony le persiguió judicialmente y se le condenó a tres años de presidio. Por esto el forastero concibió un odio feroz contra Tony.

"Al salir de su encierro solicitó trabajo en casa de usted, Stevens, y en la de Breckens. Pero sabedores los dos de la naturaleza de su delito, se negaron a darle entrada. Más tarde tuvo suerte. Se convirtió en hombre famoso. Fue entonces cuando decidió vengarse

del limpiabotas, de usted y de Breckens.

Doc hizo una pausa para sumirse en honda cavilación; luego sus explicaciones versaron sobre un tema distinto.

—A pesar de su aspecto rudo y poco favorable —dijo—, era Juan Scroggins un químico excelente, al que se debe el invento de una fórmula para la fabricación de diamantes sintéticos, mediante calor y presión de una cantidad determinada de carbón a la que iba unida un químico ingrediente cuya composición secreta es casi imposible de identificar. Pero el uso del ingrediente transformó a Scroggins en un ser mecánico. Su condición de hombre autómata era idéntica a la que ya hemos visto en otras personas. Sus amigos echaron de ver el estado en que estaba y en su ayuda llamaron al ex presidiario.

"Era éste el doctor Buelow Madren. En tiempos pasados había sido ya médico notable, pero acusado de ejercer ilícitamente su profesión, se le había prohibido que ejerciera. Anduvo errante varios años, de aquí para allá hasta tropezar con Tony Talliano que le acogió con el resultado que ya conocemos.

"El doctor Madren curó a Scroggins pero Scroggins quedó para siempre en poder de su supuesto bienhechor. Contra su voluntad se vio dentro de una organización creada con objeto de apoderarse del mercado mundial de diamantes y éstos dieron ocasión a Madren para vengarse de Randolfo Breckens. Para ello le convenció de que podría obtener todos los diamantes que necesitaba para hacer honor a los contratos firmados. La venganza consistía en lograr que Breckens no pudiera entregar los diamantes, en cuyo caso hubiera tenido que pagar diez mil dólares diarios en calidad de compensación. Naturalmente, esto le hubiera arruinado.

"Los diamantes eran fabricados en la masia abandonada situada en la colina, encima de la granja del dueño de los gansos. Propietario de esa casa era el propio Scroggins. Las explosiones oídas en las Shinnecock Hills las producía el tubo cilíndrico en que se elaboraban las piedras preciosas. Madren y Scroggins tenían a su servicio varios químicos encargados de mezclar las substancias químicas. Ahora bien: a causa precisamente de su trabajo, estos químicos se convirtieron, poco a poco, en autómatas. Unos cuantos escaparon y vagaban por la colina. Uno de ellos era el hombre degollado; otro el rojo asesinado en casa de Monk. Les quitaron de

en medio para que no pudieran hablar.

"Ham fue a caer en mitad de un grupo de ellos cuando registraba la casa abandonada y salía de un túnel. A ese mismo túnel fueron arrastrados por las aguas, él y Monk, al secarse el estanque de los gansos.

"El estado de paralización del cerebro era producido por la substancia química cuando ella entraba en contacto con la membrana de la boca o se introducía por espacio de algún tiempo en los poros de la piel. Podía aplicarse a un cigarro o pipa o, como en el caso de Ham y de Monk, en las orejas de un animal. De aquí pasaba a la sangre y subía al cerebro, produciendo la carencia mecánica de emociones.

—Pero, Doc —interrumpió Monk—. ¿Cómo has llegado a descubrir el antídoto o curación de la enfermedad?

El hombre de bronce se sonrió.

—Como la enfermedad afectaba el sistema nervioso —le explicó — me pareció que la conmoción de dicho sistema podría ayudarme a vencer la epidemia. Y así sucedió a Simón, aquí presente. Le curó la impresión experimentada durante el asalto de su casa por la banda. Las curaciones verificadas en vosotros —y también en otras personas— proceden de una solución que he compuesto tras de probar la sangre del brazo arrancado al hombre que intentaba destrozar mi monoplano, por los continuos disparos de una ametralladora. Esta solución es una antitoxina que combate el entumecimiento de los nervios. Es la misma que os inyecté en la piel en el momento de entrar en el cilindro.

"En mi propio caso alejé de mí el ataque mediante un masaje de las fibras nerviosas.

—¿Qué causó la muerte de Searles Shane, el secretario de Breckens y de la enfermera Clarke? —deseó saber Ham.

—Se asesinó a la enfermera, porque Madren temió que se arrepintiera y dijera todo cuanto sabía. A Shane le mataron en su despacho cuando yo estaba en él. El disparo se hizo desde un pasillo secreto, que unía este despacho con el de Breckens. Los asesinos pertenecían a la banda del doctor. Temían que Shane me hablara del contrato firmado por su principal.

Ahora le tocó a Renny hacer una pregunta.

—Doc: ¿cómo llegaste, al cabo, a la conclusión de que la Gran

Inteligencia era el doctor Madren? —dijo.

Doc titubeó. AL parecer, reunía sus pensamientos dispersos. Luego replicó:

—Tenía en mi poder algunos de los diamantes sintéticos de Scroggins y contando con que la Gran Inteligencia querría recuperarlos, preparé, para ella, varias trampas en las que dispuse mis cámaras fotográficas. Luego, valiéndome de Perrin, hice saber al enemigo que tenía las piedras preciosas.

"Una de las cámaras, la que había colocado dentro del estanque de los peces, fotografió los ojos de ambos y, más tarde, volví a sacar otras fotografías de los mismos ojos del jefe secreto.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó el ingeniero—. Explícanos en la forma en que obtuviste esas fotografías.

—La primera, gracias al estanque, como digo —replicó Doc Savage,— en el momento de sacar de su fondo los diamantes. La segunda, al interesarse el doctor Madren por los microbios que había yo sacado de la corriente sanguínea de Habeas y mirar por las lentes de otra cámara fotográfica.

—Así y todo me cuesta creer en la culpabilidad del doctor, Doc —le aseguró Stevens—. ¡Dudo que haya sido él el jefe de esa banda de malhechores!

—Pues, por inverosímil que parezca, así es —dijo Doc—. Confieso que me ha hecho pasar momentos muy duros, los más duros de toda mi vida. ¡También a mí me parecía increíble la verdad! Pero los ojos que miraron el estanque de los peces, eran los mismos que examinaron los microbios de la sangre del cerdo. EL doctor era un intelectual y un gran tunante. ¡Por ello tenía que hacerle traición la sangre de un ser inmundo!

FIN

Título original: *The men who smiled no more*